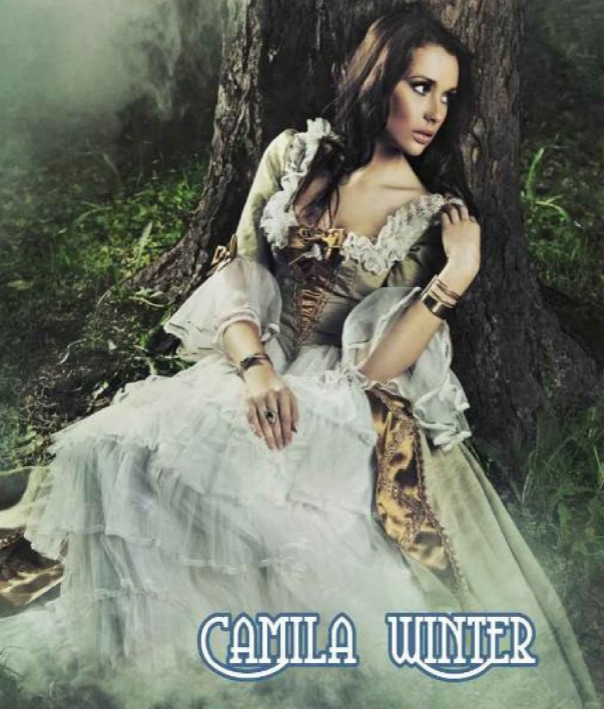


Arabella



CAMILA WINTER

©Arabella-
Camila
Winter.
Todos
los
derechos
reservados.

©2017
febrero.

Prohibida su reproducción, copia, total o parcial sin el consentimiento de su autora. Novela original e inédita.

©Maria Noel Marozzi Dutrenit. Amparada en la ley Universal de derechos de Autor.

La presente es una novela de ficción histórica. Todos los nombres de personas y de lugares son invención de su autor y no guarda semejanza con personas reales.

Arabella Camila Winter

TABLA DE CONTENIDOS ÍNDICE GENERAL

[Arabella](#)

[Camila Winter](#)

[Penzance- Cornwallles](#)

[Año 1846](#)

[El pretendiente](#)

[La noche de bodas](#)

[Wensthwood house](#)

[La carta](#)

[El escondite](#)

[Celos](#)

[La sombra de Caprice](#)

ARABELLA

Camila Winter

Penzance-

Cornualles Año

1879

El pretendiente

Arabella Blayton se miró en el espejo de la habitación caoba de la mansión de Wensthwood y suspiró. Su rostro estaba muy pálido. Estaba tan asustada. A decir verdad estaba más que asustada, estaba aterrada, pues acababa de casarse con sir Lawrence, marqués

de Trelawney y sabía bien lo que le esperaba, su tía le había hablado de ello hacía días con detalles y por eso mismo temblaba. Ella no era como sus hermanas que hablaban de esas cosas entre susurros, era demasiado tímida. Y habría preferido no estar en ese lugar y no tener que ser la mujer de ese caballero. Pero acababa de convertirse en su esposa y era tarde para lamentarse o intentar escapar y lo sabía.

La boda en la iglesia, el brindis, el cortejo, todo había sido tan rápido. Su madre la había besado emocionada y su tía le sonrió cómplice. “Arabella, recuerda de lo que te hablé el otro día, debes entregarte a tu esposo siempre

que él te busque. No puedes negarte a él. Es tu esposo ahora” le había dicho tía Lizzy entre susurros para que nadie, sólo ella pudiera escucharla.

La joven novia se estremeció al pensar en eso y sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. No, no debía llorar o su esposo lo notaría. *Él* llegaría de un momento a otro y lo sabía.

Rayos, no podía entender por qué de todas las jóvenes casaderas del condado la había elegido a ella. Sus dos hermanas mayores se sintieron muy mal cuando él las ignoró y durante semanas y meses tuvo que soportar sus burlas.

¡Al demonio! Sólo tenía

diecisiete años y no estaba preparada para casarse, no quería hacerlo. Su familia casi la obligó a aceptar las atenciones del caballero y ahora... Ahora se había convertido en su esposa.

Y eso no estaba en sus planes, tampoco estaba en los planes de su familia pero ya era tarde para lamentarse.

Un sonido en la puerta la sobresaltó, pero no era su esposo sino una doncella baja y algo regordeta de impecable cofia blanca cubriendo su cabello pelirrojo y grandes ojos cafés.

—Buenas noches lady Arabella, soy Dolly, su nueva doncella— dijo.

Arabella esbozó una sonrisa débil mientras se apresuraba a secar sus lágrimas mirándose en el espejo.

—¿Puedo ayudarla con el vestido?—insistió la doncella.

La joven le hizo un gesto de que debía esperar y la miró nerviosa.

—Todavía no... luego te avisaré.

Vete por favor—dijo impaciente.

La doncella se marchó despacio y la novia la observó a través del espejo. Luego se preguntó

si podría escapar. Deseaba tanto poder hacerlo. ¿Habría alguna manera de abandonar esa habitación y escapar? No quería estar allí, no quería convertirse

en su esposa y que le hiciera esas cosas de la que le había hablado su tía.

Pero ya estaban casados, no podría cambiar eso.

Su mente desesperada no podía aceptar esa realidad, se negaba a pensar que estaba hecho. El anillo en su dedo anular de oro y brillantes le gritaba la verdad a la cara. Acababa de casarse con ese caballero y no había escape posible. Además, ¿a dónde iría? Su familia jamás la recibiría. No. Wensthwood era su nuevo hogar. Esa mansión oscura y siniestra en las costas de Cornualles, con vista al mar sería su nueva morada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas

y se alejó del espejo.

Estaba asustada. O mejor dicho: estaba aterrada y quería escapar. No soportaría que ese hombre la desnudara y la hiciera suya, no estaba preparada y no entendía por qué sus padres aceptaron una boda tan rápida cuando no estaba lista y les había pedido tiempo. Pero nadie la escuchó, pensaban que tenía un berrinche.

La joven se acercó a la ventana para ver el mar. Lo había visto a la distancia y se sintió hechizada por la belleza de ese mar azul furioso con sus olas rompiendo contra las rocas.

Atardecía y la visión de ese paisaje azul desde la costa de

Cornualles era tan hermoso que la cautivó, pues la mansión de su marido se encontraba en lo alto de un peñasco, lejos del pueblo de Saint Ives y algo aislada con una vista magnífica al mar. Ese era el sonido que había escuchado desde su llegada, allí estaba ese mar tempestuoso y sombrío que tanto la había asustado cuando lo vio por primera vez desde el carruaje en que viajaba con su esposo. Se veía tan cerca y amenazante, como su esposo, exactamente así. Pero no podía negar que a pesar de ser atemorizante era hermoso.

Arabella no pudo apartar la mirada del mar cuando de pronto

escuchó el sonido de la puerta. Debía ser su esposo y tembló. Estaba allí. Había ido a buscarla. Cerró los ojos y rezó, lo hizo casi sin darse cuenta hasta que lo vio parado frente a ella mirándola con fijeza. El momento que tanto temía había llegado.

Todo comenzó de la forma más extraordinaria, durante el cumpleaños de un amigo de su padre en Devon. Ella jugaba al escondite con sus primas mientras sus hermanas mayores se reían por lo bajo, tan serias y tan pendientes de captar la mirada de algún partido interesante de la temporada.

Arabella llevaba un vestido

color rosa muy hermoso, con un escote redondo cubierto de encaje rosa y su doncella había sujetado sus bucles castaños con dos cintas del mismo color del vestido como era la moda de entonces y la joven reía y jugaba feliz cuando el marqués de Trelawney se acercó para mirarla. Sólo eso. Se quedó mirándola mientras jugaba con sus primas y corría por el campo.

Sus hermanas estaban furiosas de que ella siendo tan joven y aniñada, boda y no tan hermosa como Beatrice; su hermana mayor, fuera capaz de llamar la atención de uno de los partidos más interesantes de la fiesta: el viudo sir Lawrence, oriundo de Penzance,

Cornualles, pero había ocurrido. Todos notaron cómo la miraba luego de ser presentados.

La jovencita jamás imaginó que ese caballero alto, delgado y de mirada triste se convertiría muy pronto en su marido, ella creía que se casaría con su hermana mayor.

Lo que más insólito fue que el marqués no creyera, como la mayoría; que Beatrice era la más hermosa. Todos decían que era la más hermosa de las hermanas Blayton y Arabella pensaba que Beatrice con su cabello rubio y su tez tan blanca era de una belleza capaz de enloquecer a cualquier hombre.

Y cuando en una ocasión vieron

conversar en los jardines al marqués de Trelawney y Beatrice durante una tertulia, todos pensaron que el romance entre ambos era inevitable: ella tan hermosa, tan rubia y delicada con su vestido color amarillo pálido y él de cabello oscuro y porte militar, delgado y con esa expresión circunspecta. Lo cierto es que hacían una bonita pareja. Su hermana estaba radiante y feliz de tener la atención del codiciado pretendiente.

Arabella los había espiado con inquietud, seguida de sus dos hermanas mayores.

—Mira Arabella, sir Lawrence está mirando embobado a

Beatrice—dijo Christine.

Entonces sintió una punzada de celos.

A ella también le gustaba el marqués y sufría cada vez que dedicaba sus atenciones a otra.

No

sabía bien por qué, era extraño.

—Y Beatrice está radiante, ella lo ama en silencio—continuó su hermana con tonto algo

teatral.

Arabella no se perdió detalle de la escena y cuando la pareja se separó pensaron que había comenzado el romance.

Beatrice estaba convencida de

que sería la elegida.

Tenía veintidós años y Christine veintiuno. Las dos necesitaban un marido con cierto apremio y pensaban que si no lo conseguían rápido se convertirían en solteras.

En cambio nadie pensaba que Arabella lo necesitara con tanta urgencia, no era más que una colegiala que le gustaba jugar al escondite con sus primas menores durante las fiestas. ¿Qué hombre se fijaría en ella? Ni siquiera era hermosa. No como lo era su hermana mayor Beatrice.

Y lo más extraño fue que el caballero no se enamoró de su hermana mayor como todos esperaban, al

contrario, comenzó a alejarse de su compañía de forma sutil como si algo en ella le desagradara. Sus ojos de un azul muy oscuro repararon en la menor de las hijas de Lord Blayton: Arabella.

Cuando la astuta casamentera, tía de la joven notó ese interés; comenzó a tejer los hilos como una araña preparada para atrapar a su presa. El pretendiente codiciado no escaparía de su trampa sin desposar a la joven. Pero tampoco escaparía Arabella...

La jovencita no quería saber nada de bodas en esos momentos, ella daba por sentado de que sir Lawrence se convertiría en su cuñado algún día. No estaba preparada para pensar en él

como un pretendiente ni creía que su tía estuviera acertada al señalar que el caballero mostraba inclinación hacia ella y no hacia sus hermanas mayores.

De todas las jóvenes del condado la había escogido a ella.

Sus atenciones eran cada vez más constantes pero no era un hombre muy expresivo. Era frío.

Todos decían que necesitaba una esposa porque acababa de perder la suya hacía más de dos años y no le agradaba vivir solo en el señorío que había heredado de su padre. Esa propiedad cerca de la costa de Lands-Ends llamada Wensthwood.

Sin embargo no era romántico ni seductor. No era ese tipo de hombre que conquista, seduce y atrapa. El marqués de Trelawney era frío, callado y reservado, aunque sus modales eran muy agradables.

Comenzaron hablando de poesía, de historia y ella encontró sus charlas interesantes. Pero no pensó que sintiera algo especial por ella.

Hasta ese día.

Lo recordaba con claridad.

En todo momento la joven pensó que él se acercaba a ella para poder saber cosas de su hermana mayor, hasta

que un día cuando invitó a su familia a su cumpleaños se vieron en secreto en su biblioteca inmensa con la excusa de que quería obsequiarle un ejemplar.

Lo hizo.

Le entregó un libro antiguo que contenía fábulas, historias sorprendentes que devoró poco después.

Pero cuando le dio ese libro rozó sus manos y ese contacto la hizo estremecer y de pronto comprendió que estaban a solas en un lugar oscuro y eso no era correcto.

Entonces vio su mirada y supo que sí estaba interesado en ella. La intensidad, la fuerza de esos ojos le hizo comprender que su tía casamentera tenía

razón. Rayos, ¿cómo lo había sabido antes que nadie?

—Creo que debemos regresar— dijo ella algo incómoda.

Quería evitar que la besara o le dijera algo. No estaba preparada para asimilar todo eso y seguía creyendo que tal vez se lo había imaginado todo.

—Aguarde, no se vaya señorita Arabella. Necesito preguntarle algo—dijo el marqués.

Ella lo miró inquieta. Temblando. ¿Le hablaría de Beatrice, le preguntaría algo de su hermana?

—Es usted muy dulce y hermosa señorita Blayton. Tan cándida. ¿Alguna vez la han besado?

—sus ojos la miraron con fijeza esperando su respuesta.

—Oh claro que no. Eso no es correcto—respondió ella sonrojada e inquieta.

No era correcto que una señorita decente se besara con un joven, ni por curiosidad ni por nada.

Sus palabras lo hicieron sonreír.

—Me gustaría besarla, señorita Blayton. ¿Me lo permite?—dijo entonces.

Todo fue muy rápido. La tomó entre sus brazos y le robó un beso apasionado, un beso que sabía nunca olvidaría. Pero no era correcto ni le parecía adecuado el comportamiento del

caballero así que se resistió y lo apartó indignada.

—Sir Lawrence, esto no es correcto. No vuelva a hacer eso. Él la retuvo de forma feroz, casi posesiva y Arabella se asustó.

—No tema señorita Blayton, no fue mi intención abusar de su inocencia. Quiero que sea mi esposa. Por favor. Cásese conmigo—dijo muy serio.

Ahora sí que estaba asustada.

—¿Qué?—murmuró sin poder creerlo—¿Acaso me ha pedido matrimonio?

Su corazón palpitó acelerado cuando él asintió.

—¿Quiere casarse conmigo,

señorita Arabella?

Ella sintió su corazón acelerado y el rubor cubrió sus mejillas.

—¿No debería hablar con mis padres primero, sir Lawrence?

El marqués sostuvo su mirada.

—Primero quiero saber su opinión, señorita.

Arabella no supo qué decir. Por un lado se sintió profundamente honrada de que un hombre tan guapo y de tan antiguo y soberbio linaje pidiera su mano, pero luego pensó: soy muy joven para casarme, no estoy preparada. Eso quiso decirle, pero algo en su mirada le hizo comprender que no podía rechazar a ese caballero. Sus padres la matarían

si lo hacía, ellos habían esperado que pidiera permiso para cortejarla a instancias de tía Alison, su madrina, no que pidiera su mano tan pronto.

—Sir Lawrence, su petición me honra profundamente pero soy muy joven y no soy hermosa.

Mi hermana Beatrice, ella sería la esposa adecuada para usted—dijo.

La mirada del marqués cambió al oír sus palabras.

—Pero la he elegido a usted señorita Arabella, usted es la más hermosa para mí. La más tierna y de corazón noble que he conocido en este condado—aseguró.

Hablaba con mucha convicción,

seguro de lo que decía y de lo que pretendía. Lo que le hizo comprender a la joven que su petición no era un capricho romántico sino algo muy pensado.

—No soy hermosa, sir Lawrence —insistió la jovencita— Y temo que mi hermana se disgustará, todos creían que usted estaba interesado en mi hermana Beatrice.

El marqués se tomó su respuesta con mucha calma.

—La gente piensa y dice cosas que no son, y se equivocan. Cuando visité su casa la vi a usted primero, jugando al escondite con sus primas. Sonriendo feliz. Vi sus ojos y pensé que

era la más hermosa de las tres. Sé que es muy joven y que es casi una colegiala pero no me importa eso, si me acepta hablaré con sus padres. No quiero obligarla ni tampoco que... si es su voluntad rechazar mis atenciones le ruego que lo haga. No deseo tener una esposa forzada a una unión que no desea. Si no siente inclinación por mí...

Eso no era del todo cierto. Él le gustaba sí, pero al pensar que se convertiría en su cuñado pues su hermana Beatrice no hablaba de otra cosa le parecía extraño que le pidiera matrimonio. Además la asustaba un poco. Y su declaración era tan inesperada que no supo qué decir.

—Sir Lawrence, temo que mis padres no lo aprobarían. Ellos esperaban que pidiera la mano de mi hermana mayor—dijo con sinceridad.

—En realidad nunca le di esperanzas, no he hablado con su hermana Beatrice más que en contadas ocasiones. Es una joven bella y distinguida pero jamás pensé en ella más que como en mi futura esposa. La quiero a usted. Si me acepta, pero si dice que no respetaré su decisión. No quiero una boda concertada, ya la tuve hace años y no resultó por deseo que lo piense con calma y me dé su respuesta.

Era la primera vez que mencionaba su boda anterior y lo hizo

con un gesto de amargura. Arabella notó que su enamorado escondía bien sus sentimientos, pero ahora tuvo la certeza de que mencionar a su antigua esposa su semblante cambió, se volvió triste y casi enojado. Fue extraño. La joven notó eso y pestañeó inquieta mientras esquivaba su mirada.

—Sir Lawrence, me siento abrumada...—dijo entonces— me ha tomado por sorpresa. No esperaba que pidiera mi mano hoy. ¿No cree que debería conocerme un poco más antes de arriesgarse a pedir mi mano? Perdóneme por favor, no deseo herirle ni estoy rechazándole, pero creo que soy muy joven para casarme.

Lo era. Y la asustaba casarse tan pronto con un hombre al que apenas había tratado.

Él tomó sus manos y la besó.

—Entiendo señorita Blayton. Olvide lo que le dije. Sé que su esmerada educación le impide rechazarme pero acepto su respuesta y jamás la convencería de que hiciera algo contrario a sus deseos sólo por complacer a sus padres.

Esas palabras le rompieron el corazón y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. No esperaba que dijera eso. El marqués se puso serio y quiso consolarla.

—Por favor, no se ponga así,

lady Arabella. Sólo he dicho que comprendo que he sido impulsivo sin tener en cuenta que usted no imaginaba que estaba interesado en pedir su mano. No he querido ser brusco o hierla. Me he precipitado al hablarle pensando que correspondía a mis atenciones pero temo que me equivoqué.

Arabella secó sus lágrimas y se alejó sin responderle.

Pensó que todo terminaría allí, que él entendería que era muy joven y se había precipitado a pedir su mano.

Entonces recordó que la había besado, que le habían dado su primer beso de amor, robado, y su reputación estaba seriamente amenazada, porque si

él decía que la había besado en su biblioteca...

Estuvo atormentada durante semanas por eso.

Porque además Sir Lawrence tomó distancia. Fiel a su decisión de no forzar una boda concertada y respetar su decisión de que era muy joven para casarse no insistió en el asunto y se alejó.

Tal vez se sintió rechazado y su orgullo se había resentido.

Nunca más volvería a pedirle matrimonio.

Y en su mansión de Dover, lejos de la bella Cornualles, Arabella pasaba el día entero pensando en el beso que le

había dado el marqués.

Suspiraba en silencio, nadie sabía ni de ese beso ni de la proposición del caballero de Wensthwood. Y mientras daba un paseo por la pradera notó que su hermana mayor se acercaba con expresión furibunda, habían salido esa mañana a dar un paseo y la había dejado atrás sin darse cuenta, por caminar muy ligero.

—¿Qué diablos pasa contigo, Arabella? Deja de correr, no puedo seguirte. Santo cielos Arabella, eres tan infantil.

—Lo siento—se disculpó la jovencita.

Pero su hermana mayor no estaba

molesta por dejarla atrás, había algo más y no tardó en enterarse.

—Dime algo Arabella, el día que fuimos a Wensthwood sir Lawrence te obsequió un libro de poesías y los vi hablar a solas.

La joven se puso colorada, no pudo evitarlo.

—Sí, fue muy gentil.

Beatrice no sospechaba que su hermana y el marqués tuvieran un romance, ni siquiera se la pasaba por la cabeza. A fin de cuentas Arabella todavía jugaba al escondite y era muy boba e infantil. Tampoco era hermosa.

La veía como a una niñita, como esa hermana menor que cuidó de pequeña y que en más de una ocasión la hizo quedar mal por hacer travesuras frente a sus amigas.

—Lo que quiero saber— preguntó luego—es si acaso sir Lawrence te habló de mí—dijo su hermana mayor impaciente.

Beatrice estaba insoportable, furiosa por el alejamiento del que creía, era su pretendiente. Y luego de enloquecer a todo el mundo con preguntas, ahora la increpaba a ella, como si sospechara que era la responsable del distanciamiento del marqués.

—Él no me habló de ti. No lo hizo. Lo siento. Si lo hubiera hecho yo te habría contado— respondió Arabella.

Las palabras de su hermana menor indignaron a Beatrice. No podía entender cómo ese caballero viudo de aspecto apacible, circunspecto, guapo y tan rico no había caído rendido a sus pies como todos esperaban y jamás imaginó que su hermanita tuviera algo que ver.

—Es muy raro...—murmuró— No comprendo. La forma en que me miraba...pensé que tenía intenciones serias, que me hablaría ese día en la fiesta de lady Rose pero no lo hizo. Cada vez entiendo menos a los hombres,

Arabella. De veras que sí. Y no comprendo por qué se alejó de mí.

La jovencita esquivó su mirada y le dijo:

—No te desanimes Beatrice, él regresará y estoy segura que se fijará en ti. Eres tan hermosa.

Sí, lo era por supuesto. Todos lo decían pero para Beatrice eso no era suficiente para los caballeros. Al menos ella no tenía suerte con sus pretendientes. Galanteos, regalos, algún beso furtivo pero ninguno pedía su mano.

—Eso no es tan importante, Arabella—dijo luego, deprimida.

—Pero todos os miran. Sois hermosa y si el caballero de Wensthwood no lo ve, es porque está ciego.

Ella hizo un gesto de altivez.

—¿Tú qué sabes, Arabella? No eres más que una niña tonta, nunca te han besado ni tampoco has tenido un flirt.

—No soy una niña tonta— replicó la joven con calor.

—Bueno, disculpa, no quise ofenderte. Ese viudo está un poco loco, es lo que dicen. Además he oído que sir Lawrence tenía una esposa muy hermosa y que no ha podido olvidarla.

—¿De veras? ¿Tú la conocías?

—preguntó su hermana menor muy interesada.

—No... Pero he oído que vivía encerrada en el señorío porque él era muy celoso porque era hermosa. Muy hermosa. Tanto que sufría unos celos enfermizos y entonces... ocurrió la tragedia.

—¿Cuál tragedia?

—La muerte de su esposa, boba. Se llamaba Caprice y dicen que era un ángel y que ninguna mujer podrá ocupar su lugar en su corazón. Porque era hermosa, dulce y tan buena... él la adoraba pero ella no... Ella no lo quería. Fue una boda concertada por las familias de sir Lawrence y los

Hamilton. Ambas familias habían planeado esa unión mucho tiempo atrás y finalmente se casaron. Pero dicen que ella no era feliz en Wensthwood house. Que no soportaba los celos de su marido y que un día bebió algo y murió. Se suicidó. Fue un escándalo.

—Qué horrible, pensé que había muerto de gripe. Oí algo de eso hace tiempo.

—No seas boba, Arabella. Eso dijeron para tapar el escándalo que rodeaba su muerte.

Caprice... qué nombre tan bonito ¿no crees?

—Sí, de veras... Es un nombre precioso. Qué pena que muriera

así, tan joven.

—Bueno, sí es una pena pero ¿qué podemos hacer? Caprice está muerta—concluyó Beatrice sin piedad—y ahora su viudo es lo único que nos interesa. Necesita una esposa, todos lo dicen y cuando se acercó a nosotras pensé que estaba interesado en mí. Era tan gentil... Tan atento que... realmente me hice ilusiones como una tonta. Pero tal vez tengan razón y le pobre esté un poco loco y no quiere que nadie ocupe el lugar de su esposa porque todavía la ama. Aunque tendrá que casarse y lo hará....

Arabella comprendió que su hermana estaba enamorada de sir

Lawrence y se sintió mal, culpable de su desdicha aunque en realidad no fuera su culpa y mientras miraba el valle a la distancia ambas comenzaron a sentir frío.

—¡Pero qué tiempo tan ingrato!
—se quejó Beatrice mientras secaba sus lágrimas.

De pronto Arabella se preguntó si esas lágrimas eran genuinas, si lloraba por sir Lawrence o porque tenía veintidós años y no había logrado conseguir un marido como planeaba su madrina. Había estado en Londres cuando cumplió los diecisiete años, tuvo su presentación en sociedad y conoció a la reina Victoria aunque esta ni siquiera

la miró (o eso contó Beatrice) recibió obsequios en abundancia, presentes de enamorados, vestidos nuevos y candidatos envidiables. Pero ninguno pidió su mano. Su madrina dijo que era muy joven, que debía ser paciente pero Beatrice se sintió muy mal cuando regresó sin siquiera un pretendiente que solicitara cortejarla al menos. Luego asistió a fiestas, recibió obsequios, y su carné de baile siempre estuvo lleno y sin embargo cinco años después de su presentación todavía seguía soltera. Era increíble que siendo tan hermosa le pasara eso y que ella con diecisiete hubiera tenido su primera petición matrimonial.

—Ven, regresemos, hace frío hoy
—se quejó Beatrice.

Arabella la acompañó pensando en el marqués. “Si mi hermana se entera de que ha pedido mi mano pues me matará” pensó.

La jovencita no dijo palabra de lo sucedido, y mientras emprendían el camino de regreso procuró consolarla y decirle que otro caballero pediría su mano.

Beatrice aceptó, se quejó de que el frío arruinaría su piel, su abuela siempre lo decía. Además debían prepararse para el té de las cuatro. Tendrían visitas a esa hora. Las damas de la caridad, esa organización benéfica

que presidía su madre. Sus hermanas mayores participaban pero Arabella todavía no. Su madre seguía creyendo que era una niña por ser la menor y su padre, luego de gastar mucho dinero en presentar a sus hermanas mayores en Londres y ver tan pocos resultados, pues no tenía prisa por enviarla a la ciudad a buscar marido.

Los días de otoño transcurrieron grises y monótonos.

Arabella pensaba a menudo en sir Lawrence y ese beso preguntándose si volvería a verlo. Su hermana lo mencionaba todo el tiempo, siempre se enteraba si había ido a la Iglesia o

alguien lo vio de paso por el pueblo. Parecía obsesionada con él. Empecinada sin motivo en atraparle a como diera lugar.

La jovencita se dijo que era mejor que no hubiera pedido su mano ese día pues su hermana mayor se enfurecería si se enteraba.

Esa mañana se sintió inquieta y fue a dar un paseo acompañada de su fiel perro Jack. Ese pastor negro y blanco fiel que solía ir pegado a sus talones.

Necesitaba estar sola. Sus hermanas estaban malhumoradas porque su madre no quería llevarlas a la fiesta de la señorita

Rosalie Hampton y no quería soportar sus quejas ni un minuto más. Se ponían insoportables si no tenían una fiesta a dónde ir todas las semanas. Fiesta, reunión, tertulia, todo sería bienvenido. Antes de recluirse los días grises y tener que pasar charlando y jugando a las cartas, y también peleando, cuando se hartaban de todo.

Caminaba por la colina cuando vio un caballo acercarse a la distancia. No había caballos en el valle, estaban todos en el establo o en el lado este llevando al ganado a beber agua. Así que ese jinete solitario no podía ser del señorío y debía ser un intruso. Eso la asustó un poco u se detuvo intrigada y

su fiel pastor comenzó a ladrar furioso y corrió, corrió hasta el intruso sin hacerle caso.

—Jack, ven aquí por favor—lo llamó mientras se acercaba al desconocido sin poder evitarlo. El jinete se detuvo un momento y luego desapareció.

Tuvo un raro presentimiento, ese jinete montado en un caballo negro, su imagen le era familiar, lo había visto antes pero... entonces recordó por qué le había resultado familiar.

Estuvo allí mirándole un instante y luego huyó. ¿Sir Lawrence? Se preguntó Arabella mientras

su fiel chucho regresaba jadeante y nervioso.

Las nubes oscuras presagiaban mal tiempo, no sería prudente quedarse. La joven vio al jinete desaparecer en el firmamento y suspiró. ¿Por qué no fue a saludarla? ¿Por qué cambió de idea y huyó?

Era un hombre extraño.

La besaba, le pedía matrimonio y luego desaparecía.

Eso era muy raro. Peculiar.

Luego pensó que era viudo y todavía amaba a su esposa. Quizás se había arrepentido de su

arrebato y no quería volver a verla.

A fin de cuentas ella lo había rechazado.

Lo había hecho.

Es que la tomó por sorpresa y...

Demonios. La había besado y no podía olvidar ese momento.

Cuando regresaba a su casa vio el caballo negro de sir Lawrence y a este charlando animadamente con su padre. Entonces sí era él.

Arabella se acercó para saludarlo pero sus hermanas le ganaron de mano. Corrieron a su encuentro, las dos casi a la vez, como buitres para tener la atención del distinguido visitante. La jovencita quedó rezagada y molesta, molesta de que se comportaran

así. Parecían desesperadas por tener un marido.

Hasta su padre lo notó y les dijo con suavidad que se alejaran.

Arabella se acercó entonces para saludar al caballero que no dejaba de mirarla sin ocultar la alegría que sentía de volver a verla.

—Buenos días señorita Blayton. Encantado de volver a verla— dijo y besó su mano con gesto galante.

La jovencita se estremeció cuando sintió el roce de sus labios en su mano izquierda y luego, cuando comenzaban a conversar su padre le pidió con mirada torva que regresara a

la casa.

—Necesito hablar a solas con sir Lawrence. Regresaré en un momento—dijo. Luego subió a su caballo y se alejó.

Al entrar en la casa sus hermanas cuchicheaban pegadas al ventanal del comedor.

—Qué cosa tan rara e inesperada. Sir Lawrence ha vuelto y cómo os miraba—dijo Christine

a Beatrice.

Esta sonrió con aire misterioso.

—¿Tú lo crees?—replicó fingiendo sorpresa.

—OH claro que sí, ha venido

por ti hermana. Estoy segura. Os miró con fijeza. Siempre os ha mirado— insistió Christine.

—Pues yo no lo vi tan entusiasmado, en realidad ese hombre nunca sonríe ni muestra sus emociones —opinó Helen, la amiga más cercana a Christine que estaba allí de visita ese día.

Arabella no dijo nada. El regreso de ese caballero le provocaba temor y ansiedad. Esperaba que no pidiera su mano y que se casara con Beatrice. Ella sí estaba desesperada por convertirse en su esposa.

Además no quería ni imaginar la rabia de su hermana si se

enteraba de ese beso.

—Arabella, ¿qué tienes? Te noto rara. Ya no te lo pasas corriendo con ese perro faldero por el campo ni quieres jugar al escondite. ¿Qué te pasa?—preguntó su hermana Christine.

La joven miró a su hermana con expresión asustada.

—No me pasa nada—respondió.

—Pues yo creo que sí. ¿No será que sabes algo que nosotras ignoramos? Tú siempre conversas con la servidumbre aunque nuestro padre te lo prohíba—insistió Christine.

—No sé de qué hablas, Christine. Ya déjame en paz ¿sí? La joven corrió a su habitación

para evitar más preguntas. Estaba temblando. Esa visita inesperada le puso los nervios de punta.

Y se encontraba tirada en la cama, tratando de leer ese libro de fábulas que sir Lawrence le había obsequiado cuando escuchó golpes en su habitación.

Abrió la puerta temblando. Intuía que algo malo pasaría, lo sentía en el aire.

Entonces vio a su hermana Beatrice mirándola con rabia.

—Eres una pequeña traidora Arabella. Tú lo sabías, lo sabías y dejaste que pensara que él estaba interesado en mí—estalló furiosa.

Los ojos azules de Bea echaban chispas y se asustó. Creía adivinar lo que había pasado y sabía que ahora le haría la vida imposible.

—¿Cómo pudiste ser tan malvada? Tú has estado coqueteando con sir Lawrence porque querías robártelo—la acusó sin piedad.

—No, eso no es cierto. Nunca estuve coqueteando con él—replicó Arabella.

Pero su hermana no le creyó una palabra. Sorprendida y furiosa avanzó hacia ella como si quisiera darle una zorra.

—¿Ah no? Pues deja de mentir.

Porque sir Lawrence, marqués de Trelawney ha venido a pedir tu mano pequeña insolente. Él quiere... casarse contigo—le costó mucho decirlo— Y nuestro padre quiere que vayas ahora y me ha pedido que te avisara. ¡Fue tan cruel! Ve, vamos, luego hablaremos de esto. Luego me contarás cómo diablos hiciste para robarte a sir Lawrence, pequeña zorra mentirosa.

Arabella corrió asustada pero feliz de poder escapar de la ira de su hermana y sólo se detuvo cuando llegaba a las escaleras pues no quería caer de cabeza. Estaba nerviosa y una emoción intensa la embargaba. No podía creerlo. Había ido a pedir su mano.

Cuando entró en la salita de música sintió que las piernas le temblaban. Su padre estaba sentado con sir Lawrence y estaba muy serio. Ceñudo, casi preocupado.

Al verla entrar su expresión cambió. Arabella esquivó la mirada de sir Lawrence.

—Ven querida, siéntate por favor. Sir Lawrence me ha pedido para hablar en privado. Creo

que ya sabes la razón.

Arabella miró a ambos inquieta mientras obedecía pero no dijo palabra.

—Bueno, sir Lawrence me ha

rogado que le conceda tu mano Arabella. Quiere que seas su esposa. Y me ha pedido permiso para cortejarte. Veo que esta noticia te hace feliz. Lo que no comprendo es por qué soy el último en enterarme de tu entendimiento con el caballero de Wensthwood—preguntó su padre con mirada inquisitiva.

—Lo siento, papá.

Miró al caballero y luego a su padre.

—Bueno, le concederé el tiempo que me pide si mi hija lo acepta.

Arabella no dijo nada. Porque en realidad su padre daba por sentado que estaba muy de acuerdo con esa boda.

—Fijaremos la fecha con calma.

Luego de publicar las amonestaciones por supuesto. Como viudo, sir Lawrence me pide que sea un festejo discreto, íntimo. Luego ajustaremos los detalles. Ahora los dejaré conversar un momento.

Arabella miró a su padre desesperada. Tuvo ganas de gritar. Ella no quería casarse. Era muy joven y además, sus hermanas la matarían. Especialmente Beatrice. Cuando supieran que se casaría con sir Lawrence...

Cuando se quedaron a solas él la miró con expresión culpable.

—Lo siento señorita Blayton— dijo—Debí avisarle pero necesito una esposa para mi heredad y su padre quiso

convencerme de que aceptara a su hermana mayor pero yo la escogí a usted.

Arabella lo miró perpleja y el marqués continuó:

—Su padre ha intentado persuadirme, dijo que no es correcto que se case tan joven, dice que no está preparada para ser mi esposa. Que necesita madurar. Me ha pedido que hable con usted antes de seguir adelante con esto.

—Mi hermana Beatrice es hermosa, sir Lawrence—dijo Arabella.

No pudo decirle que estaba enamorada de él. No habría sido

correcto.

—Nunca me interesó su hermana señorita Blayton, sólo usted. Se lo he dicho a su padre. Pero si no quiere ser mi esposa desistiré. Una sola palabra suya hará que me aleje.

Arabella pensó que haberle rechazado en ese momento habría sido una grave ofensa a su orgullo y dignidad.

—Mi padre le dijo la verdad, soy joven y muy torpe. Temo que lo dejaré en ridículo con sus amistades. Porque tampoco sé cómo dirigir una mansión tan importante. Nadie me ha preparado para el matrimonio porque siempre supe que primero debían

casarse mis hermanas.

—No importa eso, señorita Arabella. Su hermana es una joven muy agradable pero debo confesarle que aunque suene descortés: no me atrae ella sino usted. Porque es una joven dulce y tierna. Y lo que necesitaba saber lo he sabido esa tarde en mi biblioteca. Quiero que sea mi esposa, le ruego que lo acepte y deje de decirme que debo casarme con su hermana porque sólo tengo ojos para usted, señorita Arabella. Y si estoy aquí es porque estoy convencido de que será la esposa ideal para mí. Pero si no está de acuerdo con eso puede decirlo ahora. Le ruego que no tema rechazarme.

Su voz la embrujó, su mirada suplicante llegó a su corazón.

Necesitaba una esposa y pensaba que ella dulce y tierna.

Creía que sería la esposa apropiada en vez de su hermana Beatrice.

No podía ser tan grosera y desconsiderada de rechazarlo.

Su padre había intentado

persuadirle sin ningún resultado. Quería casarse con ella.

—Sir Lawrence, me siento abrumada—dijo al fin, sonrojándose.

Y luego, dijo que aceptaba convertirse en su esposa.

Él tomó sus manos y las besó con suavidad.

—Gracias, hermosa—dijo mirándola con tanto amor.

Ella no puso sostener su mirada, era tan intensa.

Y apenas pudo escapó, preguntándose por qué había sido tan tonta y cobarde. Debió pedirle tiempo, debió negarse, ¿por qué no lo hizo?

Pero ya estaba hecho, acababa de dar su palabra. Se casaría con el marqués de Trelawney.

Cuando al día siguiente habló con su madre en privado se quejó de sus hermanas. De la rabia

de Beatrice, sus acusaciones injustas.

Juró ser inocente y su madre, lady Emily le creyó.

—Lo sé pequeña... sé que no estás preparada para esto, sin embargo debemos considerar que es un pretendiente magnífico que no podemos dejar escapar. Beatrice está molesta, es verdad, pero lo superará. Ella no fue la elegida y sobre eso no podemos hacer nada. Pues si el marqués no pidió la mano de tu hermana es por una razón: él te escogió a ti. Al parecer tenían un entendimiento. Debiste decirnos Arabella. Tu padre estaba muy sorprendido.

—Es que pensaba que él estaba

interesado en Beatrice.

—Sí, todos lo creímos. En realidad tu hermana es muy hermosa y sé que esto será difícil de aceptar para ella. Temo que se había entusiasmado con la amistad de sir Lawrence y ahora debe hacerse a la idea de que no podrá ser. Y deberá verle como su cuñado y pariente, nada más.

—Es que yo no lo sabía, mamá. No sabía nada de esto y creo que no puedo casarme con sir Lawrence. No me siento preparada para ello.

Cuando Arabella dijo eso, su madre la miró espantada y luego, rápidamente la convenció de que no debía decir eso “ni en broma.”

—Es lo mejor para ti, para tus hermanas para tu familia...

Y luego de decir eso le soltó un discurso de por qué debía casarse con sir Lawrence, sin que lady Emily escuchara ni una de las razones por las que ella no quería esa boda. Eso no se discutía.

Si un caballero como sir Lawrence pedía su mano era una oferta que jamás debía ser rechazada.

Para luego agregar en tono enfático:

—Habría preferido que escogiera a Beatrice, ella sería la más apropiada lo sé pero sir Lawrence no la quiere, ¿entiendes? Y nadie manda sobre

su corazón y él te quiere a ti. Siente especial cariño e inclinación por ti que eres la más aniñada... es una desventaja pero creo que debes sacar provecho de esto y ser la esposa que ese caballero merece y necesita. Tu padre se opuso al comienzo, se negó de forma terminante pero él lo convenció y además... él lo aprecia.

Arabella se mostró desafiante, obstinada. Lloró y dijo que no quería casarse.

Su madre la escuchó nada conmovida.

—Por favor, compórtate como una señorita educada y correcta. ¡Tranquilízate! Esto está fuera de

discusión. Completamente fuera de discusión.

La joven se alejó llorando y tuvo que soportar las burlas de sus hermanas y el odio de Beatrice. Especialmente Beatrice que la miraba como si ella la hubiera apuñalado por la espalda.

—Espero que te sientas muy feliz, hermanita, acabas de arrebatarme a mi pretendiente. Él era

mi pretendiente y tú... algo hiciste para que se fijara en ti—estalló.

Su madre intervino para defenderla y la envió a su habitación.

Pero las otras estaban del lado

de la mayor, siempre había sido así. Ella siempre había quedado de lado por ser la menor, la más infantil y traviesa... se avergonzaban de sus niñerías y tonterías, de verla jugar y reír con sus primas más pequeñas. Arabella rara vez había participado de los juegos de sus hermanas, por eso se había criado solitaria y ahora.

Ahora ya no tendría que soportarlas.

Pronto se mudaría a Wensthwood en Penzance y tendría un marido en quien pensar y su única preocupación sería la de convertirse en una esposa buena y abnegada. La esposa que un caballero de su linaje necesitaba.

La noche de bodas

El cortejo fue breve, duró apenas dos meses. El tiempo suficiente para planear una boda con prisas y sin demasiado boato.

Y un día helado de otoño Arabella se convirtió en la esposa de sir Lawrence, marqués de Trelawney.

Llegó al altar del brazo de su padre con un vestido blanco bordado en perlas y una corona de flores con un tocado de tul y flores de azahar, pues estaban de moda. Sus hermanas fueron sus madrinas y lucieron vestidos color celeste y estaban muy hermosas, pero se veían molestas. Ella trató de no verlas, especialmente a Beatrice, que estaba

pálida de rabia y con la mirada rara, vidriosa. Arabella temía la mirada de su hermana, temía que le echara maldiciones por haberle “robado el pretendiente”.

Esos meses habían sido un tormento para la joven y casi sentía alivio ese día que salió de su casa a media mañana sabiendo que no tendría que regresar para soportar a sus hermanas. Especialmente a Beatrice. Que no había hecho más que decirle que su matrimonio fracasaría porque era una niña torpe y boba que no sabía nada de la vida ni de cómo llevar adelante una mansión, entre otras cosas.

Miró nerviosa a sir Lawrence

durante la ceremonia y rezó para que ese matrimonio fuera una unión afortunada. Siempre había soñado con casarse con un hombre bueno y galante, que muriera de amor por ella y ahora no estaba segura de ello. Sir Lawrence era tan frío y reservado y a pesar de que siempre había sido muy atento y gentil sentía que no conocía demasiado al hombre que iba a convertirse en su marido.

Pero era tarde para lamentarse pues el reverendo acababa de decir las palabras mágicas:

—Con la gracia y voluntad de Dios, que él me ha concedido en este día tan especial yo los declaro marido y mujer.

Sir Lawrence le quitó el velo y la besó. Un beso frío y muy suave que sin embargo le provocó un cosquilleo al comprender que estaban casados y tenía un anillo de oro y diamantes en el dedo. Era su esposa.

Cuando salieron de la iglesia rumbo a la fiesta la novia notó que el cielo se había oscurecido y tronaba.

Entraron en el carruaje a tiempo pero la lluvia torrencial duró horas. Esa tormenta de comienzos de otoño era inesperada y molesta y muchos invitados llegaron mojados a la mansión de Cornualles donde realizarían el festejo. Sabía que el clima allí era más húmedo

y frío y pudo sentirlo al llegar a Wensthwood y ver el acantilado de Lands Ends a la distancia a través de la ventanilla del vehículo.

—

¿Os
agrada,
Arabella?

—

preguntó
su
esposo.
Ella
asintió.

—Bueno, la lluvia en estos días es casi constante, te adaptarás—le respondió él mientras la ayudaba a

descender del carruaje.

La visión de Wensthwood captó su atención de inmediato. Había estado antes con su familia pero ahora se veía diferente. Una inmensa construcción de piedra con un montón de ventanas y jardines en forma de laberinto, cipreses y alerces alrededor y un pequeño ejército de criados y sirvientes aguardando para darles la bienvenida.

Pero apenas pudo fijarse en ellos, volvía a caer esa llovizna fría y tuvieron que entrar de prisa a la mansión.

Sir Lawrence insistió en que hicieran la fiesta otro día, porque como era recientemente viudo no lo creía

decoroso hacer un festejo de bodas. Sólo sería un brindis y un almuerzo con los más allegados y nada más. Sin baile, sin pastel de bodas...

La familia de su esposo era escasa y poco amigable y Arabella se escabulló para evitar a sus hermanas y corrió a conversar con sus primas Nelly y Margot.

Beatrice y Christine la miraban molestas a la distancia y Arabella logró mantenerse alejada

de su familia todo lo posible.

Pero los parientes de su esposo: tíos, primos y sus abuelos maternos se quedaron un tiempo más conversando y

bebiendo oportuno en el salón mientras Arabella se cambiaba el traje de novia para estar más cómoda.

Toda la casa le resultaba extraña y silenciosa y de pronto sintió la mirada del ama de llaves, la señora Stuart con cierta insistencia. Esa mujer tenía cara de vinagre y le recordaba a una de esas monjas que vio en un convento francés hace años, cuando estuvieron de viaje por París. Alta, robusta, de mirada maligna y senos demasiados grandes para alguien tan delgada. Vaya, era idéntica a esa monja...

Y mientras entraba en su habitación notó que el ama de llaves la seguía con la mirada.

Como

un fantasma. Hasta que la vio parada en la puerta y se llevó el susto de su vida.

—Oh, disculpe lady Arabella. Sólo quería ayudarla. Temo que los sirvientes han estado muy atareados hoy y la han descuidado—dijo la mujer con voz inesperadamente suave y melodiosa.

—No se preocupe.

—Señora Stuart, Alice Stuart. Soy el ama de llaves. Necesita cambiarse, me imagino.

Una doncella de ojos muy grandes a apareció entonces. Había escoltado a la novia hasta sus aposentos pero en el camino la tía Lizzy le pidió una copa de vino y tuvo que hablar con

el mayordomo.

—Disculpe la tardanza, lady Arabella—dijo la sirvienta.

El ama de llaves le dirigió una mirada de disgusto como si ella fuera la novia abandonada pero al ver que la dama quedaba en buena compañía se alejó, no sin antes decir:

—Si necesita algo avíseme por favor.

—Gracias, señora Stuart—respondió Arabella.

Entró luego en la habitación nerviosa. Era su noche de bodas y estaba asustada. Temblaba casi y seguía pensando si podría escapar.

La doncella se alejó con el

candelabro y de pronto se detuvo.

—Por aquí lady Arabella. Le he preparado una tina para que pueda asearse. Debe estar muy cansada por el viaje—dijo.

La joven novia asintió y se acercó al vestidor.

De pronto pensó en esa conversación que había tenido con su tía, hacía casi dos semanas.

Ella le había hablado algo de la intimidad que la dejó muy turbada y asustada. Dijo que el hombre debía introducir en su pubis su miembro viril para dejarle la semilla y así hacer un

bebé con la gracia de Dios. Y que la primera vez le dolería mucho y debía soportarlo sin quejarse ni llorar. Nadie le había hablado con tanta crudeza pero su tía y madrina dijo que era necesario saber cómo era la intimidad entre los esposos para luego no asustarte ni atormentar a su marido con quejas y llantos.

“Debes entregarte a tu esposo siempre que él te lo pida Arabella, excepto si ese día estás enferma o tienes la regla”. Los hombres tienen una necesidad imperiosa de eso. Por eso no debes preocuparte, porque al comienzo él te pedirá intimidad casi a diario, y aun así logras quedar preñada. No

pueden estar nueve meses sin copular.

Tuvo que decirlo. Al final su tía tuvo que hablar de cópula.

Para ella había sido vergonzoso.

No quería tener que someterse a eso pero su tía la tranquilizó diciéndole que era la naturaleza y que en el matrimonio y con la bendición de Dios no era pecado. Era necesario para tener hijos. Era imposible quedarse preñada sin someterse a la cópula. Arabella miró a la criada que la ayudó a desvestirse con gesto sombrío.

—Puedes retirarte—le ordenó.

La joven la miró espantada.

—Pero lleva otro vestido, lady Arabella—le recordó.

—Puedo quitármelo sola—
replicó ella.

Sus sirvientes jamás la desnudaban y no lo haría esa doncella a quien no conocía. Ni tampoco su marido llegado el caso. Aunque su tía dijera que ella tendría que desnudarse sola no pensaba hacerlo para procrear ni copular. Qué horror.

Y tampoco se desnudaría ahora.

Entró en la bañera y tomó la esponja para asearse. El baño fue muy relajante pero cuando regresó a su habitación, poco después y vio la inmensa cama con dosel se sintió nerviosa.

—Lady

Arabella, el
señor la
espera en el
comedor—le
avisó la
doncella. Ella
la miró
aturdida, se
había puesto
el camisón
porque creía
que... —Allí
está su
vestido, sobre
la cama
señora
Trelawney—

insistió.

Afuera se oía la lluvia caer con furia, una feroz tormenta se había desatado de forma inesperada y los truenos parecían estremecer hasta los cimientos de la mansión. Cuando la joven entró en el comedor le pareció ver sombras a su alrededor, sombras de fantasmas.

Su esposo aguardaba en la cabecera de la mesa, con varios candelabros de platos colocados alrededor. Un salón tan inmenso como el anterior.

Sus ojos la miraron con fijeza.

—Ven querida, siéntate a mi derecha. Hoy tenemos el privilegio de

cenar solos, pero no siempre será así. Siempre llegan visitas a Wensthwood—dijo él.

Arabella se acercó y se sentó a su derecha con ayuda de su doncella.

No tenía apetito, estaba muy cansada y se sentía tan extraña.

—Vuestra hermana es realmente malvada, Arabella—dijo mientras los criados servían la cena.

Ella lo miró sorprendida.

—Os dijo que nunca serías tan hermosa como mi anterior esposa, yo lo escuché.

La jovencita estaba a punto de llorar, se sintió mal, avergonzada. Fue

un comentario muy desafortunado que le dijo Beatrice en un momento y ella no replicó porque sabía que su hermana estaba herida.

—Ella me odia sir Lawrence porque pensaba que usted...

—¿Qué me casaría con ella porque es muy hermosa? No, esa idea jamás pasó por mi mente y ahora me alegro de no haberlo hecho. Y espero que supere su envidia porque no permitiré que vuelva a decirte esas cosas, ni ella ni nadie. Y conste que no dije nada porque era nuestra fiesta de bodas y no quise hacer una escena pero no permitiré que vuelva a ocurrir.

Arabella lo miró agradecida.

—No quiero que nadie mencione en esta casa a mi anterior esposa, preciosa. Ni vuestra hermana ni nadie. Pronto vuestro retrato estará en la galería principal, justo frente a la escalera pues es nuestra tradición. No sé qué os contó vuestra hermana de mi anterior esposa pero no deseo que penséis en ella. Ni que os hagáis preguntas. Mañana temprano os llevaré a recorrer la propiedad, si es que esta lluvia no deja arruinado los caminos.

Caprice, su anterior esposa. No quería que hablara de ella y estaba enojado porque su hermana sacó a relucir su belleza y su falta de tacto al

mencionarlo. La cabeza de la joven novia era un torbellino. Se sentía reprendida y sin poder encontrar algo que decir.

¿Qué podría decir? Se había casado contra su voluntad, era una boda concertada y no estaba segura de sus sentimientos.

La tormenta tampoco ayudaba demasiado y los sirvientes, parecían fantasmas, eran sombras a través del comedor que se movían de un sitio a otro, solemnes y silenciosos.

—No has probado el vino, preciosa—dijo de pronto su esposo.

Arabella la tomó de inmediato y

notó que era vino.

—Es que nunca bebo alcohol, mi padre no me deja—se quejó.

El marqués sonrió tentado.

—Vuestro padre ya no puede darte órdenes ángel, yo ocuparé su lugar. Soy tu marido y me debes completa obediencia. Lo sabes ¿verdad?

La joven se sonrojó mientras bebía del vino.

—Sí, lo sé—murmuró y bajó la mirada.

—Disculpa, no quise ser rudo contigo, tú eres mi esposa y este será tu hogar. Mis criados están para servirte pero si alguno comete un desliz o falta hacia ti debes avisarme. Espero que no

haya secretos entre nosotros. Ni salidas, ni viajes misteriosos a visitar a tus parientes o amigos.

Puso énfasis en sus últimas palabras y ella lo miró espantada. ¿Acaso ese hombre planeaba dejarla encerrada en esa mansión sombría para siempre?

—¿Y podré invitar a mis amigas y parientes?—preguntó entonces con timidez.

Su esposo sonrió.

—Sí, por supuesto pero sólo uno por vez. Me incomoda tener la casa llena de invitados. No hay fiestas en Wensthwood. Recibo parientes y amigos sí, pero me agrada la privacidad, la

intimidación de mi hogar. Lo siento, es que a mis veintisiete años me he vuelto algo ermitaño. Pero tú eres tímida y me imagino que no os agradan las fiestas.

Arabella asintió.

—No fui presentada sir Lawrence y por eso, no me permitían ir a fiestas.

Esa respuesta pareció sorprenderle.

—¿De veras? Es extraordinario, querida. Sin presentación os habéis casado antes que vuestras hermanas.

La joven novia sonrió levemente mientras bebía de su copa de vino. Se preguntó cómo sería su vida en la mansión sin fiestas, sin

reuniones... ella era muy tímida sí, y las fiestas se le antojaban aburridas. Eso no era lo que más le preocupaba sino saber por qué su marido no quería que se nombrara a su difunta esposa ni se hicieran preguntas.

Comieron en silencio, aunque ella apenas probó bocado. Estaba nerviosa y no podía dejar de sentir un desasosiego e inquietud casi constante. Quería escapar de esa casa y evitar que... ese hombre la tocara y la hiciera suya. Pero no podía hacerlo por supuesto y debía aceptar lo que pasaría esa noche como algo natural. Así se lo había dicho tía Lizzy. Era su esposa y... El vino la hizo sentir mejor. Más

relajada y algo somnolienta.

Notó que las velas del candelabro parpadeaban como si una corriente de aire invadiera la

habitación en silencio.

—Estáis asustada, querida? Os asustan las tormentas?—preguntó su esposo. Arabella lo miró.

—Un poco—confesó.

Sus ojos la miraron con fijeza y ella tembló pensando que había notado que no estaba

asustada sólo por la tormenta.

—Bueno, creo que es hora de

descansar pequeña. Ven—dijo entonces y tomó su mano.

Ella lo siguió sonrojada.

Cuando entraron en la habitación nupcial ella vio la inmensa cama con un cobertor de

terciopelo rojo y se estremeció.

—Ven, no tengas miedo pequeña.

No voy a comerte—dijo él al notar que se quedaba en la

puerta.

Arabella obedeció y dios unos pasos hacia su esposo. Él la miró embobado, con una mirada

intensa tan dulce que la hizo sonrojar.

—Diablos, sois tan hermosa pequeña.

Arabella sonrió y sir Lawrence se acercó despacio y la besó con suavidad.

Estaba claro que no era la hora de dormir. No sin antes copular.

Se tensó cuando la llevó a la cama y la envolvió entre sus brazos y siguió besándola, acariciándola con suavidad.

De pronto se detuvo y la miró.

—Estáis temblando, preciosa— señaló—me pregunto si alguien te habrá hablado de lo que pasará esta noche.

Su voz era suave y su mirada distinta, casi tierna.

—Mi madrina me dijo hace dos semanas—le respondió ella.

—¿Y qué os dijo?

—

Dijo

que

tal

vez

tendría

que

desnudarme

pero...

Su

esposo

sonrió

y

se

quitó

la

camisa
espacio.

Arabella vio su pecho ancho y vio algo más, una fea cicatriz en su brazo izquierdo, tan gruesa que se veía y otra más corta en su cuello.

Una trifulca. Una pelea con algo muy cortante.

Quiso preguntarle pero no se atrevió.

Lo vio apagar las luces y regresar a su lado.

Un trueno hizo estremecer la casa entera y la joven ahogó un gemido. La tormenta y ese hombre la tenían aterrada.

—Tranquila, ya pasará—dijo él mientras la envolvía entre sus brazos y volvía a besarla.

Pero de pronto se detuvo y la miró con una expresión extraña.

—Estás aterrada preciosa, no quieres que te toque, no soportas que lo haga—era una acusación y sin embargo sonreía levemente, no parecía enojado.

Arabella se sonrojó.

—No, no es eso sir Lawrence, por favor.

—¿Entonces tú no querías casarte conmigo, verdad? Vuestra familia os obligó. Lo sospechaba pero quería que fueras mi esposa. No me importó—le respondió y se alejó de ella

lentamente.

—Lo siento mucho sir Lawrence... es que tengo miedo, no es rechazo.

—Si no soportas la intimidad porque os da tanto terror, ¿por qué aceptasteis ser mi esposa?

La pregunta se oyó como un látigo.

Arabella se sentó en la cama y lo miró asustada y nerviosa por el giro inesperado de la situación. Algo estaba mal, a pesar de su inexperiencia se preguntó qué había hecho mal para enfadarle tanto.

—Pues no tendrás que sacrificarte hoy, preciosa, no te

entregarás a mí por obligación o porque sea tu deber. Jamás podría forzar a una mujer a que haga algo que no desea.

Ella lo miró desconcertada y lloró, no pudo evitarlo.

—No estaba lista para casarme, es verdad, no me sentía preparada pero mi tía dijo que luego.... Aprendería a ser una buena esposa. Lamento haberle defraudado. Estoy asustada pero no lo aborrezco, no es verdad que me casara contra mi voluntad.

El rió cuando dijo eso como si no le creyera una palabra.

—Tú no estás preparada para convertirte en mi esposa. Creo que he cometido un gran error.

Me apresuré a pedir tu mano. Ve a dormir, te ves cansada. Mañana hablaremos.

Su rechazo la lastimó. Era él que no quería tocarla, que no quería seguir adelante y hacerla su mujer como habría hecho un hombre sensato. Estaba preparada para soportarlo, su tía le había hablado, no era una jovencita ignorante pero algo lo hizo cambiar de idea. Lo vio irse furioso y entonces lloró. Su tía le había advertido, dijo que sufriría al comienzo y que seguramente lloraría, pero no imaginó que lo haría porque él se había negado a hacerla su mujer esa noche, que se sentiría tan desdichada por no haber podido cumplir

con su deber de esposa. ¿Qué pasaría ahora con su matrimonio? ¿Acaso la repudiaría y la enviaría de regreso con sus padres?

¿Sería el fantasma de Caprice, la mujer que tanto había amado que había regresado esa noche para atormentarlo?

De pronto sintió sus pasos alejarse y lo vio abandonar la habitación tras dar un portazo.

Ni

siquiera dormiría a su lado, en su recámara nupcial, en esa cama inmensa tan antigua y tan fría sin su esposo, sin su abrazo.

Al final todo fue mucho peor de lo que había pensado.

Él la acusó de haberse casado con él sin desearlo. Empujada por sus padres. Sabía la verdad, él siempre había sabido que esa era una boda concertada. ¿Por qué la culpaba? Él se encaprichó de ella pudiendo haber escogido a su hermana mayor. No lo hizo. Y ahora la culpaba de sentir terror. No era su culpa...

Arabella pensó que lloraría esa noche, pero jamás imaginó que lloraría al sentir la ira y el rechazo de su marido.

No
era
un
buen

comienzo.

Era

un

completo

desastre.

La lluvia y el mal tiempo duraron días, haciendo imposible los caminos.

Su esposo se quejó de eso a la mañana siguiente pero no dijo nada de que la devolvería a su casa.

Ni ese día, ni los siguientes.

Cuando llegaba la noche él se retiraba a sus aposentos y no daba un paso para acercarse.

Comenzó a inquietarse. A

sentirse angustiada.

Día tras día lo veía durante el almuerzo, en la cena y algunas veces en la tarde, el resto del día se alejaba a realizar sus quehaceres.

La pasada tormenta había arruinado los caminos y había dejado aislados a muchos animales y su heredad se inundó en la zona que lindaba con el mar. Arabella tardó un poco en acostumbrarse a sentir ese murmullo constante en toda la casa, y a pesar de que la mansión estaba en lo alto del peñasco sentía pánico de que ese mar índigo avanzara y lo cubriera todo. Había notado cómo al atardecer devoraba la playa y luego, en la mañana

retrocedía y volvía a su lugar. El problema era la pleamar, se lo había dicho Dolly, su doncella, había lugares que quedaban por completo aislados durante horas y era peligroso estar allí. Pero la joven no tenía intención alguna de bajar a la playa todavía, ese mar le daba terror, no se parecía en nada al de Devon, cerca del Cottage donde vivía con su familia. Era distinto. Azul y profundo, con olas amenazantes que en el pasado habían hecho naufragar a los piratas y marineros. La mítica tierra del rey Arturo como decía su padre y de los pueblitos costeros tan pintorescos. Cornualles era un lugar distinto, tenía algo especial y ella pensó que lo habría

disfrutado más de no haber estado tan inquieta y nerviosa.

Esa mañana, Arabella se sentía cansada pues no había dormido bien y se pasó un buen rato frente al ventanal de la sala del comedor, con la mirada perdida en el mar hasta que de pronto vio a su esposo cabalgando hacia la costa. ¿Qué haría allí? Él debía saber que era un lugar peligroso.

Contuvo el aliento mientras lo veía desaparecer en la playa. Cabalgaba como un endemoniado y por eso debió perder su sombrero.

Luego se preguntó por qué la retenía en Wensthwood si era claro que ya no deseaba que fuera su esposa.

Una voz la distrajo de sus pensamientos provocándole un sobresalto inevitable, pues frente a

ella estaba la monja de senos grandes, claro que no era una religiosa sino la señora Stuart, su ama de llaves.

—Buenos días lady Arabella, disculpe por favor, no he querido asustarla—dijo.

La miró perpleja. No esperaba visitas. Ni siquiera estaba arreglada.

—Señora Stuart, nadie me avisó—se quejó.

El ama de llaves puso cara de estupor, como si esa respuesta fuera

insólita y algo desafortunada para una dama.

—¿Quién es?—insistió Arabella.

—Lady Arundell y su marido. ¿No le dijo su esposo? Disculpe, pensé que le había avisado.

—Debió olvidarlo—replicó la joven inquieta.

No era la primera vez que su marido olvidaba decirle que tenía visitas. En la cena, durante el almuerzo y ahora, a media tarde.

No sabía quién era Lady Arundell, pero procuró disimular pues su esposo no estaba a su lado

para officiar de anfitrión y sería algo embarazoso para ella atender a esos visitantes.

—Iré en un momento, señora Stuart. Debo cambiarme ahora. Por favor, ¿puede avisarle a mi esposo que los Arundell están aquí?—dijo entonces.

Ser la señora de la mansión era una tarea agobiante por momentos, pero no se quejaba, sabía que sería así pero si al menos él no fuera tan frío, tan distante... No podía entender por qué la ignoraba, por qué la trataba así.

Abandonó el comedor y corrió a su habitación y llamó a la doncella tirando del cordel que había en la cabecera de la cama para

que la ayudara a peinar su cabello y a cambiarle el vestido.

Dolly era una doncella muy eficiente y sabía peinarla, rizar su cabello pero no solían conversar demasiado.

Era reservada, como el resto de los sirvientes. Al punto que Arabella no sabía si la odiaban por ocupar el lugar de la difunta marquesa o sólo sentían indiferencia por su llegada a la mansión. —Dolly, necesito tu ayuda. Hay visitas. La señora Arundell y su marido. La joven asintió.

—No se preocupe lady

Arabella, son amigos de su esposo. Pero él sabía que vendrían hoy, ¿no le dijo?

Arabella se encogió de hombros.

—Nunca me avisa... creo que no le importa hacerlo.

Era la primera vez que se desahogaba. No era correcto que lo hiciera, lo sabía, que hablara así con su sirvienta, pero es que se sentía tan sola. Su familia prometió visitarla y no lo había hecho y ese día hacía una semana que se había casado.

Una semana de casada y sentía que eran casi dos extraños.

—No se preocupe lady Arabella, él es así desde que murió su esposa. Pero si tiene paciencia, sé que

el marqués cambiará.

Esas palabras la sorprendieron.

—Él dijo que no quería que hablara de Caprice—dijo con cautela observando la reacción de su doncella.

Los ojos oscuros de la joven brillaron con intensidad.

—No lo haga, lady Arabella. Él nos ha prohibido mencionarla.

—

¿Tanto
la
amaba
que
nunca
podrá
olvidarla?

Dolly
asintió.

—No puedo decirle, señora. Si se entera que hablé de Caprice él... se enojará y perderé mi trabajo, ¿entiende?

La joven dijo que entendía y mientras se cambiaba no volvieron a mencionar a Caprice. Pero estaba segura de que ella era la culpable de su rechazo, su fantasma lo acosaba, estaba en esa casa, en cada rincón por eso su matrimonio iba tan mal.

—Señora, debe ser paciente con su esposo. Él ha sufrido mucho—dijo de pronto Dolly mientras terminaba de peinarla.

Arabella no quería verse así, tan triste. Era una dama recién casada, aunque todo fuera una farsa, ella no deseaba que sus visitantes la vieran tan desanimada.

—Lo sé, Dolly. Es que no sé por qué...

No terminó la frase. Estaba llorando. Su futuro era tan incierto y se sentía tan sola en esa mansión. Su esposo no la quería y en cualquier momento pediría la anulación y la regresaría a su casa y todo terminaría. Sentía terror de que eso pasara. Al comienzo estaba muy asustada y sólo quería escapar, pero ahora comprendía que el escándalo de ser repudiada por

su marido arruinaría su vida. Era su esposa, diablos, estaba casada con él, de nombre por supuesto porque si su matrimonio no se consumaba él podía pedir la anulación. ¿Pero lo haría?

De pronto notó que su doncella miraba con lástima.

—Lady Arabella... le traeré un vaso de agua—dijo y se alejó un momento.

La jovencita secó sus lágrimas y quiso controlarse pero no pudo.

Y cuando Dolly regresó con el vaso de agua se sintió un poco mejor, pero no quería hablar, no podía hacerlo.

—No puedo ir así—se quejó al final—diles que estoy

indispuesta.

Dolly vaciló.

—Su esposo se enfadará lady Arabella, por favor, si se pone compresas de algodón con agua fría en los ojos tal vez...

—Lo notarán. No, no puedo ir. Pídeles que me disculpen.

La doncella obedeció. Y poco después de marcharse escuchó pasos y que alguien abría la puerta de su habitación. Entonces vio a su marido parado en su habitación con semblante torvo.

—Arabella. ¿Qué tienes?—quiso saber—¿Por qué estás llorando? Ella secó sus lágrimas y lo miró,

aterrada. La había descubierto. Pensó que estaría en el campo pero... había regresado y allí estaba, frente a ella, mirándola con cara de pocos amigos. — ¿Acaso alguna criada os dijo algo que os incomodó?—insistió.

—Es que no me sentía bien—
respondió la joven.

—¿Echas de menos tu casa,
esposa mía?—le preguntó.

Ella no respondió. ¿Acaso le diría que pronto regresaría a su casa? Lo vio caminar en la habitación con sus largas botas de montar y secó sus lágrimas. Pero no habló, no dijo nada. Su presencia sólo la atormentaba. ¿Qué quería de ella?

—¿Entonces me regresaréis a mi casa, mi lord?—le preguntó con un hilo de voz.

Él la miró con fijeza. Seguía enojado, molesto, pero ahora parecía sorprendido.

—¿Acaso es lo que deseáis que haga, preciosa?—le preguntó.

Ella negó con un gesto.

—¿Estáis segura de que deseáis quedaros aquí?

Arabella suspiró y bajó la mirada.

—Sólo si vos lo deseáis, milord. Pero si no me queréis a vuestro lado me iré.

Esas palabras le molestaron, pero Arabella pensaba que todo le molestaba, tenía un genio imposible.

—¿Entonces pensáis que quiero que os vayáis? ¿Que vuestra presencia aquí me incomoda?

Sois mi esposa, pequeña, ¿es que lo habéis olvidado?

Volvía a hacerlo, a responderle con preguntas sin decirle lo que realmente estaba mal en ella.

—No lo he olvidado, milord. Sé que soy vuestra esposa.

—Bueno, pronto os sentiréis más segura de eso. Ahora vendréis conmigo y saludaréis a

nuestros invitados.

La jovencita lo miró espantada.

—No, por favor, no puedo hacerlo. Me verán así y sabrán que me pasó algo.

—¿Y qué os pasó? ¿Por qué estabais llorando?

Arabella no le respondió, no le diría la verdad. De todas formas a él no le importaba gran cosa si era feliz o desdichada en esa casa. Dijo que no la regresaría con su familia ahora y eso era bueno. También le recordó que era su esposa. Para bien o para mal, lo era.

—Arabella, ve a lavarte la cara. Los Arundell son viejos amigos y vinieron a vernos.

Claro, necesitaba tapar las

apariencias y presentar a su esposa a sus amigos. Porque todos sabían que se había casado recientemente. Sólo por eso fue a verla y fingió que le importaba.

Tuvo que obedecerle, porque una buena esposa siempre lo hacía.

Aunque ella no fuera su

esposa más que de nombre.

Wensthwood house

Sus padres fueron a visitarla la semana siguiente para saludarlos. Fueron el sábado y se quedaron a almorzar.

Sus hermanas Christine y Beatrice la miraron con cierta envidia.

—Qué guapa estáis Arabella. El matrimonio os sienta bien—dijo su hermana mayor.

Pero en sus ojos azules no había una sonrisa cálida sino una expresión burlona. Ella debía saber que su matrimonio no iba bien. No sé cómo pero lo había notado. Y aunque durante el almuerzo se mostró alegre cuando las tres dieron un paseo hacia la playa para ver las rocas de Lands-Ends, se acercó a ella para conversar.

—¿Y bien querida? Cuenta cómo te ha ido ahora que eres una dama recién casada—preguntó. Arabella la miró inquieta.

—Bien... me daba un poco de

miedo el mar y me ha costado acostumbrarme a ese murmullo. ¿Lo habéis escuchado al llegar?

Christine y su hermana se miraron.

—¿Eres boba o qué? No me refería al mar. Me refería a tu marido, tonta—replicó Beatrice con torvo semblante.

—Sí, cuenta qué tal te va ahora como señora de la mansión embrujada de Wensthwood— agregó Christine burlona.

—¿Mansión embrujada?

—Sí, es lo que dicen. Por el fantasma de la hermosa Caprice, la anterior esposa de tu marido. Tú

conoces la historia verdad? Imagino que sir Lawrence os habrá contado—insistió Beatrice.

Su hermana mayor seguía despechada y furiosa con ella, de eso no tenía dudas y ahora, no perdería oportunidad de recordarle que su esposo había estado casado antes con la hermosa y angelical Caprice. Y que además, su fantasma merodeaba en la mansión.

Arabella sostuvo la mirada de Beatrice y le respondió sin emoción:

—Mi esposo jamás ha hablado de Caprice, ni creo oportuno hacerle preguntas.

Bea no se esperaba semejante respuesta y se quedó desconcertada observando a su hermanita menor.

—Vaya... ¿Y acaso no sientes curiosidad por saber?

Sí, claro que la sentía.

—Tal vez... pero eso no me inquieta para nada. Yo soy la nueva señora de la mansión, qué importa la anterior? Tú misma lo dijiste una vez Beatrice: Caprice está muerta.

La joven no se esperaba esa respuesta y la vio fruncir los labios, furiosa mientras sus ojos brillaban de rabia.

—Bueno, supongo que tienes razón, por supuesto. Está muerta pero

sin embargo... he oído que su fantasma está aquí en Wensthwood y no descansa en paz. Murió tan joven la pobre y ... he estado averiguando. Mejor dicho, me he enterado de casualidad el otro día en una velada musical a donde asistió una amiga de la difunta marquesa de Trelawney.

Arabella no quiso oír la historia pero Beatrice la obligó a escucharla.

—Dicen que la pobre sufrió mucho aquí, sabes? Porque su marido la amaba tanto que estaba

enfermo de celos. No la dejaba ni salir a una fiesta ni a visitar a su familia. La

encerraba en el ala sur, con vista a las rocas, en sus aposentos.

Saber eso la inquietó, no imaginaba algo así.

—Beatrice, ¿estáis segura de eso?

Su hermana se apuró a afirmar que era así.

—Dicen que es un hombre muy celoso, bueno, lo fue con su anterior esposa. A ti te deja salir, al parecer. Al menos no le molestó que salieras hoy—
Beatrice rió por lo bajo.

Pero fue su otra hermana Christine quien la reprendió.

—Deja de decir esas cosas, Beatrice. Estáis tan obsesionada con

Caprice, mucho más que Arabella que es la esposa de sir Lawrence.

La joven sostuvo su mirada con gesto desafiante.

—Pues ella debe saber la verdad, para estar prevenida. Y que conste que no os he contado lo peor.

—¿Y qué es lo que estáis ocultándome?—quiso saber su hermana menor, picada por la curiosidad, ansiosa de saber algo más de Caprice.

Beatrice la miró con una sonrisa pero cuando iba a responderle Christine la hizo callar.

—Déjala en paz. Vamos. Olvida todo eso. A fin de cuentas son sólo rumores, chismes y nada más.

—Pues tengo mis dudas sobre eso—le respondió su hermana mayor—Tengo mis serias dudas... pues fue una amiga muy cercana a Caprice.

—No la escuches, Arabella. Son tonterías. La gente habla y nuestra hermana sigue celosa por tu boda—dijo Christine—Ahora apresuraos Bea, que quiero ver el mar.

La joven miró a su hermana agradecida, al menos ella no le guardaba rencor por haberse casado con el pretendiente de Beatrice, aunque en realidad nunca le había hablado, sólo había sido cortés con su hermana mayor. Suspiró aliviada y comenzaron el descenso hacia la playa. Ambas querían

ver las rocas y a pesar de que su madre se mostró algo espantada por la idea, dejó que fueran.

“Tenga cuidado con el descenso” le advirtió el ama de llaves.

Su marido estaba demasiado distraído para decir nada, así que no pensó que fuera peligroso.

Hasta que escuchó gritar a su hermana y retorcerse de dolor.

Arabella se acercó para ver qué pasaba, pero fue Christine quién le contestó.

—Creo que se torció un tobillo.

—¡Diablos!

—Me torcí un pie y me duele.

Maldita piedra—chilló Beatrice.

Ambas la ayudaron a sentarse y fue Arabella quien tuvo que regresar para pedir auxilio. Por fortuna su marido se encontraba cerca en su caballo y se acercó hasta el sendero empinado.

La joven lo miró con inquietud.

—Ten cuidado con las piedras—
le dijo.

Él sostuvo su mirada y sonrió.

—Descuida, conozco el camino
—le respondió.

Pero luego, al ver que llevaba a su hermana mayor en su caballo Arabella sintió que ardía de celos. La muy boba no dejaba de quejarse y

hacerse la desgraciada mientras iba en brazos de su marido.

Era lo que quería. Estar cerca de sir Lawrence.

No sólo arruinó su paseo a la costa para ver el mar de Lands-Ends, sino que se fue todo el viaje abrazada a su esposo.

Trató de dominarse por supuesto, pues al llegar el ama de llaves las miró con una sonrisa llena de malicia.

—Ese camino no es seguro, señorita Beatrice. Yo le advertí a lady Arabella que tuviera cuidado—dijo.

La joven se sonrojó y pensó que

esa mujer era odiosa, tenía bastante lata con su hermana quejándose de que se había quebrado el tobillo, a su esposo atendiéndola en la sala y todos revoloteando a su alrededor para tener que soportar a esa mujer reprendiéndola como si fuera una chiquilla.

—Fue un accidente, el camino era muy empinado—replicó.

Su esposo miró a la señora Stuart muy serio.

—Alice, vaya a buscar al doctor Murray, por favor. Tal vez pueda recetarle algún tónico para el dolor.

El ama de llaves se marchó con los labios apretados pero en sus ojos

se notaba una maligna satisfacción al ver que sus funestos vaticinios se habían cumplido. Allí estaba la hermana de lady Arabella con el tobillo lesionado.

La jovencita se quedó apartada de la reunión mientras sus padres y su esposo rodeaban a Beatrice, que estaba feliz de ser el centro de atención. Era su pequeña venganza contra su hermana menor... o eso sintió ella.

Su mirada se encontró con la de su madre y ella se alejó de Beatrice y fue a hablarle un momento.

—Querida, creo que esa criada se da muchos aires. Ten cuidado con ella. Debes recordarle quién manda ahora. Tú por supuesto.

Arabella tardó un poco en comprender de qué hablaba su madre hasta que ella mencionó el

incidente con el ama de llaves.

—He notado cómo os mira y la forma en que dirige la mansión, querida. Tú deberías tomar riendas en el asunto, como os enseñé, ¿lo recuerdas?

La jovencita recordó aquellos consejos días antes de la boda sobre cómo dirigir la servidumbre de Wensthwood, con firmeza pero haciéndoles sentir que ella era la nueva marquesa y le debían obediencia y respeto.

—He notado que escoge el menú

del día sin consultarte si te agrada la crema de frambuesas o prefieres otro postre, eso no es bueno querida. Tú debes controlar eso y también, moverte con más soltura y libertad. Si deseabas ir hoy a la playa, quién es ella para decirte que no debes hacerlo?

Su madre estaba muy molesta pero Arabella no le dio tanta importancia. Problemas más grave la angustiaban en esos momentos, además necesitaba tener a los sirvientes de su lado, luego comprendió que de nada le valdría mostrarse altiva y soberbia con la señora Stuart pues ella conocía Wensthwood como la palma de su mano, y le era muy útil. Pues aunque deseara

escoger el menú del día o dar órdenes a la servidumbre, no tenía idea de qué ordenar para el almuerzo porque tampoco conocía los gustos culinarios de su esposo ni la comida que solía servirse en la mansión. Alice Stuart sí lo sabía y hacía muy bien su trabajo.

Sin embargo la joven creyó oportuno tranquilizar a su madre al respecto.

—Mamá, la señora Stuart lo organiza todo muy bien. Todo está perfectamente aquí. Ella conoce la mansión y los alrededores como la palma de su mano—le dijo—Es algo antipática sí, pero muy servicial, además mi esposo la aprecia.

Esa respuesta no convenció demasiado a lady Blayton.

—Bueno, ahora tal vez te convenga tenerla de tu lado pero luego, con sutileza...

La joven escuchó los consejos pensando que a ella no le importaba que el ama de llaves se diera aires mientras dirigiera todo en la mansión y lo hiciera bien, además tampoco era hostil. Sólo era un poco entrometida y mandona pero eso no le molestaba tanto como ver a su hermana hacer teatro para tener a todos pendientes de ella.

Hasta tuvieron que llamar a un doctor, que llegó una hora después para examinar su tobillo. El hombre llegó

empapado y cansado. Bueno, al menos no era tan viejo como el doctor que las atendía siempre en Spring Valley. Era un hombre joven, Joseph Murray, y muy paciente, pero

Arabella imaginó que tendría que atender a enfermos más graves que una simple torcedura de pie... Lo vio examinar el pie en cuestión y luego le pidió a su hermana que intentara caminar.

—Oh, no, me duele mucho doctor—se quejó ella, dramática, casi al borde de las lágrimas— Además, creo que tengo fiebre.

—¿Tiene fiebre?—dijo el doctor sorprendido.

—Creo que sí...

Arabella supo que su hermana exageraba y no entendía por qué, hasta que su marido dijo con mucha tranquilidad que podía quedarse unos días hasta que se recuperara el tobillo.

Sintió que los colores le subían al rostro al ver cómo aceptó encantada quedarse y se le iban todas las dolencias. Casi olvidó por completo que tenía el tobillo hinchado.

—Se lo agradezco sir Lawrence, pero no será necesario—dijo lord Blayton.

Beatrice se puso pálida.

—No es ninguna molestia, Lord Blayton, al contrario. Me siento

culpable de lo sucedido. Pueden quedarse esta noche y mañana, si la señorita Beatrice está mejor regresarán a Spring Valley —respondió sir Lawrence.

Arabella miró a ambos y luego a su hermana sin decir palabra.

Finalmente Beatrice salió victoriosa, su padre aceptó quedarse ese día.

—Sólo por hoy caballero, no deseamos abusar de su hospitalidad.

—Oh, no es ninguna molestia para mí dar alojamiento a la familia de mi querida Arabella— respondió el marqués mirando a su esposa con una

leve sonrisa.

Esta se sonrojó y bajó la mirada, algo incómoda deseando que Beatrice no se quedara. Sabía que volvería a molestarla, a decirle algo hiriente o sencillamente se dedicaría a coquear con su esposo para fastidiarla.

Pero no pudo evitar que se quedara, habría sido descortés no insistir en que pasaran la noche en Wensthwood.

Arabella se alejó para descansar en su habitación, esa fue la excusa que encontró para estar a solas antes de la cena.

Nada más entrar escuchó que golpeaban su puerta.

—Adelante—dijo.

Era Dolly, su doncella.

—¿Necesita algo, lady Arabella? La señora Stuart dijo que me había llamado.

—No necesito nada. Acaso el ama de llaves adivina los pensamientos? Vete Dolly, voy a descansar un poco antes de la cena.

Era la primera vez que era tan brusca con su doncella pero no pudo decir nada más, sólo quería tirarse en la cama y llorar.

No era feliz en esa mansión y la visita de su familia, en vez de mejorar las cosas: sólo las empeoraba.

—Lo siento mucho, lady

Arabella. No quise molestarla.
Si me necesita, llámeme por
favor—

dijo la
doncella
y
se
marchó
con
prisa.

A la mañana siguiente despertó
sintiéndose cansada y aturdida. No
había dormido bien, había escuchado
ruidos en la madrugada, como de pasos
acercándose a su habitación pero luego
despertó espantada sin saber si había

sido real o lo había soñado. De todas formas no pudo volver a conciliar el sueño.

Lo primero que hizo fue acercarse a la ventana para ver cómo estaba el día, entonces vio el mar y pensó en esos ruidos extraños que había oído la noche anterior. Pasos acercarse a su habitación y luego, un silencio sepulcral. ¿Acaso era el fantasma de Caprice o era su esposo que quería ir a su recámara?

La visión del mar embravecido a la distancia la hizo olvidar ese asunto y recordar a su hermana Beatrice y cuando su doncella entró poco después le preguntó si sabía algo de ella.

Dolly se puso seria.

—Está mejor, al menos ha despertado sin dolor, lady Arabella.

—¿De veras?

La joven se sintió algo culpable por haber sentido esos celos la tarde anterior, pues no debía ser agradable tener un dolor así en el pie, además su hermana debería quedarse en cama un buen tiempo y eso era lo peor que podía pasarle. Y luego de vestirse y desayunar fue a visitarla.

Encontró a Beatrice sentada en la cama con su madre y su hermana sentadas a ambos lados. No tenía buena cara, estaba pálida y no tardó en notar que además, de un humor de perros.

—Buenos días, Arabella—dijo,

mientras hacía un esfuerzo por sonreír.

La joven se acercó y le preguntó cómo estaba.

Su hermana mayor sacó el pie del cobertor para mostrarle.

—Mira esto, está hinchado y no puedo ni moverlo, me duele horrible—se quejó.

No dejó de quejarse en todo el día y el siguiente. Su estadía fue un verdadero tormento para todos. Los criados ya no soportaban sus quejas y caprichos, hasta sir Lawrence parecía fastidiado como si el malhumor de su hermana fuera contagioso. Ni que hablar de sus padres. Una mañana hasta él perdió la paciencia y le dijo a Beatrice que dejara de

quejarse pues estaba en ese estado por su propia imprudencia.

Cuando al fin se marchó, hasta los criados suspiraron aliviados.

Los días se hicieron más fríos y grises, y Arabella sintió que su hermana había clavado una nueva espina en su mente relacionado con Caprice. Parecía contenta de hacer eso, de mencionar a la esposa muerta cada vez que iba a Wensthwood y sabía la razón: no le perdonaba que ella le hubiera robado a sir Lawrence. ¿Es que nunca lo superaría?

Eso se dijo mientras escribía cartas en la sala de música, se llamaba así pero sólo había un piano pequeño y olvidado

desafinado y un escritorio muy coqueto para escribir cartas. Contempló el piano y se preguntó si su esposo lo arreglaría algún día, se lo había dicho hacía una semana pero él debió olvidarlo. La joven pensó que le gustaría poder tocar una melodía.

—Lady Arabella—dijo una voz fuerte.

La joven lanzó un respingo al ver a la señora Stuart mirándola con esos ojos oscuros tan fieros.

—Señora Stuart, qué sucede?

—Es que he venido a traer el menú para que lo apruebe. Su madre dijo que debía hacerlo. Aquí está —le respondió el ama de llaves y le entregó unas hojas escritas con letra algo infantil con los

menús de esa semana.

Vaya, entonces su madre había hablado con la imponente ama de llaves para recordarle quién mandaba en la mansión? Era inútil, esa mujer no se dejaría gobernar jamás.

Arabella tomó las hojas y las leyó.

Pensó que era una tontería tener que decidir qué comer cada día pero su madre tenía razón. En ocasiones los almuerzos no eran de su agrado y debía comerlos por educación, tal vez podría mejorar eso. Se servía demasiado pescado para su gusto.

—Señora Stuart, quisiera hacer modificaciones y sugerir que en vez de tanto pescado se sirvan reses y aves de

corral. Y en cuanto a los postres...

Tenía algo que decir sobre esas cremas insulsas y la costumbre de servir tarta de manzana o bizcocho de jengibre en las tardes.

La señora Stuart soportó estoica todos los cambios.

—Disculpe lady Arabella... es que a la señora Caprice le encantaba el pastel de manzana y también el bizcocho de jengibre—dijo luego.

A la joven dama no le hizo gracia ese asunto, especialmente por la mirada que le dirigió el ama de llaves mientras mencionaba a Caprice.

—Pero Caprice ya no es la dama de la mansión, señora Stuart—respondió

Arabella incómoda—y no me agrada ni el pastel de manzana ni el bizcocho de jengibre.

—Bueno, es que son los postres de estas tierras, la comida que se sirve en Wensthwood es la tradicional en Cornualles—insistió la mujer.

Sin embargo no tuvo reparos en hacer los cambios que sugería lady Arabella.

Arabella siguió escribiendo una carta a su madre para preguntarle cómo seguía su hermana Beatrice, y luego de terminar la misiva pensó en las palabras del ama de llaves. Al parecer ella sí tenía permiso para nombrar a Caprice, y lo hacía con total naturalidad. Bueno, ella era la criada con más influencia en

Wensthwood luego del imponente mayordomo con cara de pocos amigos a quien todos reverenciaban y temían.

Así que a Caprice le encantaba el pastel de manzana y por eso, esa vieja bruja siempre lo servía a la hora del té. En ocasiones servía bollos o masas de crema pero esa tarta era algo constante.

La señora Stuart debía saber muchas cosas de Caprice pero estaba segura de que no le diría una palabra. ¿O tal vez sí?

Entonces se preguntó si esa casa no estaría embrujada, hechizada por la bella Caprice. La esposa de la que nadie podía hablar.

Su hermana Beatrice había

sembrado la duda al decirle que su muerte había sido sospechosa y dijo que no había sido feliz en esa mansión. ¿Sería verdad? ¿Por qué nadie podía nombrarla? ¿Qué había hecho Caprice? La esposa que su marido había amado tanto que ahora no podía siquiera tocar a una mujer. A su esposa. Arabella hervía de celos cada vez que lo veía conversar con alguna criada guapa o distinguida dama invitada en Wensthwood. Él parecía ser más gentil con las demás, más atento que con su propia esposa y eso la hacía sufrir, no podía evitarlo.

Pero claro, no era más que una esposa comprada para tapar las apariencias. Una huésped en la gran

mansión fría y sombría para llenar sus días solitarios, para presentar a sus amigos y familiares y que todos creyeran que era un hombre honorable y marido ejemplar

Lady Arabella terminó de escribir las cartas y abandonó la sala de música.

En algún momento comenzó a sentir su presencia, la presencia del fantasma de Caprice. Fue muy sutil al comienzo.

Una noche, mientras cenaban con lord y lady Arundell, los vecinos y amigos más cercanos de su marido sintió un frío helado inundar

la sala de repente y luego esa voz. Una voz susurrante.

Pensó que lo había imaginado por supuesto.

—Querida, no has probado casi nada de la cena—la reprendió su marido entonces. Ella lo miró inquieta.

La señora Stuart había cambiado el menú de esa noche y había servido un pavo relleno que debió ser delicioso, si no lo hubiera rociado con una salsa agridulce muy condimentada que le hacía picar la lengua cada vez que probaba el bocado. Tenía que tomarse un vaso entero de agua cada vez que

probaba un poco de ese pavo. Debía recordar decirle que no abusara de los condimentos.

Y mirando a su marido le dijo la verdad. Que el pavo estaba muy picante para su gusto por la salsa que llevaba.

Él la miró sorprendido, claro, estaba acostumbrado a que siempre bajara la cabeza cada vez

que le hacía notar algo pero esta vez decidió hacer lo contrario.

—Pero este pavo está delicioso querida. Os parece muy picante?

—Sí, creo que la cocinera le ha puesto demasiada pimienta.

Los Arundell se miraron desconcertados como si ella estuviera exagerando. Pero su esposo llamó a los criados para probaran el plato de su esposa.

Una camarera acudió asustada y se convirtió en el conejillo de indias.

—Está muy picante sir Lawrence, lo siento mucho—dijo la joven quien tuvo que tragarse el trozo de pavo con expresión atormentada.

—Pero el pavo no tenía tantos condimentos. Qué le ha pasado a la cocinera?

—Oh, fue un descuido, tal vez fue a condimentarlo y le puso

demasiado adobo y pimienta.

De pronto Arabella comprendió que sólo su plato tenía pimienta y notó que su esposo se

enojó con la criada y luego con la cocinera.

Esta se mostró muy apenada por lo ocurrido y aseguro que ella no había puesto más que un poco de adobo antes de llevarlo al horno.

La joven no era tonta, se dio cuenta de que seguramente fue la señora Stuart o alguna criada amiga suya, quien le había puesto ese picante para fastidiarla, porque le molestaba que se entrometiera en sus asuntos domésticos.

¡Qué buena suerte la suya! Su

marido la ignoraba y los criados querían envenenarla con picantes y por si fuera poco, el fantasma de la muerta le susurraba cosas.

Sin embargo su esposo dijo que lo sentía y ordenó a la cocinera que le trajera otro plato a lady Arabella.

Ella aceptó el cambio no muy confiada en los resultados y sin embargo, cuando probó el pavo relleno sintió que era un manjar. Tierno, sin picantes y con un sabor delicioso. Excepto por el hecho de comprender que ese no era el plato que le habían servido antes pues alguien le había echado pimienta hasta arruinarlo. La señora Stuart por supuesto, ¿quién más?

¿Sería el fantasma de Caprice, su presencia en esa casa la responsable de todo eso, de que su esposo no la amara y que los sirvientes la odiaran? Todo el entusiasmo durante el breve noviazgo, sus gestos y atenciones, todo parecía haberse esfumado luego de esa triste noche de bodas.

El picante no era nada en comparación con su indiferencia y sin embargo se sintió molesta. Era la señora de esa casa, para bien o para mal lo era, cómo se atrevían a hacer eso? Pues ahora su marido lo sabía y también estaba fastidiado.

Hasta que llegó la hora del oportito y él se fue con Richard Arundell

y ella debió quedarse a conversar con su esposa, una dama de la edad de su madre que era muy callada y aburrida a más no poder.

Fue ella quien se esforzó por conversar cuando se retiraron a su sala de té para beber ese aperitivo.

Hasta que de pronto fue Elizabeth Arundell quien habló.

—¿Os agrada Wensthwood, lady Arabella?

Era una pregunta de cortesía a la que sólo podía responder: oh, sí por supuesto, me encanta este lugar. Adoro sus peligrosas costas, la vista maravillosa del acantilado y... Luego de

decir eso la dama sonrió, complacida.

—Pues me alegra que Lawrence se casara, sabes? estoy muy feliz por él. Nosotros nunca tuvimos hijos y él fue casi como nuestro hijo, lo vimos nacer y crecer.

Arabella pensó que la conversación se volvía interesante y no pudo evitar decir:—Entonces conocieron a Caprice.

Fue nombrarla y la cara de lady Arundell cambió. Se puso pálida y algo preocupada.

—Sí... pero no fue un matrimonio feliz. Él la adoraba pero ella no... No está bien que hable de esto, disculpa. No es de mi

incumbencia. Sólo que ahora lo veo tan feliz. Lawrence es un buen hombre, querida, y será un magnífico esposo para ti. Y tú, eres una jovencita dulce y encantadora. Es lo que él necesita. Una esposa dulce y amorosa.

Vaya manera de escaparse, de evitar hablar de la esposa muerta, pero Arabella sabía que era su oportunidad de saber algo más y que la prohibición de mencionar a Caprice se aplicaba sólo a los sirvientes de la mansión no a sus amigos.

—¿Entonces, mi esposo no era feliz con Caprice?—le preguntó. Los ojos de lady Elizabeth se oscurecieron de repente.

—No, no lo fue. Al comienzo sí pero... su muerte fue algo espantoso. Pero no... no debí decir eso. Querida, discúlpame. Me dejó llevar por la pasión. No debes pensar en Caprice. Tú eres su esposa ahora y sé que serán muy felices juntos—dijo la dama.

Era una invitación a que no hiciera más preguntas, a que olvidara a Caprice. Como si fuera tan sencillo, cuando esa casa y todo le recordaba a la antigua marquesa de Trelawney. Por momentos se sentía un huésped, una intrusa en esa mansión. No era la esposa de Lawrence más que de nombre, ¿cómo podía pensar en olvidarlo todo y confiar en las palabras de lady Elizabeth de que

serían muy felices?

Sin embargo esa respuesta le dio una maligna satisfacción al saber que ellos no habían sido felices, que su esposo no fue feliz con su adorada esposa. ¿Por qué? Él había dicho algo de una boda concertada. ¿Había sido tan tonta de rechazar al marido que adoraba el suelo que pisaba? ¿Por qué diablos lady Arundell se alegraba de que encontrara una esposa dulce y buena como ella? ¿Acaso Caprice no había sido una buena esposa?

Más preguntas y ninguna respuesta. Cada vez que mencionaba a la esposa muerta su obsesión

crecía y la intriga también.

Sería mejor que olvidara ese asunto. Si es que podía hacerlo...

La carta

Luego del incidente de la comida picante, sir Lawrence dio la orden de que se sirviera en la mesa y a la vista de todos y que si volvía a ocurrir despediría a la cocinera y sus ayudantes.

La señora Stuart se mostró igualmente indignada pero lady Arabella no le creyó una palabra. Sin embargo el hecho sirvió de advertencia y por fortuna no volvió a repetirse. Y mientras leía la correspondencia de ese día tuvo

de nuevo la sensación de que ser espiada en la salita de música y se incorporó inquieta.

—¿Hay alguien allí?—preguntó la joven pues había sentido pasos y luego una voz susurrante.

No había nadie. La salita de música estaba vacía y sin embargo, cuando miró el piano vio que había algo, una especie de sobre.

Se acercó intrigada y encontró un sobre dirigido a Caprice. Era una carta y estaba segura de que nunca la había visto allí. Qué extraño.

La tomó y la abrió.

“Caprice:

Mi hermosa Caprice. No sabes cuánto anhelo que llegue el día de nuestra boda. Tengo la sensación de que se hace eterna la espera. ¿Por qué siempre debo esperar?”

Era una carta de amor de su esposo a Caprice y mientras leía lloró de rabia y celos. Maldita sea. ¿Por qué tuvieron que mostrarle en la carta? ¿Quién la dejó en ese piano? ¿Lo hizo para que la viera y así atormentarla?

Demonios, cuánto la había amado. En esa sencilla carta había tanto amor de Lawrence por

quien había sido su esposa y tal vez por eso no podía olvidarla.

Un sonido en la puerta hizo que olvidara la carta y se acercara a ver quién era.

Era la señora Stuart. ¿Lo imaginó o parecía regodearse al verla con los ojos llenos de lágrimas? ¿Tanto la odiaba esa mujer? No... eso era absurdo. Ella no había hecho nada.

—Disculpe, lady Arabella. Tiene visitas. Sir Lawrence me ha pedido que le avise.

¿Visitas a media mañana?

Amigos de su esposo que habían ido temprano cuando fueron invitados a almorzar y también su primo Theodore y su esposa.

No era buena anfitriona, era muy

tímida y todos eran desconocidos. Pero procuró esforzarse y

ser cordial y representar su papel de esposa perfecta por supuesto.

De todas formas era agradable recibir invitados. La casa estaba menos sola que esos días en los que sólo un fantasma parecía merodear en cada rincón y susurrar cosas.

A medida que pasaban los días se preguntó si viviría allí toda su vida como un fantasma desdichado en Wensthwood, perdiendo su juventud, los mejores años de su vida al lado de un hombre que no la quería. Qué triste sería eso, casi tan triste como regresar a su

casa con la vergüenza de un divorcio.

Lo peor era que sabía que ya no había camino de regreso, no podía volver atrás. Estaba casada con el amo de esa mansión y le pertenecía. Su vida entera le pertenecía y al parecer no podía hacer nada, nada para cambiar su suerte. Sólo aceptar que sería una esposa de mentira, de aquí a la eternidad. Porque él no soportaba tocarla, a pesar de que en su noche de bodas él la besó y quiso hacerle el amor. No podía hacerlo. Y creía imaginar la razón: Caprice.

Estaba en esa casa, casi podía sentir su presencia fantasmal.

Amada, venerada por todos,

mientras que ella era la esposa de sir Lawrence y nadie la amaba. Ni siquiera su esposo.

Arabella sufría en silencio sin decir nada. Sin hacerse notar. Pero cuando estaba sola o daba paseos por la mansión lloraba en silencio, cuando nadie la veía. Necesitaba hacerlo. Odiaba que su esposo la ignorara, que fuera galante y seductor con las demás y con ella tan frío y apenas cortés.

Luego de la noche de bodas no había vuelto a tocarla y eso la angustiaba.

La noche anterior lo había visto mirándola a través del espejo.

Y esa mirada era intensa, sus ojos

tenían un brillo.

Hasta que habló y la hizo comprender que seguramente había visto visiones.

—Arabella, es que os quedaréis toda la noche aquí. Nuestros invitados esperan—le recordó y luego se marchó.

La joven secó sus lágrimas y decidió dar un paseo por la playa. Conocía un atajo, su doncella le había dicho cómo llegar al mar sin seguir el camino empinado. No quería terminar como su hermana Beatrice que aún llevaba un vendaje en el pie izquierdo y estaba rabiosa porque no podía bailar, sino permanecer sentada en las fiestas. Recordó su carta y sonrió. “¿Y ahora

qué hombre se fijará en una joven con el pie torcido?” le había escrito, dramática.

Observó el cielo azul con escasas nubes y el mar a lo lejos y suspiró. Le encantaba ver el mar, sentir su murmullo, y escapar un poco de Wensthwood donde era tan desdichada. Y cuando estuvo en la playa se preguntó si podría hacer algo para cambiar las cosas, para vencer el hielo de su mirada. Por momentos sentía que él quería acercarse, pues la otra noche habían conversado a solas, aprovechando que no tenían invitados a cenar y fue tan especial. No entendía por qué luego se alejaba, o por qué no

intentaba hacerla suya.

Lo deseaba. Dormir sola, sin su esposo la hacía sentir tan desdichada.

Se preguntó si aún pensaba en Caprice y cuando regresó andando, rato después observó el lugar donde estaban sus habitaciones. Su hermana había señalado hacia el ala sur, en el segundo piso.

Un pensamiento invadió su mente entonces. Debía ir a las habitaciones cerradas, al lugar donde era venerada la bella Caprice.

Luego se dijo que no debía ir. Pero entonces, al día siguiente, aprovechando que todo estaba muy

calmo en Wensthwood, Arabella decidió ir al ala sur. Sólo los sirvientes iban allí, una vez a la semana a realizar el aseo pero ella se preguntó si su esposo pasaba horas allí cuando se ausentaba durante horas para estar a solas con su adorada esposa. Pensar en eso le dio rabia y fue lo que la impulsó a cometer esa insensatez, porque sabía que él no quería que fuera allí ni que nombrara a su venerada esposa.

También lo hizo por curiosidad. Necesitaba ver las habitaciones de Caprice, y encontrar respuestas sobre su vida y su misteriosa muerte.

Aunque ella no sabía

exactamente qué esperaba encontrar. Sólo se sentía atraída por una razón que no lograba comprender.

Sus pasos la llevaron a cometer una imprudencia. ¿Pero qué mujer no lo habría hecho luego de casarse con un hombre que la ignoraba y parecía atado al recuerdo de su anterior esposa? ¿Si tanto la amaba por qué se había casado con ella?

La joven avanzó con sigilo, y tomó un candelabro que encontró en una habitación para iluminar su camino. Sus pasos retumbaban en la penumbra y a su alrededor reinaba un silencio sepulcral porque sabía bien que nadie iba al ala sur, porque allí estaban las pertenencias

de la venerada Caprice. ¿Iría su marido en las noches solitarias para adorarla mirando su retrato y recordar tiempos felices?

Pero allí estaba el misterio. La razón por la que no podía tocarla.

Cuando llegó a la habitación principal se preguntó si la puerta no estaría cerrada pues Dolly dijo que solían permanecer así todo el tiempo, excepto los días de aseo. Sin embargo cuando tomó el picaporte la puerta se abrió al instante y lo primero que vio fue un retrato mural de una dama muy alta y elegante. Rubia, y de grandes ojos color zafiro y un hermoso

vestido color zafiro con volados en el escote mostrando su piel de porcelana. Caprice. Sabía que era ella. Lo supo mucho antes de leer la inscripción en el retrato.

Pero no era hermosa. Y no se veía feliz. No como una recién casada debía serlo. Posaba para el pintor con un hermoso vestido color rosa que acentuaba su cabello dorado y los ojos muy azules sí, pero no era tan hermosa. Eso le provocó una absurda satisfacción, saber que no era tan bella como decían, pero qué importaba eso? Él todavía la amaba. Y sin embargo Caprice no se veía feliz. Su mirada era triste y pensativa. ¿Acaso él tampoco la

había tocado y vivía encerrada en esa casa como un fantasma hasta que decidió ponerle fin a su tormento? ¿Por qué nunca tuvieron hijos? S malvada hermana aseguraba que ella había perdido un embarazo, el único y que eso había afectado mucho su matrimonio. Al parecer le costaba mucho engendrar.

¿Pero sería verdad?

Su retrato fue quitado del comedor antes de su llegada, o eso le dijo su doncella y su esposo no dijo nada de reemplazarlo por el suyo. Ni siquiera había hablado de llamar a un pintor de condado para encomendarle esa tarea.

Luego vio otros retratos de la

difunta esposa. En ellos Caprice era muy joven y llevaba trenzas y se veía más alegre. No sólo encontró retratos sino muebles, arcones repletos con sus vestidos, todo estaba allí. Y de pronto se sintió como una intrusa, una fisgona revolviendo y revisando cosas sin tener derecho a ello. Tratando de encontrar una respuesta a todo eso, de entender por qué él la rechazaba, de saber quién era Caprice y por qué la señora Arundell aseguró que no había sido un matrimonio feliz.

Todo estaba intacto, como un altar de veneración. Sus vestidos eran tan hermosos y también, encontró dibujos a lápiz muy bonitos. Paisajes y

personas. Rostros de desconocidos, firmados por Caprice. Vaya, no sabía que pintaba, debió gustarle mucho dibujar, porque había montones, todos guardados cuidadosamente en una carpeta.

Pero eso no le decía nada. Caprice no era tan hermosa, se veía triste, como si algo la preocupara o tuviera un secreto. En sus dibujos había sombras y también cierta tristeza.

Tal vez su esposo tampoco fue bondadoso ni tierno con ella, no la hizo feliz por sus celos. Eso era lo que decían.

Pero a ella jamás la había

celado. Ni siquiera le prestaba atención.

Siguió hurgando pensando que encontraría algo más, algún diario o carta, mientras permanecía alerta pues no deseaba que la vieran hurgando. En realidad no sabía qué estaba buscando ni qué esperaba descubrir hurgando en esa habitación solitaria y polvorienta.

De pronto vio una sombra deslizarse por un costado al tiempo que sentía de nuevo ese frío helado envolverla. Sabía que era el fantasma de Caprice, estaba allí, y era su culpa: acababa de invadir su santuario y no tenía derecho a hacerlo.

Quiso gritar pero entonces la vio

parada frente a ella como una imagen difusa y se quedó allí mirándola sin atreverse a hacer nada más hasta que escuchó una voz cerca de allí.

—Señora Arabella, por favor, no puede estar aquí—dijo Dolly, su doncella.

—Dolly, me habéis dado un susto de muerte—se quejó la joven.

—Oí ruidos y vine a investigar. Lady Arabella, por favor. Si su marido se entera que estuvo aquí se disgustará. No permite que nadie entre. ¿Cómo pudo entrar?

—Las habitaciones estaban abiertas.

Dolly miró a su alrededor inquieta.

—Debió ser un descuido de alguna de las mucamas. La señora Stuart se disgustará, venga por

favor.

La joven salió de la habitación entre molesta y asustada, mientras su doncella entornaba la

puerta y se alejaban.

—¿Por qué nadie puede estar aquí?—quiso saber Arabella.

Dolly la miró espantada.

—Es que aquí están todas sus pertenencias, lady Arabella y a

su esposo no le agrada que nadie entre. Eso es todo.

—¿Y tú lo has visto aquí, en esta habitación, Dolly?

—No, creo que hace mucho tiempo que sir Lawrence no entra en los aposentos de Caprice.

—Mientes. Sí viene a verla. Él la adoraba, todos lo saben. Por eso no quiere que nadie entre aquí.

—No le he mentado, señora—replicó Dolly.

—Y sin embargo he visto su retrato, Caprice no se veía feliz en el retrato Dolly—dijo.

Su doncella la miró con cara de alarma.

—No puedo hablar de la difunda marquesa, por favor, no pregunte sobre ella. Debe tratar de olvidarla. Ella está con Dios, lady Arabella está en paz... Y su esposo la ama a usted, todos lo dicen pero él es un Trelawney señorita, son hombres de carácter muy bravo, son difíciles.... Muy celosos y bravos, son así, pero el señor no es malvado como lo fue su padre y su tío, él tiene buen corazón. Es un hombre bueno, porque salió a su madre. La señora Henriette era tan buena...

La joven se quedó de una pieza al oír eso y se preguntó por qué nadie le

había advertido que los hombres de esa familia eran todos celosos y de mal carácter.

—¿Y Caprice también sufría sus celos, Dolly?—preguntó luego.

Su doncella pestañeó inquieta.

—Sí...pero no me pregunte sobre eso, señora, me castigará si le digo algo, él no quiere que hablen de Caprice. Nadie la menciona en esta casa pero todos recordamos a la señora con afecto y gratitud. Fue muy buena con todos nosotros. Pero si quiere un consejo... tenga paciencia con su genio, él no es malo, el señor es muy bueno y sé que la quiere. Muchas jovencitas querían atraparlo en el condado, le

coqueteaban y pretendían cautivarlo con su maliciosa coquetería. Pero sir Hamilton jamás ha soportado a las damas coquetas ni arteras, y cuando supimos que usted era la elegida nos alegramos porque no es bueno que el caballero se quede solo tan joven. Ha sufrido mucho. Todos lo sabemos. La muerte de su esposa fue algo nefasto, él ...

De pronto Arabella comprendió lo que había pasado con claridad.

Su esposo se había precipitado a casarse para reponerse de su tristeza y desesperación. Pero en su corazón siempre estaría Caprice.

Él no la amaba. Tal vez se sintió atraído al comienzo, y como necesitaba una esposa pensó que sería apropiada porque era de buena familia, lozana y bonita. Los hombres no escogían una esposa porque estuvieran enamorados de ella, no siempre lo hacían, se lo había dicho su tía con frecuencia. Escogían la esposa adecuada y punto.

Pero algo ocurrió entonces, algo pasó en su noche de bodas.

Tal vez comprendió que había cometido un error.

Ella no era la esposa adecuada. No estaba lista para ser su esposa en la intimidad. Temblaba como una hoja y estaba más verde que una fruta verde.

Diantres, era cierto.

Pero había algo más... Esa noche nefasta él la acusó de haberse casado con él obligada.

Como Caprice. Pensaba que no lo amaba y que sería como su anterior esposa.

Y sin embargo, en Wensthwood no podía ir a ningún lado sin criados y sin avisar a dónde iba y durante sus encuentros era amable, distante sí, pero amable. Y la miraba.

Pero él tenía miedo y su matrimonio parecía condenado al fracaso. Si al menos pudiera hablar con su tía y preguntarle... Luego comprendió que no podía hacerlo pues se habría

muerto de vergüenza de tener que confesarle que su esposo nunca la había tocado.

Cuando entró en su habitación encontró a su esposo vistiéndose para salir a cabalgar. —¿Dónde estabas preciosa?—le preguntó.

Dolly se alejó con mucha prisa y Arabella miró a su esposo y dijo que había salido a dar un paseo por la mansión.

Él la miró con cara de que no le creía una palabra.

—¿Has estado llorando, preciosa? Siempre lloras. ¿Será que extrañas tu antigua vida de muchacha en

Spring Valle?

Arabella se acercó y lo miró perpleja.

—¿Quiere que me vaya, milord?

¿Desea que regrese con mis padres?— preguntó sin bajar la mirada como hacía siempre.

Él sostuvo su mirada y sus ojos brillaron demostrando su cólera, lo había visto rabiar muchas veces y sabía que entonces sus ojos azules tenían un color extraño, como en esos momentos.

—No, no deseo que os vayáis lady Arabella. ¿Acaso olvidáis que sois mi esposa? Es imposible volver el tiempo atrás ahora—le respondió.

—Es verdad pero si desea pedir

la anulación y librarse de sus responsabilidades conmigo puede hacerlo. Tal vez siente que se equivocó y debió escoger a otra joven que fuera ...

—No, no me equivoqué al elegirla. ¿Acaso cree que estoy arrepentido de eso? Pero usted me engañó señorita Arabella. Si no quería ser mi esposa por qué no lo dijo?

Su acusación era insólita.

—¿Me culpa de eso? No es justo sir Lawrence, no es justo lo que dice.

Arabella no iba a decirle que era él quien se negaba a tocarla, era demasiado humillante eso

y pensó que él se negaba a dejarla ir, pero tampoco la hacía feliz y ahora hasta l

—Yo nunca lo engañé, le dije que no estaba preparada para casarme y usted se alejó, lo hizo y luego regresó y habló con mi padre.

—Sí, es verdad. Creo que me dejé llevar por un capricho amoroso preciosa, lo siento. Estaba ciego, era la primera joven que lograba interesarme, conmoverme y creí, en mi imaginación pensé que era correspondido. Pero no es así. Usted no soporta que la bese, que la toque.

Ella lo miró horrorizada cuando dijo eso.

—Eso es mentira, ¿por qué me dice cosas tan horribles? ¿Por qué quiere lastimarme? Iba a ser su esposa esa noche, sólo estaba asustada porque no sabía qué hacer. Tenía miedo. Nada más. Pero usted se alejó de mí, como si no soportara mi presencia. Dejó la habitación y luego... me dejó sola. Siempre lo hace. No quiere ser mi esposo y se arrepiente de esta boda y yo no quiero estar aquí de esa forma. Siendo una extraña en una casa que iba a ser mi hogar un día.

Lo dijo, lo había dicho, tuvo el coraje de enfrentarlo. De reclamarle su conducta tan desconsiderada. No eran un verdadero matrimonio y no podía

condenarla la soledad.

—¿Es lo que desea señorita Arabella? ¿Regresar a su casa? Si le concedo la anulación todos sabrán que nuestro matrimonio no fue consumado y no podrá volver a casarse. Ningún caballero pedirá su mano. ¿Está segura de que desea eso? Su familia no la recibirá con alegría. Se sentirán muy defraudados.

—No soy culpable de esto sir Lawrence, usted no quiso que fuera su esposa.

—Se equivoca. ¿Por qué siempre trata de adivinar mis pensamientos? No es verdad. Me moría porque fuera mi esposa, por hacerla mía

esa noche. Soy un hombre y es usted una joven hermosa, dulce... tentadora como un demonio.

Ella pensó que mentía, que sólo quería justificar su locura, su indiferencia. Su abandono.

Y furiosa de que le dijera mentiras lo miró con tristeza y le dijo con mucha calma:

—No es verdad. Miente usted. Nunca deseó que fuera su esposa.

—¿Me está llamado mentiroso, señorita Arabella?

—No soy la señorita Arabella, lo era antes de conocerle, pero ahora soy su esposa. Aunque me desprecie.

Usted me arrancó de mi hogar y de mi vida para traerme a una casa triste llena de fantasmas donde nadie, ni siquiera usted desea que esté aquí. Pero sí es amoroso y le sonrío a sus amistades, a las damas con las que galantea. Mientras que yo me quedo aquí encerrada e ignorada por usted. Pero no voy a obligarlo a que cambie si no desea hacerlo, sólo quiero regresar a mi casa y olvidar que un día me casé con usted. Estará libre para casarse con otra dama que le agrade más, que pueda darle los herederos que tanto necesita.

—¿Eso es lo que piensa de mí?
¿Que galanteo con otras damas y estoy buscando una esposa para reemplazarla

señora Arabella?

Lo había conseguido. Ahora su marido estaba furioso y avanzaba hacia ella amenazante.

—¿De veras me cree tan ruin?— dijo él. Sus ojos tenían un brillo peligroso.

Arabella retrocedió y lamentó haberle dicho esas cosas, debió callarse la boca y no replicar. Pero él la había provocado, él la provocó al decirle esas cosas. Entonces comprendió que lo mejor era correr y corrió lejos de su alcance. Temía que la golpeará, Dolly le había advertido que tenía un genio muy vivo y que todos los hombres de esa familia eran unos locos. Así que sujetó

las faldas de su vestido y corrió, quiso escapar lejos de ese hombre y de esa casa. No quería terminar sus días en esa mansión donde no tenía a nadie, no tenía nada, nada más que un matrimonio falso que se había arruinado de la forma más insólita.

—¡Arabella! Arabella, ven aquí por favor—gritó él a la distancia.

Ella corrió pero cuando llegaba a la otra puerta él la alcanzó y la sujetó con rudeza. Y sí, parecía un loco, sus ojos tenían una mirada extraña y tal vez era la primera vez que lo veía tan enojado.

—Ven aquí, no escaparás. Eres

mi esposa y creo que necesitas disciplina. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma?

Ella lloró al ver que estaba furioso y la odiaba más que nunca.

—Jamás he pensado en reemplazarla Arabella, usted es mi esposa y me pertenece. Nunca más se atreva a hablarme con esa insolencia porque me obligará a disciplinarla y no deseo hacerlo.

Ella lo miró aterrada y lloró cuando él la llevó hasta su habitación y cerró la puerta con llave. Quiso salir de la cama pero él le prohibió que lo

hiciera.

—No te muevas de la cama, pequeña insolente. Has cometido una ofensa y no voy a dejarla pasar, si lo permito luego te volverás más insolente e ingobernable. Te quedarás en tu habitación hasta que yo lo decida y no te moverás de aquí.

Arabella le rogó que no la encerrara, y su esposo se detuvo y la miró.

—Os quedaréis en vuestra habitación hasta que yo lo decida. Y si intentáis escapar vuestro

encierro se duplicará y perderéis mi afecto y confianza.

Arabella se quedó inmóvil mirándole. Ese hombre estaba loco y había cometido la imprudencia de despertar su ira, pero no era su culpa. Para él no era más que una esposa de papel, que usaba para tapar las apariencias, para que nadie supiera que no eran un verdadero matrimonio. ¿Y ahora debía soportar sus castigos, como Caprice, que sufrió sus celos hasta que decidió terminar con todo? De pronto se preguntó si era por eso se la veía tan triste en el retrato.

Regresó a su cama y le dio la espalda para poder llorar. Era tan desdichada, ese hombre la había hecho crecer deprisa por el dolor y su

indiferencia, y por defenderse de sus acusaciones y ser sincera ahora la castigaba. Ella no había sido insolente, sólo se defendió, bendita sea.

Pero no soportaría la humillación de que todos supieran que la había dejado encerrada como

si fuera una chiquilla maleducada e insolente, era su esposa, maldita sea. Lo era. Y parecía su pupila, su hermana díscola.

No quería odiarlo, sus padres le habían enseñado a no odiar a nadie, le habían inculcado el amor a sus semejantes y el respeto, la perseverancia y el esfuerzo, todos los

valores que ellos le habían enseñado no podían contra sus sentimientos desbordados por ese hombre. Lo odiaba sí, en esos momentos lo odiaba.

Quería ser su esposa, su compañera, la esposa que él necesitaba, una mujer dulce y buena, con quien conversar y compartir su vida. Pero ni siquiera era realmente su esposa. Nunca la había tocado ni una vez... de haberlo hecho tal vez pudo quedarse embarazada y eso cambiaría todo en Wensthwood, estaba segura. Pero ahora la asustaba pensar en eso.

Ya no quería que su matrimonio se consumara. No quería estar atada a un hombre cruel y

lunático el resto de su vida.

Sólo soñaba con regresar a su casa y que nada de eso hubiera pasado. Sólo eso.

—Lady Arabella, despierte por favor.

Había estado soñando y de pronto vio la habitación en penumbras y a su fiel criada Dolly mirándola con ansiedad mientras sujetaba con fuerza la bandeja.

—Le he traído la cena, señora— dijo.

La joven se incorporó aturdida y notó que ya era de noche y la habitación tenía dos lámparas de aceite encendidas y un candelabro en la mesa principal.

Había estado soñando y al recordar su pelea con su esposo volvió a llorar.

—Señora, no llore por favor. No se preocupe, todos los matrimonios pelean, es normal—dijo Dolly para consolarla.

—Pero qué hora es?—preguntó intrigada.

—Son las dos. Le he traído el almuerzo, lady Arabella.

—¿Las dos? ¿Pero por qué está tan oscuro?

—Es la tormenta.

La joven pensó que era humillante que su criada supiera de su pelea y castigo, tal vez todos lo sabían.

—No quiero comer nada, por favor.

—Lady Arabella, coma algo se sentirá mejor.

—No quiero.

—Sólo un poco de sopa.

—¿Y crees que tengo ganas de comer? Él me ha castigado, me ha ordenado quedarme aquí encerrada sólo por reclamarle afecto y atención. No quiero comer nada, no comeré nada hasta que me deje salir de aquí.

Dolly se horrorizó.

—No haga eso señora, se enfadará mucho más. Jamás ha sido tan desafiado por nadie. No lo entenderá y luego...

—¿Crees que volverá a castigarme si me niego a probar bocado? Bueno, tal vez tenga suerte y muera aquí o lo convenza de que me regrese a mi casa. Él no me quiere Dolly, me detesta. Él... nunca me ha tocado.

Necesita decirlo en voz alta para desahogar su corazón, para que su fiel doncella comprendiera que no era una dama caprichosa y terca sin razón.

—Lo siento mucho, señora. De veras que sí.

Pero no le sorprendió demasiado, sólo vio pena y compasión en sus ojos tan oscuros, no había sorpresa. Lo que le hizo pensar a

Arabella que todos los sirvientes de esa mansión conocían la causa de su desdicha, sabían que su señoría jamás la había tocado y que no eran un verdadero matrimonio. Como sabían que el joven lord todavía amaba a Caprice y por eso su matrimonio era tan desdichado.

—Lady Arabella, por favor, cálmese. Él no es como los demás hombres—dijo Dolly.

—¿Pero de qué hablas?—preguntó Arabella.

—Él nunca ha mirado a otra mujer aquí, jamás le sería infiel. No es esa clase de hombre, su padre lo educó bien, con una moral muy estricta. Por eso no piense que actúa así porque tiene

una amante.

—¿Entonces es por Caprice, porque no ha podido olvidarla? Todavía la ama, ¿verdad?

Dolly apretó los labios para no responderle, pero al notar que su señora estaba tan triste y desesperada habló. Habló sin pensar en que el señor podría castigarla.

—No, no es Caprice. No es ella, lady Arabella. Es su temperamento difícil, su mal carácter. Procure no enfrentarle, no lo enfrente de nuevo. Ni lo amenace con marcharse, eso sólo hará que sus problemas se multipliquen. Que vuelvan a reñir. No lo desafíe, sólo tenga paciencia, sé que con el tiempo él

la amaré señora Arabella, que la amaré más que a Caprice. Usted es su esposa y él la ama, jamás la abandonaría ni tampoco...

—Ojalá fuera verdad, pensé que sentía algo especial por mí. Pero ahora siento que me equivoqué. Tenía miedo de él, no quería casarme, mis padres me convencieron... es que no me sentía preparada para ser la esposa de sir Lawrence, tenía mucho miedo sí pero luego... cuando me rechazó esa noche me sentí mucho peor. Yo quería ser su esposa de verdad, quería darle hijos, ser feliz a su lado... me daba miedo la intimidad, es verdad, pero... lo peor ocurrió después. Lo peor fue su rechazo

y esas palabras que dijo esa noche que me rompieron el corazón. Nunca más se acercó a mí luego de ese día.

—Lo lamento lady Arabella, eso no debió ocurrir. No sé por qué... no sé qué decirle. Pensaba que era usted la que no soportaba la intimidad. A muchas damas recién casadas les sucede. Tal vez como estaba asustada... disculpe que le diga pero como tenía miedo sir Lawrence no quiso seguir adelante, prefirió esperar. Él nunca forzaría a una mujer, es todo un caballero, y no creo que... no desee tocarla. He notado como la mira, cómo cuida de usted y pregunta... siempre pregunta cómo está lady Arabella y ahora me ha pedido que

venga a verla y me quede a su lado pues teme que se asuste por la tormenta.

Cuando dijo eso un trueno espantoso hizo vibrar la habitación. Ciertamente que las cosas no podían estar peor, pensó Arabella mientras abandonaba la cama y se dirigía a la ventana.

—¿Cuándo empezó esto? Está todo oscuro.

—A media mañana lady Arabella, olvidé decirle cuando la encontré en el ala sur.

La joven miró por la ventana y suspiró. Más lluvias que arruinarían sus paseos a media mañana.

—Él sólo me ve como su

propiedad, como algo que le pertenece, pero no tiene mayor interés

en mí, Dolly—dijo luego..

—Eso no es verdad. Sólo tenga paciencia, yo le advertí, que el marqués tiene buen corazón pero un temperamento difícil. No pelee con él, si lo hace, si insiste en desafiarle, si pasa el día entero llorando entonces no podrá acercarse a él. Porque usted desea acercarse a su marido y ser su esposa, y que todo sea como debe ser, ¿no es así?

Arabella no estaba segura de eso.

Tanto había rogado y llorado que

no sabía si realmente quería consumir su matrimonio ahora y tener que sufrir su indiferencia el resto de su vida con un hombre enamorado de un fantasma.

Era lo que le esperaba.

Las palabras de su sirvienta no pudieron consolarla pero al menos la convenció de que comiera algo, porque triste como estaba, nerviosa con la tormenta y sintiéndose un trapo pues no llegaría a ninguna parte. Si quería luchar y escapar de ese mausoleo triste con un marido que era casi un demonio, debía estar fuerte.

No podía esperar que él la dejara regresar con su familia. Ahora ni siquiera la dejaba salir de su habitación.

Y no sabía por cuanto tiempo.

Sólo le quedaba escapar ¿pero cómo diablos lo haría?

Tuvo que soportar una semana entera de encierro.

Tuvo que contentarse con ver el cielo y las nubes a través de la ventana, suspirar mirando esos días de sol, ver a los mozos correr en sus caballos libre como el viento, los pájaros que se acercaron a su balcón luego de que les tiró unas migas de pan de su desayuno. Ellos eran su compañía, además de Dolly que iba a visitarla y se quedaba un rato conversando.

—Es demasiado tiempo, creo

que ha sido muy duro conmigo—
se quejó Arabella.

—No se inquiete, sé que pronto
la sacaré de la penitencia. No vuelva a
desafiarlo lady Arabella. No lo haga.

—Yo no hice eso que dices, sólo
le dije que quería regresar a mi
casa porque él no me quería
aquí.

—Bueno, fue una riña. Todos los
matrimonios pelean. No debe
inquietarse. Pronto se le pasará.

—Dolly, es la tercera vez que
me dices eso.

—Lo siento es que...trate de
estar tranquila y no reñirle por
favor. Creo que él teme que

usted intente escapar, por eso está tan nervioso. Ya se le pasará.

Arabella no respondió, no hacía más que mirar por la ventana aprovechando los últimos rayos de sol preguntándose hasta cuándo duraría su tormento. Ella sí quería escapar en esos momentos, más que antes pero no dijo palabra ¿pues cuánto podría confiar en su doncella? ¿No sería una espía de su marido como lo era la señora Stuart y los demás?

Entonces llegó su esposo. Sabía que él la visitaba cuando estaba dormida como si la espíara y supiera todos sus movimientos. Entonces se acercaba, la miraba y luego se iba. Era

la primera vez que aparecía cuando estaba despierta.

—Buenos días, Arabella—la saludó con cierta frialdad.

La joven respondió a su saludo murmurando “buenos días” mirándolo con ansiedad, sintiendo su corazón palpitante en la garganta. ¿Por qué lo veía tan guapo ahora? Era un demonio. Un demonio con mayúsculas y la había lastimado.

—Tenemos visitas inesperadas y debo agregar: inoportunas—dijo luego.

Ahora entendía la razón de su presencia en sus aposentos. Quería avisarle que tenían

visitas y

por ello, la liberaría de su prisión.

—Vuestros padres y hermanas están aquí. Desean verte, querida. Y por eso os permitiré salir

de esta habitación. Pero luego regresaréis y os quedaréis hasta que yo os diga.

Arabella salió de la cama sin decir palabra y tocó la campanilla para llamar a su doncella. No dijo nada. ¿Qué podía decirle a su tirano y loco esposo? Todo lo que le dijera empeoraría la situación y rayos, quería salir de la penitencia y poder dar paseos al aire libre. Sentir el sol golpear su

rostro y llenar sus pulmones de aire, de sol... tenía la sensación de que cuando saliera de su prisión correría desesperada sin detenerse.

—Dolly no vendrá, está atendiendo a las visitas—dijo entonces su marido.

—Pero necesito que me ayude a vestirme—replicó ella.

Él la miró con fijeza y Arabella se sonrojó incómoda por su mirada. Odiaba que la viera así, desarreglada y triste. Le habría gustado ser capaz de fingir indiferencia o mostrarse tan desafiante como el día que lo enfrentó pero no se atrevía, Dolly le había aconsejado que no lo hiciera y su criada

conocía más a sir Lawrence que ella misma.

—Yo os ayudaré, preciosa. Pero primero deseo que pienses que acaban de venir tus parientes y merecen veros alegre y feliz por su visita. Intenta sonreír.

Ella lo miró furiosa sin responderle. Quería que Dolly estuviera allí, era la única que la apreciaba, su única amiga en esa casa y no quería desnudarse frente a un hombre que era su esposo sólo por obligación.

—¿Y creéis que podré sonreír?

—dijo luego.

—Tú siempre sonreías Arabella, tu sonrisa era algo tan bello y

dulce. Era como un rayo de sol en medio de un día gris y helado.

Sus palabras fueron como un puñal pero tenía razón. Siempre sonreía y era feliz, tan feliz antes de que ese hombre apareciera en su vida para arrebatarse su libertad y también su sonrisa.

Y él hizo un gesto de resignación mientras buscaba un vestido adecuado en su guardarropa, ese mueble viejo y tan antiguo donde guardaba los vestidos que su padre le había comprado hacía meses para lucir más elegante y acorde a su nuevo rol como dama de la mansión de Wensthwood. Su madre y hermanas no hacían más que revolotear a su lado

escogiendo colores y diseños en la tienda general más importante de Londres. Algunos habían sido comprados allí, otros habían sido confeccionados por madame Gauvine, la modista francesa muy de moda en Londres.

No había podido lucir ninguno en Wensthwood, todos estaban como habían llegado: embalados con papel, sin siquiera abrir. Y su esposo lo notó. Él jamás le había comprado un solo vestido, su único obsequio había sido la sortija de bodas. Pero eso era lo que menos importaba y se sintió agradecida de que su padre gastara tanto dinero en obsequiarle vestidos nuevos, puesto que

estos debían durarle quien sabe cuánto tiempo.

Pero él no dijo nada de los vestidos aún embalados en sus cajas y escogió uno color rosa pálido para que lo usara.

—Ese vestido no es adecuado milord, es para una fiesta. No para una reunión familiar—le dijo.

Él pareció sorprenderse. Al parecer no tenía idea de qué vestido se usaba en cada ocasión y no lo culpaba pues ese era el trabajo de Dolly.

—Pero me agrada este vestido,

os sienta muy bien—insistió él.

—Es que no sería correcto usarlo. Pensarán que estoy por salir a una fiesta. Además... necesito agua caliente para asearme.

Su esposo llamó a una criada para pedirle agua caliente para llenar la bañera.

—Deprisa. Y excusadme con los parientes de mi esposa. Creo que tardaré un poco más en ir a verles—explicó.

Arabella se alejó y fue en busca de su ropa interior y se preguntó incómoda por qué su esposo insistía en ayudarla a cambiarse. Quería que se fuera y la dejara en paz.

En realidad no quería verle más. Quería escapar de esa casa y la perspectiva de fingir frente a sus parientes la deprimía. Estaba segura de que sus padres notarían su angustia y sabrían que algo no andaba bien en su matrimonio.

“Debes sonreír, intenta sonreír” le había dicho él. Como si pudiera hacerlo, como si fuera su

culpa que su sonrisa se hubiera borrado de su rostro.

Cuando se miró en el espejo lloró y tuvo que alejarse porque no soportaba verse tan mal. Llevaba días encerrada y ahora la liberaría un rato

para que fuera a ver a sus parientes, como si fuera una niña en penitencia.

—Lady Arabella, por favor... la bañera está lista para que pueda asearse —le avisó Bessie, una mucama de cabello muy rubio y ojos verdes.

La siguió y secó sus lágrimas. Tal vez un baño le haría bien. Y mientras se sumergía en la bañera desnuda sintió pasos acercarse.

Bessie se alejó espantada, como si viera al diablo.

Arabella no entendió lo que pasaba pero sí protestó cuando la mucama se fue pues era ella quién debía ayudarla con el aseo y alcanzarle la manta para secarse... —Bessie—la

llamó desesperada.

Pero la criada había desaparecido y estaba sola.

Al diablo. ¿Por qué en esa casa endemoniada todo iba tan mal?

Terminó de asearse y de pronto apareció Lawrence mirándola con fijeza.

—Necesito secarme, por favor, avisa a Bessie que venga—dijo Arabella nerviosa.

Él no se movió ni dijo nada como si su pedido le importara un bledo. Hasta que habló.

—Yo te ayudaré a vestirte, preciosa, aguarda, iré por una manta de baño para que puedas secarte—dijo.

Arabella tembló cuando escuchó eso. No podía ser. Iba a verla desnuda.

Cuando él regresó poco después con la manta ella lo miró con fijeza. Un duelo de miradas mientras él la instaba a salir de la bañera.

—Podrías voltearte, es que... estoy desnuda—le dijo.

Sir Lawrence sonrió.

—Soy tu marido, preciosa, no debes esconderte de mí. Quiero verte.

La joven se puso colorada como un tomate. Tenía la manta en sus manos y la sujetaba

invitándola a salir de la bañera desnuda. No quería hacerlo, no quería que la viera así.

—Soy tu esposo Arabella, no debes sentir vergüenza de que te vea desnuda. ¿Lo ves? Te comportas como una niña, una niña tímida y vergonzosa. ¿Cómo esperas que te convierta en mi mujer, que te tome para mí si ni siquiera soportas que te vea desnuda?

Arabella lloró al oír eso, lágrimas de dolor y rabia saltaron de sus ojos. Él volvía a culparla de que era una niña vergonzosa y tímida y por eso no podía tocarla. No podía hacerlo. Era tan injusto. Una cosa era desnudarse con la luz apagada, en la intimidad de la

recámara y otra muy distinta hacerlo a la luz del día, frente a un extraño. Porque su marido era un extraño.

Y entonces, al ver que volvía a llorar le ordenó que saliera de la bañera.

—Miraré hacia otro lado, como si no fuera tu marido sino tu sirviente. ¿Te parece bien?—se quejó impaciente.

Ella obedeció y casi le arrebató la manta de un tirón para cubrirse y poder secarse mientras

huía de la sala de baños. Pero al llegar a su habitación no estaba Bessie, ni Dolly, ¿cómo se vestiría sin su ayuda?

El biombo. Bendito fuera. Allí

podría esconderse y vestirse sin que él la viera desnuda.

Pensó que Lawrence se iría pero no, vio de reojo que estaba aguardando en su habitación

impaciente, junto al vestido rosa. Quería que lo usara y no pensaba rendirse.

Arabella se acercó con ese vestido ligero que la cubría por completo resignada a que fuera su marido quien la ayudara a vestirse. No sabía por qué lo hacía. Acababa de llamarla niña inmadura sólo porque quiso cubrir su cuerpo desnudo.

—

¿Sabes
cómo

ajustar
el
corsé?

—

le
preguntó.
Él
asintió.

—¿Crees que nunca he desnudado y vestido a una mujer pequeña? Lo he hecho un montón de veces. Ven aquí, no voy a morderte y sé bien cómo quitar y poner un vestido a una dama.

Se acercó temblando al sentir su mirada. Sabía que la había visto desnuda en la tina y ahora parecía

mirarla con intensidad, casi con deseo. No podía ser. Seguramente lo había imaginado.

Arabella tembló al sentir sus manos ajustar el corsé y luego cerrar los botones minúsculos de la espalda, uno por uno. Sus dedos se movieron de prisa, ágiles y certeros y sus miradas se unieron en el espejo.

—Ahora sois el ángel que vi en la pradera ese día de abril—dijo él y luego sintió que atrapaba su cintura y la rodeaba con sus brazos. Arabella sintió que toda su tristeza casi se evaporaba cuando la besó. Un beso ardiente y apasionado que la dejó temblando mientras duró.

Quería ser su esposa, que le hiciera el amor, sólo eso pedía. Ser un matrimonio normal y poder tener intimidad. Al diablo con las visitas, quería que volviera a besarla, a tocarla...y respondió a ese beso y se quedaron abrazados un momento. Y aún en sus brazos él tomó su rostro y le dijo:

—Sois hermosa Arabella, como una muñeca de porcelana, más linda que una muñeca porque eres real... pero creo que todavía no estás lista para ser mi mujer, para que os posea. Pero cuando llegue el momento lo sabré y no podrás escapar de mí. Y si quieres ser mía Arabella, ser mi esposa en la intimidad, antes debes dejar de llorar y

comportarte como una niña malcriada.
¿Lo has comprendido?

—Sí, milord—respondió ella.

—Y nada de lágrimas. Deja de lamentarte. El matrimonio nunca ha sido un lecho de rosas para nadie y tú deber de esposa es ser tolerante y comprensiva y obedecerme Arabella. ¿Has comprendido? Soy un hombre, no un muchacho y no te he rechazado. Sólo decidí esperar.

¿Comprendes?

Sí, por supuesto que lo entendía.
No podía creerlo.

Entonces su esposo miró sus labios y la besó y en ese beso apasionado y ardiente le hizo

comprender cuanto la deseaba. Entonces sí quería hacerle el amor, su matrimonio se consumaría cuando él sintiera que era el momento. Saber eso la llenó de esperanzas y de pronto sintió que al final no todo estaba perdido. Él le había pedido que cambiara, que dejara de comportarse como una niña malcriada.

Y cuando tomó su mano para llevarla al comedor se sintió tan feliz, pensó que había sido tan tonta de pensar que él sólo amaba a Caprice y nunca podría entregarse a otra mujer.

Cuando llegaron al salón sus padres sonrieron y sus hermanas la miraron con ansiedad. ¿Esperaban que estuviera desdichada? ¿O la habían

visto cambiada? Beatrice ya se había recuperado de su lesión pero no perdió ocasión de mencionarlo.

—El doctor dijo que deberé olvidarme de las caminatas y los bailes por un tiempo. ¿Es que ese hombre no entiende que soy joven y necesito distracción?—dijo Beatrice.

—Arabella, qué alegría veros—dijo su madre y apenas pudo la llevó aparte para preguntarle qué tal iban las cosas con el ama de llaves, pues según ella era uno de sus problemas principales en esa casa.

—Muy bien mamá, ahora me consulta en el menú y lo demás. Bueno ahora no pues estaba

encerrada en su habitación, pero sí lo había hecho dos veces y era bastante.

—Pues me alegro mucho querida, debes tener muy vigilada a esa.

Durante el almuerzo Arabella notó que su esposo estaba algo callado y que fue su padre quien los aburrió a todo con una charla sobre los Tory que duró más de media hora. Lawrence pertenecía a ese partido pero no era tan fanático ni esperaba gran cosa de ellos.

En vez de sentir alivio, se sintió mortificada cuando llegó la hora del oporto pues no quería separarse de su esposo y tener que soportar la cháchara

incesante de sus hermanas.

Pero esta vez fue su madre quién comenzó el interrogatorio.

—El matrimonio os sienta bien, Arabella, tienes más colores y me pregunto si... Dime ¿hay noticias?—le preguntó.

—¿Noticias?—replicó
desconcertada

—Arabella, llevas casi dos meses casada. Deberías saber si hay noticias o no de un bebé... yo quedé embarazada en mi noche de bodas—le respondió su madre. Ella siempre lo decía como una gran proeza, las damas por lo general no mencionaban esas cuestiones de forma tan directa. Pero

Beatrice sabía hasta el cansancio que fue concebida en la noche de bodas de sus padres.

—Todavía no, madre—
respondió incómoda.

—Bueno, tienes tiempo... lo importante es que sois jóvenes. Tú lo eres y dicen que las muy jóvenes demoran en engendrar.

—¿Arabella, has estado llorando?—preguntó Christine con la sinceridad brutal que la caracterizaba.

La joven la miró sin ocultar su incomodidad.

—No... es que desperté muy temprano—inventó.

—Por supuesto. Pero dime,

¿cómo van las cosas aquí?—preguntó su madre para cambiar de tema—Los cortinados de la sala principal con muy antiguos y su color se ve deslucido. Pide al ama de llaves que lo cambie por un color más alegre. Al igual que los muebles del salón. Hace falta realizar algunos cambios en Wensthwood querida y no olvides que tú eres la nueva señora de la mansión.

—Lo sé, madre. Pero no me atrevería a cambiar muebles ahora. Pienso que son muy bonitos

los que están.

Su respuesta hizo parpadear a lady Rose, estaba muy sorprendida,

estaba acostumbrada a que siempre compartía sus puntos de vista en todo.

—Pero querida, te hará bien. El ambiente de esta casa no acompaña. Es una mansión formidable, es un lugar único pero esos muebles desmerecen la casa. Me temo que sí. Y los cortinados se ven tan antiguos y gastados. Tú eres la señora de esta mansión, debes promover los cambios e insistir en ellos. ¿Cuándo darás tu primera fiesta aquí? Debes apresurarte antes de que llegue el invierno.

—Mamá, Lawrence no quiere fiestas, no le agradan.

—Arabella por favor, necesito caminar un poco, siento que hace

horas que estoy sentada.

Esto arruinará mi talle—se quejó Beatrice.

—Pero el médico te lo ha prohibido—le respondió lady Rose.

—OH, al demonio. Estoy harta de hacer quietud, me aburre.

Arabella sonrió y se alejó rumbo al jardín seguida de sus hermanas. Hacía días que no podía

salir de su habitación, sólo por una discusión y todavía había sol, atardecía.

—Por favor Bella, no corras tanto. No podemos seguirte—se quejó Christine a lo lejos.

Arabella rió y comenzó a correr y las dejó atrás como cuando eran niñas. Siempre había sido la más veloz y todavía lo era. Quería hacer correr a esas latosas.

—Arabella, ven aquí.

Pero ella no se detuvo. Libertad. Al fin. El fresco del viento en su rostro, esa brisa helada que había hecho tiritar a sus hermanas nada más llegar al descampado a ella le provocaba tanto placer, casi tanto como el beso que le había dado su marido hacía horas. Todavía sentía su sabor en sus labios, deseaba tanto estar entre sus brazos, ser su esposa de verdad en vez de la soledad de sus noches, la tristeza de sus

días...

—¡Arabella, por favor! Deja de correr. No podemos alcanzarte—le gritó su hermana Beatrice.

Nunca había sido buena para los deportes por eso era levemente rolliza, ahora un poco más que antes seguramente porque el doctor la había condenado a quietud.

—Bella, por favor—dijo jadeando—sabes que no puedo correr. Eres una ladina.

Arabella no estaba cansada sino radiante, sus mejillas tenían más color pero tuvo que regresar y sentarse en la hierba por insistencia de sus hermanas.

—No debiste correr, eres una boba—le dijo entonces Christine.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque ahora eres una mujer casada y no puedes correr como una colegiala. Espero que tu esposo no te haya visto. Lo avergonzarás. No vuelvas hacerlo, además... No supo cómo decírselo pero Beatrice sí.

—Puedes perder un embarazo boda, algo así le ocurrió a nuestra prima Mary, ¿lo recuerdas?

—Pero no estoy embarazada—replicó Arabella con calor.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo

puedes estar tan segura?

¡Pues porque mi marido jamás me ha tocado! Pensó ella pero confesar la verdad habría sido vergonzoso.

—Bueno, pero debes darle un hijo pronto a tu marido, para que se olvide de su hermosa Caprice—sentenció Beatrice hizo un mohín maligno—¿Ya has visto su retrato? Imagino que ha de haber montones en esa casa..

Arabella sabía que diría algo como eso y le respondió con suma calma:—Pues sólo hay uno. Y no era tan hermosa como decías, .Beatrice. Sólo bonita. Creo que has exagerado.

Su hermana mayor se puso

colorada.

—Bueno, pues todos decían que era hermosa, y la amiga de Caprice dijo que Lawrence la adoraba y que nunca más volvería a casarse pero necesita herederos, por eso te escogió a ti. No lo olvides.

Antes de que Arabella pudiera defenderse, su otra hermana preguntó dónde había encontrado el retrato.

Arabella la miró molesta.

—No lo diré, no puedo decirlo. Mi esposo no quiere que hablen de Caprice. Por favor, no la mencionéis en su presencia ni en Wensthwood.

—¿Y por qué no permite que hablen?—dijo Christine parecía sorprendida.

—Pues porque él la ama todavía y no soporta su recuerdo, eso es evidente. Todos lo saben—dijo Beatrice.

—Bueno, ahora es el marido de Arabella, y espero ver pronto tu retrato en el salón principal.

¿Es que todavía no ha llamado tu marido a un pintor de talento?

Demonios, estaban en los detalles y no se les escapaba nada.

—Más adelante me pintará, no hay prisa por hacerlo.

—Sí, tienes razón Bella.

De regreso a la mansión la conversación languideció. Ya habían agotado el tema de Caprice,

hasta el cansancio además tuvo que soportar las quejas de Beatrice con su tobillo.

—Me hiciste correr y ahora está de nuevo mal—se quejó.

Arabella habría deseado quedarse un poco más, llevaba días encerrada y cuando entraron en la mansión la angustió un poco. Pensó en su esposo, en si realmente cumpliría sus promesas...

Nada más llegar a la sala vio a

su esposo mirándola con fijeza.

Parecía enojado pero no lo

sabía porque siempre tenía esa expresión fría y circunspecta.

Entonces sus hermanas dijeron que habían salido y Arabella había corrido muy lejos y

tuvieron que cansarse para atraparla.

Sir Lawrence miró a su esposa con expresión maligna pero no fue hasta la noche, cuando se reunieron en su habitación que le reclamó ese asunto.

Arabella fue temblando cuando él la llevó de la mano a descansar, luego de cenar sin invitados. Se sentía agotada por la visita de sus familiares y el paseo de ese día y sólo quería quitarse el

vestido y dormirse.

Pero Dolly no estaba en su habitación y cuando quiso llamarla apareció su marido con expresión fiera.

—Así que me habéis desobedecido, salisteis de la mansión con vuestras hermanas.

Arabella lo miró aterrada y quiso correr, llamó a su doncella desesperada. Temió que ese hombre fuera a disciplinarla de la peor forma.

Dolly apareció y la miró asustada, sabía que algo le pasaba.

Pero su esposo intervino diciéndole:—Dolly, regresa a tus

quehaceres. Yo ayudaré a mi esposa con su vestido—dijo con expresión sombría.

Arabella miró a su doncella suplicante.

—Por favor Dolly, no te vayas. Quédate conmigo—le rogó.

La criada no supo qué hacer, el señor le ordenaba que se fuera y su señora le rogaba que hiciera lo contrario.

Entonces el señor habló a su esposa en tono muy suave.

—Arabella, te pedí que dejaras de llorar, ¿lo recuerdas?

La joven señora asintió.

—Por favor, no llores. Tranquilízate. No estoy enojado contigo

sólo quería conversar sobre vuestra salida de esta tarde—sir Lawrence se volvió a su criada y con su mirada lo dijo todo.— Dolly, puedes retirarte.

La joven no esperó a que se lo repitiera.

Arabella secó sus lágrimas mientras veía partir a su fiel criada

—Por favor, no me castigue milord, ya no soporto vivir así. Si lo he ofendido, si mi conducta lo ha disgustado le pido perdón pero por favor, no vuelva a dejarme encerrada. Se lo suplico.

Él no le respondió, sólo la miró con esa mirada fuerte y maligna, pero su

mirada resbaló por su escote. Estaba tan hermosa con ese vestido, era la viva imagen de la dulzura y juventud. Tal vez era demasiado joven y tierna, debía ser más tolerante. Él sabía que sería así, demonios...

Y mientras la ayudaba con el vestido se sintió tentado a besar su cuello, a acariciar la suave piel de esa hermosa joven. Su esposa. Ella no imaginaba el tormento en el que se habían convertido sus noches sin su compañía, por su estúpido orgullo, por el terror que sentía...

—No os castigaré, preciosa. ¿Me creéis tan malvado? —dijo entonces.

La joven lo miró con esos ojos tan dulces y tiernos y él sintió que cedía como un tonto a su hechizo y sin poder contenerse la besó. La apretó entre sus brazos y siguió besándola. Era suya, su esposa. ¿Qué diablos estaba esperando? Ya no parecía tan asustada. Hasta le había reclamado su indiferencia, se había atrevido a hacerlo.

Ella respondió a su beso y lo miró anhelante. Pero en su ojos no había deseo ni pasión, sólo tristeza. Se había robado a un hada risueña y la había convertido en una princesa triste. Era el sino de su familia. Todos los Trelawney nacían con él. Condenándolos a perder a sus esposas, a

no encontrar nunca la felicidad. Y pensando eso se alejó de su esposa y le dijo:

—Métete en la cama preciosa, no quiero que te resfríes. Hace frío en esta habitación. Los criados se han descuidado por las visitas. Veré qué pasó con la estufa—tras decir eso dejó el vestido extendido en la silla.

Arabella obedeció sintiendo que volvía a caer en el vacío de una cama helada luego de haber sentido ese beso que ahora le quemaba los labios. Y a pesar de que se lo había prometido, cuando apoyó su cara en la almohada lloró, no pudo evitarlo.

El escondite

Siguieron días fríos y grises. El otoño avanzaba deprisa y allí era mucho más intenso que en Devon. Las corrientes marítimas eran constantes y también las lluvias y tormentas.

Y sin embargo tuvieron visitas. Los Hamilton, primos de su marido llegaron todos juntos un sábado para saludar a su esposo que cumplía años. No sabía que era su cumpleaños y lo felicitó ese mismo día. Ignoraba que vendrían amigos y parientes, sus vecinos más próximos y que la casa estaría llena de gente. Lo supo a media mañana por Dolly.

—¿Pero por qué no me dijo

nada?—se quejó.

—Tal vez lo olvidó.

Arabella era muy tímida y se sintió algo desbordada al tener que saludar y conversar con los parientes de su esposo.

Por fortuna, a media mañana todos quisieron ver las costas de Lands-Ends y Arabella decidió guiarlos. Le encantaba poder salir y distraerse, luego de estar encerrada casi una semana sentía que necesita salir siempre que pudiera y tomar aire.

Eran un grupo pequeño pero simpático. Dos primos, junto a sus esposas y un tío anciano, y otro primo llamado Stephen muy simpático, sus

vecinos los Arundell. Los demás habían preferido quedarse en los jardines bebiendo un refrigerio. No eran muy amigos de las caminatas.

Su esposo parecía feliz y Arabella caminaba a su lado cuando de pronto uno de sus parientes quiso ver una roca de forma extraña y el grupo se dispersó.

Melania Hamilton, la esposa de su primo Peter, una mujer bajita y rechoncha se detuvo fatigada y Arabella decidió quedarse a su lado.

—Esto es demasiado para mí, no estoy acostumbrada a estas caminatas además... he oído que el sol de Cornualles es muy bravo—dijo de

repente mientras se sentaba en la arena.
—Aunque debo admitir que la vista de aquí es soberbia—agregó. —Sí, lo es.

—Bueno, eso es verdad, pero debo admitir que la primera vez que vine a Wensthwood me impresionó la cercanía del mar y luego, en la noche, creo que no pude pegar un ojo por el ruido y ... sentía terror de que el agua entrara en la casa.

Arabella sonrió tentada.

—Eran otros tiempos... vivía Caprice y ella no era muy sociable. Vivía encerrada en sus aposentos, no sé por qué—dijo de pronto Melania.

Eso llamó de inmediato su atención.

—¿Cómo era Caprice?—
preguntó la joven.

Hubo cierta vacilación en la
señora Hamilton.

—Era un poco rara. Guapa sí,
pero algo extraña. No era muy sociable.
Se lo pasaba encerrada dibujando o
tocando el piano.

—¿Tocaba el piano?

—Sí, y cantaba. Tenía una voz
tan dulce... Fue tan trágico,
quién iba a imaginar que una
joven haría esa locura.

Arabella la miró intrigada.

—¿Qué ocurrió?

Estaban a solas y parecía un
momento propicio para confidencias. La

dama rolliza miró a Arabella sin ocultar su asombro.

—¿Acaso no te lo han contado?

¿No sabes lo que pasó aquí?

La joven negó con la cabeza.

—Pero quisiera saber, por favor

—pidió Arabella.

La rolliza dama miró a su alrededor y Arabella se alegró de que su marido y los demás estuvieran muy entretenidos recorriendo la playa, demasiado lejos para poder oírlas.

—Caprice se suicidó... Fue espantoso. Nadie habla de eso y dicen que falleció de fiebres. Es mentira... ella se ahogó en esta playa un día helado de invierno. Lawrence estaba devastado

y durante mucho tiempo se encerró aquí sin recibir visitas. Creo que fue porque había perdido su bebé y eso la sumió en una tristeza espantosa. Por eso lo hizo. Mi pobre primo quedó muy deprimido y durante meses se encerró aquí y todos temimos que hiciera una locura. Él la adoraba pero... su dolor era tan grande como su desengaño. Esa es la verdad.

—¿Su desengaño?

Los ojos de la dama miraron de nuevo a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oír sus palabras.

—Lawrence no merecía eso, él la adoraba y ella hizo esa locura... Bueno supongo que estaba muy triste. No se puede juzgar a nadie, es lo que

dice mi madre y tiene razón. Vaya uno a saber qué pasó. Lo que importa ahora es que mi primo tiene una esposa tierna y adorable, y sé que tú podrás hacerle olvidar su dolor y hacerle feliz. Es lo que necesita porque él no era tan feliz. Mucho antes de la tragedia él...

—¿Y por qué no era feliz? Por favor, necesito saberlo él... sospecho que aún ama a Caprice.

—Eso no debe preocuparte Arabella, tú eres una joven muy distinta a Caprice. Eres tan dulce y transparente y se nota que lo quieres. Sé que no debería decir esto pero... creo que ella no lo amaba y además no se entendían,

eran muy distintos. Caprice sólo amaba sus pinturas y la soledad para crear más retratos... siempre soñaba con poder destacarse en ese arte y por eso... No estaba hecha para el matrimonio, eso es lo que sospecho. Hay mujeres así, nuestra tía es una de ellas por eso nunca se casó, tuvo la sensatez de darse cuenta a tiempo. Caprice no pudo escoger. Sus padres la obligaron a esa boda y aunque eso es algo común y no significa que luego no puedan ser felices los dos en este caso fue desafortunado... Mi primo tiene un carácter muy fuerte, es malhumorado y temperamental a veces, a él no le gustaba que ella pasara horas enteras encerrada pintando. Luego

estaban los celos... La celaba como un demonio. Todo el tiempo y peleaban. Una vez Caprice llegó a abandonarlo. Porque no lo aguantaba más. Esas cosas pasan, no debes preocuparte. El primer año de matrimonio es el más difícil, los demás no tanto. Arabella, tú eres muy joven y si quieres un consejo pues te diré: no pienses tanto en Caprice. La pobre murió y nos afectó sí, pero no hay nada que hacerle, fue una tragedia y ella ya no está aquí y tú eres la esposa de Lawrence. Tu preocupación es mirar hacia el futuro y ser feliz con él. Disculpa que te dé este consejo, pero sé que mi primo no quiere hablar de Caprice y me imagino que no sabes nada

de ella por esa razón.

—Es verdad... ha prohibido a todos mencionarla y no entiendo por qué lo hace.

—No importa el por qué, Arabella. A veces es mejor dejar el pasado en paz. Porque el pasado está muerto y no puede regresar y tú eres su esposa ahora y no... No es prudente que pienses en Caprice. Caprice es sólo un recuerdo doloroso para mi primo. Es parte de su pasado y no creo que sea bueno indagar en él, no si tu esposo no quiere hablar. Lawrence quiere olvidar el pasado y seguramente el recuerdo de su anterior esposa es una herida abierta.

—¿Entonces tú crees que sólo

fue dolor y no amor por eso no puede olvidarla?

—Querida prima, por favor, él dio un paso adelante cuando se casó contigo. Nadie lo obligó, él quiso casarse contigo. Sé que eres muy joven y debes sentirte insegura pero no pienses que aún ama a Caprice, eso sólo te hará daño y no es verdad.

Arabella quiso hacer otra pregunta pero el momento de intimidad se vio interrumpido por la llegada del esposo de Melania y su cuñado Stephen.

Arabella buscó a Lawrence pero no lo vio por ningún lado y se dispuso a regresar a la casa pues estaba tiritando de frío. El cielo se

había cubierto y ese paisaje gris la desanimó. Tenía muchas preguntas sobre Caprice y su esposo, y se daba cuenta de que seguía siendo una historia inconclusa. ¿Sería el dolor o el amor lo que mantenía atado su corazón a su antigua esposa? ¿Acaso no era una misma cosa? Sin embargo ahora sabía algo más de esa historia. Que ella se pasaba encerrada pintando, que reñían y que se había suicidado en esa playa. Qué terrible debió ser para Lawrence que su esposa hiciera eso. Por eso nadie lo mencionaba, por eso nadie nombraba a Caprice. Lentamente las piezas de ese misterio comenzaban a encajar y Melania tenía razón: lo importante era

que su esposo se había casado con ella, la había escogido, debía mirar hacia adelante y dejar de pensar en Caprice.

Arabella se alejaba del grupo cuando casi tropezó con Stephen. —Oh, disculpe, lady Arabella. ¿Podría escoltarla de regreso a la mansión?—se ofreció.

—No es necesario, señor Stephen—dijo. Se sintió algo avergonzada de que todos notaran que su esposo la había dejado sola casi todo el día y ahora tampoco estaba para acompañarla en su caminata de regreso.

—Por favor lady Arabella, no es prudente que recorra ese valle sin compañía—insistió Stephen.

Arabella sonrió con total inocencia.

—Pero si hay tantos invitados por la pradera, ¿qué podía pasarme, señor Stephen?—dijo.

Él la miró sorprendido por su expresión inocente y confiada.

—Una dama hermosa y joven como usted no debería ir a ningún lado sin un criado o pariente. ¿Es que nadie se lo ha dicho?

Ella se ruborizó al sentir la reprimenda. Tenía razón sí, pero estaba tan cerca de la mansión que se había confiado. Además, ¿quién podría hacerle daño en su propio hogar?

Sin embargo aceptó que la

acompañara sólo para no ser descortés. Su mirada recorrió el horizonte buscando a su esposo como siempre hacía, ¿estaría aún en la playa buscando esas rocas de forma extraña?

Lawrence cumplía veintiocho años ese día y nunca imaginó que organizaría una fiesta tan importante, pensó que sólo irían sus familiares pero su esposo no había invitado a su familia. Resultaba desconcertante y extraño.

Y cuando casi llegaban Arabella tropezó con una piedra, iba distraída y hubiera caído si el primo de su esposo no la hubiera atajado.

—¿Está bien señora Arabella?
¿Se ha lastimado el pie?—

preguntó Stephen.

—Sí... es que no vi la piedra, me duele un poco pero puedo andar.

Sin darse cuenta él la tenía envuelta entre sus brazos. Fue sólo un momento luego ofreció su brazo para que se apoyara.

—Por favor, tome mi brazo— dijo Stephen.

Pero cuando lo tomó escuchó la voz airada de su marido preguntando qué estaba pasando allí y sin más saltó de su caballo con expresión maligna y airada y empujó a su primo. Apareció de repente, como un fantasma. No lo había oído llegar y había creído que aún

estaba en la playa.

—¿Cómo te atreves a propasarte con mi esposa? ¡Malnacido!—dijo.

Arabella tembló al comprender que su esposo creía que Stephen se había propasado con ella y no vaciló en defenderle.

—Él sólo me ayudó, había tropezado y estuve a punto de caer, por favor Lawrence—dijo. Stephen miró horrorizado a su primo.

—La escoltaba a Wensthwood porque tú que eres su marido la habías dejado sola. Jamás me propasaría con una dama, Lawrence, tus acusaciones me

ofenden. Sólo quise ser amable.

—¿De veras? ¿Crees que soy ciego? He notado cómo miras a mi esposa, cómo buscas hacerte servicial y no la pierdes de vista. ¿Por qué mejor no te buscas una esposa en vez de enamorarte siempre de la esposa de los demás?

Esas palabras eran una cruel ofensa, Stephen sólo había sido atento con ella, no estaba enamorado ni mucho menos, ¿qué diablos le pasaba a su marido?

—Estás loco, Lawrence. Loco de remate—le respondió su primo—Tu esposa quiso caminar sola desde el lago hasta aquí y le dije que era peligroso

para una dama recorrer estas praderas sin compañía y tú no estabas en ningún lado ¿y ahora vienes y me acusas de querer seducirla?

Arabella sintió tanta pena y vergüenza que quiso correr, alejarse de su esposo, pero él la siguió furioso, mientras su primo se alejaba rumbo a la mansión con paso rápido, ofendido por la injusta acusación.

—Arabella, ven aquí—le gritó.

Ella se detuvo y lo miró.

—Me has hecho pasar tanta vergüenza, Lawrence. Tu primo sólo quiso acompañarme y me sujetó porque tropecé, jamás intentó hacer eso que dices ni yo podría... ¿Crees que soy una

coqueta? —estalló al borde de las lágrimas.

—No, sé que no eres una coqueta, si lo fueras no serías mi esposa preciosa—su tono era casi

de burla.

—Tu primo tiene razón, ¿cómo puedes acusarlo de intentar seducirme sólo porque me ayudó porque había tropezado.

—¿De veras?

—Sí, eso fue lo que pasó. Tú siempre me dejas sola, haces una fiesta de cumpleaños y no invitas a mi familia.

—No hice una fiesta, ellos se

invitaron solos y tuve que faenar un cordero para agasajarlos. No quería una fiesta de cumpleaños, detesto las fiestas, tú lo sabes pero mis parientes vinieron a verme y tuve que ser cortés. ¿Qué querías que hiciera? Pero no te dejé sola, estaba cerca mirándote y no me agradó que Stephen estuviera siempre merodeando como un zorro. Es un maldito libertino, siempre lo ha sido. Aunque se haga el santito frente a ti, porque claro, tú no lo conoces como yo. Pro él sabe que no miento y se ríe de mis acusaciones. Porque sabe que si le doy ventaja intentaría seducirte aunque yo le diera un tiro en la cabeza. Sabe que lo mataré si se atreve a llegar tan

lejos y eso lo divierte.

—Lawrence, por favor, ¿cómo puedes decir eso de tu primo?

—Lo pienso y sé que es verdad.

Y me da igual si se hace el ofendido y se va, en realidad quiero que lo haga, que se vaya y no aparezca por aquí. Que se vaya a robarle la esposa a otro hombre. Es lo que le gusta hacer, ¿sabes? Le encanta conquistar damas casadas porque es un perfecto libertino y todos lo saben. Ahora sube al caballo que te llevaré a la casa.

—¿Subirme a tu caballo?—
repitió Arabella.

—Sí, tal vez deberías aprender a montar, mi primo dijo algo cierto: no es

prudente que recorras estas tierras sin un sirviente o criado. A pesar de la vigilancia de los mozos siempre aparece algún forastero merodeando tratando de robarse alguna res. Ven, sube.

Arabella no pudo negarse y subió al caballo y cayó en sus brazos. Se miraron en silencio y él

le dio un beso apasionado y tierno, fruto de la rabia y los celos de ese momento. La joven tembló al sentir ese beso y todo su enojo se transformó en deseo. Deseaba que siguiera besándola, deseaba tanto poder ser su esposa y se quedó abrazada a él, sentada de costado mientras Lawrence aplacaba a su

caballo para que fuera al paso y no al galope. Los caballos le daban mucho miedo, por eso nunca quiso aprender a montar y sin embargo, casi olvidó el terror que les tenía cuando él la llevó en sus brazos.

Pero al regresar a la casa él le dijo que fuera a su habitación. No era una sugerencia, para que se cambiara el vestido lleno de polvo, era una orden.

—Ve a tu habitación y quédate allí. La fiesta ha terminado, preciosa—le dijo.

Arabella obedeció alejándose con los ojos llenos de lágrimas. Quería estar con él, era su cumpleaños, ¿por qué siempre la apartaba de su lado?

La joven corrió a su habitación y tuvo la sensación de que siempre sería así. Llevaban casi dos meses casados y seguía esperando que algo cambiara. Y lo único que cambiaba allí era su forma de reprenderla, de hacerla sentir que no era su esposa sino su pupila en esa mansión. Educarla y moldearla a su voluntad era su única obsesión. Y cuando pensaba que estaban acercándose, que él la convertiría en su mujer se alejaba, o la hacía sentir mal por unos celos ridículos.

Pasaría el tiempo, los meses y todo seguiría igual.

—Lady Arabella, disculpe. Le preparé el baño como me pidió

—dijo su doncella entrando en la habitación.

La joven la miró aturdida. Lo había olvidado.

Pero necesitaba quitarse ese vestido lleno de lodo por la caída y limpiar los rasguños de las

rodillas.

—¿Qué vestido escogerá para cena, lady Arabella?—preguntó Dolly mientras la ayudaba a desnudarse.

—No iré a cenar, mi esposo dijo que debía quedarme aquí—respondió ella.

A Dolly podía decirle la verdad. No había razón para fingir. A fin de

cuentas en esa casa todos sabían lo que pasaba.

—Oh, disculpe madame, no lo sabía... ¿Qué pasó?

—No lo sé, pero se puso celoso sin motivos, Stephen...

Arabella le contó lo ocurrido desde el principio y su doncella escuchó con cara de espanto. Ella conocía bien al marqués, no debía sorprenderle que tuviera esos arrebatos de celos.

—Lady Arabella, no es por usted. Es Stephen. Él es un pícaro, señora, por eso su esposo se

puso celoso. Pero él es así, es que la adora señora, él la ama y no soporta que

otro hombre sea atento con usted, ni que la mire como lo hacía Stephen y sus hermanos. Yo lo noté, el caballero no le quitaba los ojos de encima.

Arabella miró a su doncella incrédula.

—Pero eso no es mi culpa y él me castigó diciéndome que debo permanecer aquí—se quejó.

—Es porque sir Lawrence la ama, por eso sufre tanto de celos. Debería sentirse feliz, lady Arabella.

¿Feliz? ¿Acaso algún día sería feliz en esa casa?

Pues lo dudaba.

Dolly le trajo la cena poco después en una bandeja y miró

mortificada su contenido. Si no comía su marido-tutor se enfurecería, la huelga de hambre en Wensthwood no estaba permitida, así que si quería llamar su atención o protestar, debía inventar otra cosa.

—Trate de comer algo lady Arabella, se ve algo pálida— dijo su doncella.

Arabella vio el delicioso bistec y lo rechazó.

—No tengo hambre... Dolly, tira esto en algún lado o mi marido se enfadará.

La criada pelirroja hizo un gesto de aprensión. A ella no le gustaba mentir a su señoría,

pudo

verlo en sus ojos.

—Por favor Lady Arabella, trate de comer algo.

—No quiero Dolly, sólo quiero dormir. Estoy muy cansada. Caminé demasiado y hace frío, estoy helada. Llévate eso.

Dolly no se movió, se quedó dónde estaba y Arabella se alejó impaciente hacia su dormitorio cuando de pronto lo vio parado frente a la puerta, por el espejo y tembló. Su marido estaba allí y en esos momentos sintió que era el diablo que la miraba a la distancia, espiando sus actos, viendo sus flaquezas, listo para decirle su falta

para luego castigarla.

—Puedes irte, Dolly—dijo entonces.

No fue necesario ni que terminara de decirlo, su doncella se había alejado espantada.

Ahora estaban solos y él la miraba con esa mirada brillante y maligna sin perder detalle de sus gestos y movimientos.

—No has probado bocado, Arabella—dijo.

—Es que no tengo hambre—se quejó ella alejándose muy lentamente.

—Sabes que no me agrada que hagas esto, preciosa. ¿Cómo es que te

atreves a decirle a mi criada que esconda la comida y me mienta? ¿Crees que no te oí?

Oh, no, otra vez su marido con ganas de pelear.

—Yo no dije eso.

Notó que hacía un gesto de sorpresa.

—¿Ah no? Acabo de escucharte decirle a Dolly que...

—Lo hice porque sabía que se enojaría, milord. Por favor, estoy muy cansada y helada, quiero descansar ahora.

Al ver que se alejaba de él con prisa dio tres largas zancadas y la atrapó.

—No, no te irás a dormir. Antes vas dejar esa bandeja vacía, lo harás.

—No, no lo haré milord. No tengo apetito y si me obliga a comer creo que vomitaré. ¡Es que me siento tan cansada!—se quejó—Por favor, ¿es que no he tenido suficiente con sus escenas de celos mortificándome, ahora también me castigará obligándome a comer como si tuviera cinco años?

Su esposo no esperaba que lo enfrentara y sabía que le saldría muy cara su osadía pero diablos, estaba cansada y helada, sólo quería irse a dormir y que la dejara en paz. Empezaba a temer que todo hubiera sido en vano y

que su espera a que todo mejorara se hiciera lenta y eterna y que al final tuviera que abandonarlo. No sabía cuánto más podría soportar esa situación, aunque él le dijera que estaban casados no lo estaba y si pedía la anulación tendría su libertad. Su libertad para escapar y que ese demonio dejara de llamarla esposa mía. Porque no era su esposa más que de nombre.

—Arabella, ven aquí—le gritó impaciente.

—No. No iré. Vete, déjame en paz. No quiero soportar tus rezongos. Estoy harta de ti, Lawrence. Harta de todo y si quieres castigarme por decirte cómo me siento, adelante, hazlo. Es lo

único que te importa, ¿no es así? Castígame cuando hago algo que te desagrada, cuando te digo la verdad. Estoy harta de que me reprenda como si fueras mi tutor. Si soy una desilusión para usted entonces devuélvame a mi casa sir Lawrence, si no quiere que sea su esposa, si tanto me detesta entonces... me iré de aquí mañana y regresaré con mis padres y al diablo con esta farsa y el escándalo.

Arabella estaba temblando, temblando de rabia y desesperación. Había llegado al límite,

odiaba estar casada con ese lunático que no la quería, sin esperanza alguna de

que las cosas mejoraran con el tiempo, al contrario, todo sería peor.

Y aterrada de que él le diera una zorra por decirle todo eso en la cara, corrió, corrió con

todas sus fuerzas para escapar de su dormitorio y de esa casa si era necesario.

—¡Arabella, ven aquí! Arabella, te ordeno que regreses—dijo él.

No le hizo caso, sabía que había llegado demasiado lejos con su rebeldía y sería castigada pero al menos no se quedaría callada. Nunca sería la esposa perfecta para él porque no era una esposa de verdad.

Corrió desesperada y buscó un

buen sitio para esconderse, era bueno en eso, el escondite siempre había sido su juego favorito. No la encontraría, o tardaría tanto que luego... el juego era excitante, tal vez lo más divertido en casi tres meses de matrimonio. Descubrió que enfrentarle, desafiarlo había sido lo mejor y ya no sentía cansancio ni frío. La excitación la mantuvo alerta cuando optó por ocultarse en el ala sur, las habitaciones prohibidas de Caprice. Fue un acto de osadía hacerlo pero sabía que él jamás iba allí, ni él ni nadie y podría pasar la noche en alguna de sus habitaciones sin que la encontraran. Era un estupendo escondite sí, excepto por las telarañas y

los fantasmas. Pero hacía tiempo que había vivido con ellos, y no le importó. Tenía la oscuridad del recinto de su lado y además, tenía la certeza de que Lawrence no buscaría allí. No se atrevería a entrar y si lo hacía, ella quería ver qué tanto lo afectaba visitar el santuario de Caprice y había en ese gesto además de desafío cierta curiosidad.

Sin embargo estaba temblando cuando recorrió las habitaciones vacías y oscuras. La oscuridad la asustaba, no podía ver qué había más allá. Y luego de estar unos minutos empezó a preguntarse si el fantasma de Caprice estaría allí. Su padre le había dicho que

los fantasmas eran almas atormentadas incapaces de hacer daño a nadie, sólo estaban allí y se iban cuando lo deseaban.

Entonces se preguntó si Caprice habría sido tan desdichada como ella. Rayos, pero al menos la idolatrada Caprice fue amada por él, tuvo la dicha de quedar encinta aunque luego lo perdiera... en realidad su historia era triste. ¿Por qué no había sido feliz? ¿Acaso no lo amaba o fue Lawrence quien lo arruinó todo por sus celos locos y temperamento del demonio?

Ella sólo quería ser una esposa adecuada, la esposa que él necesitaba pero había fallado. No, no fue ella, fue

su marido que la rechazó esa noche y la acusó de haberse casado con él obligada por su familia. Cosa que era cierta pero... ¿No eran muchos matrimonios concertados por las familias? ¿Por qué era eso tan condenable? Ella jamás lo había engañado al respecto, nunca dijo sentir amor por él, sólo aceptó casarse porque a pesar de no estar locamente enamorada era un caballero guapo y joven, de modales tan encantadores. Aunque frío, circunspecto y reservado.

Arabella se preguntó por qué volvía a culparse, por qué regresaba al pasado si sentía que todo estaba perdido ahora, si mañana regresaría a su casa como había prometido hacer. Su rabia y

dolor la habían empujado a decir esas palabras que no sentía del todo, pues sabía que al regresar le esperaba un infierno, ¿pero acaso no era peor vivir con un esposo que la detestaba por ser tan infantil? ¿Por no ser como Caprice?

—¡Arabella!—ese grito le heló la sangre.

Contuvo la respiración y volvió a escucharlo. Decía su nombre y estaba furioso, casi podía sentir su rabia a la distancia. Porque ella había ido al recinto sagrado de Caprice y nadie podía entrar allí.

—Arabella, sal de allí de inmediato.

La jovencita siguió

escondiéndose, buscando un nuevo escondite.

Hasta que de repente sintió unos pasos irrumpir en la habitación y fue demasiado tarde para escapar. ¡Él la había atrapado!

Quiso gritar pero sólo pudo resistirse y llorar.

—Déjame Lawrence, suéltame, me haces daño.

—Así que estabas aquí.

¿Pensaste que no vendría porque son las habitaciones de Caprice? Pero yo no le temo a los fantasmas, he vivido con ellos mucho tiempo, ¿sabes?—dijo con desdén sin liberarla.

Su esposo no estaba dispuesto a

dejarla ir, estaba furioso y lo vio pálido de rabia mientras la llevaba lejos del santuario con mucha prisa.

Arabella sollozó cuando la obligó a regresar a sus aposentos y tuvo que comparecer ante su marido por su osadía de desafiarle y amenazarle con marcharse.

—Vaya, os gusta jugar al escondite madame pero yo os encontré. ¿Creísteis que me detendría

si os escondíais en ese lugar?

Arabella
secó
sus
lágrimas

y
lo
miró
nerviosa.
Lawrence
sonreía
triunfal
sin
dejar
de
mirarla.

—Yo gané al juego del escondite querida y os pediré una prenda, lady Arabella—dijo él.

La joven lo miró aturdida.

—No hay prendas en el juego del escondite—murmuró.

—¿De veras? Entonces tú jugabas muy mal a ese juego. Si te atrapan debes conceder una prenda, preciosa.

La joven tragó saliva, pues imaginó que la prenda sería una zurra o dejarla encerrada unos días en su habitación o el castigo que más le apeteciera.

—¿Y cuál será la prenda, milord?

Él se acercó y la miró con fijeza.

—Quiero que vayáis a vuestro dormitorio y os quedéis allí.

La joven suspiró aliviada. Menuda prenda. Irse a dormir temprano como una buena niña. Obedeció al

instante pero cuando entró en su recámara no estaba sola, él la había seguido y al volverse le vio parado allí, al lado de la puerta.

Arabella retrocedió preguntándose si sería tan cruel de darle una zorra, rara vez entraba en su habitación y se imaginó que tramaba algo, algo que no sería bueno para ella.

—¿Creísteis que os concedería una prenda tan fácil? ¿Acaso me creéis tan tonto?—dijo avanzando lentamente.

—¿Qué queréis de mí, milord? Si me hacéis daño juro que...

No pudo terminar la frase porque su esposo la atrapó entre sus brazos y en un arrebato de pasión le dio

un beso ardiente mientras la empujaba contra la cama.

Ella se resistió asustada hasta que dejó de hacerlo. Si la prenda sería un beso entonces se lo daría... y tímidamente extendió sus brazos y rodeó su cuello mientras la besaba una y otra vez.

Hasta que se detuvo y la miró.

—No será un beso la prenda que os pediré, un beso es muy poco por vuestra osadía—dijo burlón.

Arabella lo miró confundida.

—Ahora, os quitaré el vestido y os convertiré en mi mujer. La prenda será vuestra virtud. Podéis negaros. No os obligaré, no soy un malvado. Si os

negáis os concederé la anulación preciosa, mañana regresaréis con vuestros padres, pero si aceptáis la prenda entonces seréis mi esposa de verdad y nunca más podréis negaros a mis brazos—dijo él.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa, había deseado tanto ese momento; que en un arrebato de rabia y pasión quisiera hacerle el amor, que quisiera convertirla en su esposa pero ahora... Ahora no estaba segura de ello y vaciló. Si aceptaba no podría regresar a su casa y pedir la anulación. Ya no podría ser libre de nuevo y

debería quedarse con un marido frío y de mal carácter, que la reprendería y la castigaría por desafiarlo o desobedecerle.

Pero rayos, se moría por ser suya, ese beso la había dejado temblando de amor y deseo pero tenía miedo...

—Si me entrego a vos, mi lord, ¿prometéis que no volveréis a castigarme?—le preguntó.

Él sonrió.

—No os castigaré si me obedecéis preciosa, si os entregáis a mí será en cuerpo y alma y nunca más os mostraréis atrevida y desafiante como hace un momento, prometo que todo irá

bien.

—Vos me hiciste una escena de celos, me encerrasteis en esta habitación sin que fuera mi culpa.

—Y volveré a hacerlo si me desafiáis. Debéis aprender a comportaros, sois mi esposa no una colegiala rebelde. Y los celos no fueron por vuestra causa sino por mi primo, no os acusé de nada. Pero os vi caer en sus brazos hace un momento y los habría matado por ello, aunque sólo fuera por error, porque tropezasteis con él.

Arabella comprendió que no podría con el genio de su marido pero si la hacía su esposa en la intimidad pensó que todo mejoraría, que él dejaría de

mostrarse tan molesto y celoso.

—He deseado ser vuestra esposa desde la noche de bodas, milord, por eso me casé con vos, para ser la esposa que necesitabais—se quejó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él le dio un beso ardiente y apasionado.

—Pero no estabais preparada para ser mía, no como lo estáis ahora... Ahora deseáis ser tomada, antes estabas aterrada y yo no podía, no podía tomaros así, aunque tuviera derecho a ello. No soy un hombre desalmado que sólo piensa en satisfacer sus deseos egoístas. Quería que estuvieras preparada, que desearas estar conmigo

—le dijo él y volvió a besarla, a abrir su corsé para besar sus pechos redondos y voluptuosos mientras la desnudaba con prisa.

Arabella no cerró los ojos como en su noche de bodas, deseaba que la desnudara y la hiciera suya, estaba temblando de deseo cuando rodaron por la cama y siguieron besándose.

Él observó su cuerpo de formas llenas, estaba más que lista para ser suya, pero no quería lastimarla, ni que sufriera.

—Cerrad los ojos, preciosa. Sé que no sabéis nada de esto, que sois muy pura e inocente pero no temáis. Quiero que estéis preparada para este momento

—dijo su marido.

Arabella obedeció y sintió que él separaba sus piernas despacio y acariciaba su sexo cubierto apenas por vello rojizo. Sabía que lo haría pero no estaba asustada, ni le importaba sentir dolor, deseaba tanto ser su mujer y poder darle hijos... algo tan simple que se había convertido en una cosa imposible, inalcanzable.

—Milord, no...—dijo al comprender sus intenciones.

—Tranquila, sólo os besaré para que estéis lista para ser mía. Son caricias que no deben avergonzarte preciosa—le respondió su marido.

Ella obedeció.

No sabía nada de esas cosas pero si quería besar su monte y brindarle caricias no podía

negárselo, su tía había dicho que no podía negarse a los brazos de su esposo ni a sus caricias.

Cerró los ojos y tembló al sentir que besaba los pliegues de su sexo, y gimió al sentir sus caricias intimas tan lujuriosas, no... no pudo detenerle, había atrapado sus caderas y ahora su lengua húmeda recorría la entrada de su vagina provocándole sensaciones nuevas, imborrables, tan sensuales y ... era una locura, no sabía que eso pasaba en la intimidad pero de pronto sintió que llenaba su cuerpo de besos y caía sobre

ella para penetrarla con su pene grueso.

No llegó a verlo. No quería verlo, le daba mucha vergüenza ver esa parte del cuerpo de su marido pero sí le conoció cuando entró en su vientre estrecho y comenzó a rozarla, a desvirgarla lentamente.

Gimió al sentir abría más sus piernas para penetrarla en profundidad. Su virginidad cedió a la feroz invasión y pensó que era maravilloso, que al fin dejaba de ser la colegiala díscola y se convertía en su mujer. Suya. Y lloró y le apretó contra su pecho mientras se besaban y rodaban por la cama y él la rozaba más fuerte que antes, sin piedad. Era tan suya, su mujer y pensó que era

maravilloso, y que nunca había creído que sería tan placentero, algo tan fuerte... Lloró cuando se quedaron abrazados y fundidos en un solo ser, apretados y con el corazón palpitante y él sonrió levemente mirando sus labios, secando sus lágrimas con besos.

—¿Estáis bien, preciosa?

Ella asintió.

Y él volvió a besarla.

—Sois tan hermosa, Arabella, tan bella y radiante que creo que mataría al hombre que osara tocaros—dijo entonces muy serio.

—Nadie va a tocarme jamás Lawrence, sólo tú... ¿por qué nunca me hiciste tuya y dejaste que sufriera así?—

se quejó ella con lágrimas en los ojo. Él sonrió.

—Quería que lo desearas, que me lo pidieras, que te volvieras loca deseando que te hiciera mía.

Esas palabras la dejaron helada. ¿Entonces todo había sido planeado por él?

—Si te hubiera hecho mía esa noche me habrías odiado porque no estabas preparada, temblabas y te vi muy asustada.

—No es verdad, no estaba tan asustada, sólo es que no sabía qué hacer y me daba miedo sí pero...cuando me rechazaste me sentí tan desdichada que... Tú me rompiste el corazón

Lawrence, por favor, no vuelvas a hacerlo, déjame ser tu esposa de verdad, tu compañera.

—Ahora ya lo eres preciosa, tendrás que entregarte a mí todos los días y sin reservas. Y me obedecerás en la cama y fuera de ella, sin desafiarme como lo hiciste hace un momento. Nunca más vuelvas a amenazarme con abandonarme porque lo lamentaréis. ¿Me habéis comprendido?

Rayos, todavía estaba enojado por eso.

—Sí, milord, lo prometo...yo lo siento, es que estaba desesperada, tan triste, pero no iba a hacerlo.

—Arabella, debes comprender

que el matrimonio no es un lecho de rosas, nada será perfecto como tú lo sueñas. Y yo soy un hombre y vuestras niñerías a veces me enfurecen. Ven aquí, quiero que madures, que comiences a comprender que me perteneces y debes obedecerme siempre porque si no lo haces, volveré a castigarte. Lo haré sin que me tiemble el pulso, preciosa. Hasta que aprendas a comportarte, hasta que actúes como una mujer casada y obediente—dijo.

Ella quiso protestar porque no era su culpa, diablos, era él y sus celos y sus ganas de pelear pero ya era tarde, su marido atrapó su boca en un beso ardiente al tiempo que introducía su

miembro grueso en su monte para acoplarse rápido, demasiado rápido. Arabella ahogó un gemido al sentir una leve molestia y sin embargo, le encantaba la forma en que la tomaba, como un bandido, como un demonio, haciéndole sentir que era su mujer, tan suya...

Sus brazos la amarraban y sintió su pecho fuerte y ancho apretarla hasta casi quitarle el aire

al tiempo que gemía de placer y la inundaba con su simiente.

—Sois tan hermosa, Arabella, tan dulce—le dijo al oído mientras copulaban.

Ella sonrió sintiéndose tan feliz

de que le dijera eso, pensaba que ahora todo sería distinto y que un día llegaría a amarla. Eso deseó antes de quedarse profundamente dormida entre sus brazos.

Pensó que todo había sido un sueño, pues al despertar se encontró vestida y estaba segura de que se había dormido desnuda en sus brazos, pero alguien debió colocarle ese vestido o...

Miró a su alrededor aturdida y tiritando, pues la habitación estaba muy fría y cuando quitó la manta tembló aun más.

Entonces descubrió que su vestido estaba manchado y

también la cama.

—Lady Arabella, al fin despertó. Le traje su desayuno—dijo Dolly.

Ella la miró aturdida y algo avergonzada de que viera la cama manchada con sangre.

—Necesito darme un baño ahora, la cama...

Dolly se puso seria.

—No se preocupe, avisaré a Clarise que traiga agua caliente. Yo la ayudaré pero antes coma algo, son más de las diez. El señor salió temprano y dijo que la dejara descansar pero usted sabe que no le agrada que no se alimente

bien.

Arabella tomó un trozo de pan, queso y un tazón de leche. No pudo comer más, sólo quería

lavarse.

—¿Dónde está mi esposo, Dolly?—quiso saber.

—Salió temprano a recorrer las tierras, lady Arabella. Estaba muy alegre esta mañana y me pidió que no la despertara. Dormía como un lirón.

Arabella se puso colorada al sentir la mirada de su doncella que parecía querer saber algo más de lo que había pasado, pero no dijo nada. Hasta que la ayudó a bañarse.

—Me duele un poco, me arde—

se quejó al sentir el agua caliente en su pubis.

Dolly se puso seria.

—No se preocupe, el dolor pasará. La primera vez es muy molesto, luego no.

Arabella la miró con curiosidad.

—¿Pero cómo sabes eso, Dolly?

—Estuve casada hace tiempo, lady Arabella pero él se fue con una campesina que conoció en el pueblo. Siempre me esforzaba en complacerle, por ser una buena esposa pero él era muy guapo y siempre lo perseguían las mujeres. No lo dejaban en paz... hasta que una se lo llevó.

—¿Trabajaba aquí?

Dolly asintió mientras la ayudaba a secarse el cabello y el cuerpo.

—¿Y por qué mi esposo no envió a buscarlo? Era tu esposo, Dolly.

La doncella tenía la mirada ausente mientras continuaba el relato.

—Desapareció, lady Arabella, nunca pudieron encontrarlo y yo me quedé aquí sola. Al menos no quedé preñada porque eso habría sido más complicado aún.

Arabella se sintió mejor después del baño, ya no sentía dolor en su sexo ni tampoco sangraba. Luego recordó la

noche anterior y se ruborizó ante la mirada curiosa de Dolly a través del espejo.

—Fue muy osada lady Arabella, anoche, temí que su esposo... disculpe, estaba cerca cuando riñeron y temí que la dejara encerrada. La joven sonrió.

—Me escondí en el santuario de Caprice y él entró allí y me encontró. Pensé que no se atrevería a ir.

—Fue muy arriesgado señora, no lo haga de nuevo, no se enfade así con él... y mucho menos, no le diga que va a abandonarlo, él está loco por usted. Por eso es tan celoso.

—No iba a abandonarlo, Dolly, sólo se lo dije porque estaba harta de tanto dolor, de tanta soledad. Tú lo sabes Dolly, él no ha sido un buen esposo.

—Sí, lo sé, lady Arabella. Pero él la ama, todos lo dicen. Esas cosas se saben... no crea que se lo digo para consolarla ni nada y sé que usted le quiere, que sufre por su causa. Pero no le diga esas cosas porque él no lo olvidará y luego...

—Ahora soy su esposa Dolly, fui suya anoche y espero que eso cambie todo. Él nunca me había tocado Dolly, en nuestra noche de bodas me rechazó, dijo que no estaba preparada y... no

volvió a hacerlo.

Dolly se puso pálida, como si no pudiera creerlo.

—Pensé que era usted que se negaba a sus brazos, señora. Las damas nobles no soportan fácilmente la intimidad, no fueron educadas para esos menesteres y....

—Jamás me habría negado a mi esposo Dolly, fue él que se alejó de mí y me rompió el corazón porque mi matrimonio no era lo que debía ser. Y no podía decírselo a nadie, me sentía tan triste y avergonzada. Pero eso quedó atrás y ahora, sólo sueño con que nuestro matrimonio sea tan dichoso como siempre lo desee.

Dolly se quedó pensativa.

—Caprice sufría cada vez que él la tocaba lady Arabella, ella no podía soportar la intimidad con su esposo. Era un tormento para ella y cuando quedó encinta pensó que al fin se vería libre de la intimidad. No sabía que los hombres siempre necesitan eso... tal vez por eso él temía que la historia se repitiera. Por favor, no diga a nadie que le dije esto, sólo sea más comprensiva con sir Lawrence, él tiene un temperamento fuerte como el de su padre pero es un buen hombre y si quiere ser una buena esposa para él, nunca se niegue a sus brazos, aunque no lo desee. Los hombres necesitan la intimidad. No

soportan estar mucho tiempo sin una mujer en su cama. Disculpe mi franqueza. Sé que no la educaron así pero muchos matrimonios pelean por esa causa, porque las damas no quieren tener intimidad con sus maridos y luego ellos, deben buscarse una querida de forma discreta. Aunque sé que sir Lawrence jamás lo haría, él es un hombre de firmes principios y convicciones.

—Dolly, ¿cómo es que sabes tantas cosas? Me sorprendes.

—Aquí todo se sabe, lady Arabella. Los criados comentan... además trabajé para otra dama antes de venir aquí para la señora Caprice.

—¿Fuisteis su doncella?—
preguntó lady Arabella.

Dolly asintió.

—¿Por eso sabéis tantas cosas
de Caprice, y de mi esposo?

—Pero él no desea que hable,
señora. Creo que no debí hacerlo. Por
favor no diga nada o me despedirá.

—No lo haré Dolly, puedes estar
tranquila. Es que no comprendo
por qué no deja que nadie
hable de Caprice. Él estuvo allí anoche,
pensé que jamás entraba en el santuario.

—Lady Arabella, no es un
santuario. No es lo que imagina, pero no
puedo decirle más que eso. Trate de no
pensar en Caprice, sé que es difícil

porque su esposo es viudo y las esposas siempre se obsesionan con al anterior esposa pero... eso no le hará ningún bien. Él no quiere hablar de Caprice, ni que nadie la mencione. Tiene razones para ello pero usted es ahora su esposa y debe pensar en su matrimonio, no en Caprice. Ella está muerta señora, es el pasado. Usted es el presente.

Arabella pensó que era un consejo muy sensato, y que resultaba desconcertante que su doncella le hablara con más tino que su propia familia, que pudiera hablar con ella como no podía hablar con nadie más.

Y tal vez tuviera razón. Ahora todo sería diferente. Acababa de

convertirse en la esposa de Lawrence. Se estremeció al recordar sus besos y caricias.

Y cuando escuchó las doce campanadas, poco después del gran reloj de péndulo quiso verle.

¿Dónde estaría?

Pero cuando quiso salir, encontró la habitación cerrada.

No podía ser.

Y su doncella se había ido hacía un momento y no le había dicho nada.

Tocó del cordel de forma enérgica. Debía haber algún error, tal vez Dolly se confundió

y

cerró con llave antes de irse.

De pronto la puerta se abrió y ella corrió a su encuentro pensando que era Dolly, pero se equivocaba, era su esposo que acababa de regresar de su paseo a caballo y se veía algo cansado, sin embargo sonrió al verla.

—Buenos días preciosa, dormías como un lirón—dijo.

Ella se acercó ilusionada y él la rodeó con sus brazos para darle un beso ardiente y apasionado.

—Iba a ir a buscarte pero la puerta estaba cerrada—se quejó. Él la envolvió entre sus brazos.

—Es que no quería que salieras

de la habitación preciosa, quería tenerte sola para mí, antes del almuerzo—le dijo llevándola lentamente a la cama.

—Entonces, ¿vais a castigarme de nuevo?—se quejó con un hilo de voz.

—No... no voy a castigaros, sólo quería que estuvieras aquí para mí cuando regresara. No os castigaré a menos que cometáis una falta, lo prometo—dijo él quitándose el chaleco y abriéndose la camisa.

Arabella se quedó mirándole sorprendida. Creía que sólo tendrían intimidad en la noche, con las luces apagadas.

Pero cuando sintió sus besos

supo que lo harían ahora y él le quitó el vestido con rapidez pues se moría por besar su cuerpo y verla desnuda.

La joven se sonrojó al sentir su mirada y tembló más cuando comenzó a besar sus pechos y apretarlos con fuerza mientras sus manos acariciaban sus nalgas despacio y sus besos resbalaban por su vientre.

—No debes sentir vergüenza, sois tan hermosa. Tan dulce...— dijo antes de hundir su boca en su sexo.

Cerró los ojos turbada y se resistió.

—No, por favor... —murmuró.

Pero él la tenía atrapada y no

podría escapar. Y sin embargo se sintió húmeda y excitada, sintiendo cosas que no podía entender. Y entonces lo vio desnudo. Era un hombre tan hermoso y fuerte, su pecho y brazos parecían esculpidos de piedra y sus piernas eran las de un titán, fuertes y largas y su virilidad se le antojó muy grande, pero como nunca había visto a un hombre desnudo no sabía si todos eran así.

Él sonrió al ver su desconcierto y le pidió que lo acariciara.

—Tócame—dijo.

Arabella obedeció sonrojada y lo tocó con la mano apenas, a lo largo y en la cabeza ancha y reluciente. Ahora entendía por qué le había dolido tanto la

noche anterior y no entendía ni cómo pudo entrar algo tan inmenso.

—Preciosa, un día sonreiré cuando te escuche gritar de placer—dijo acariciando sus pechos y luego los besó mientras acomodaba su virilidad y la introducía en su vagina. Gimió al sentir que lo hacía con brusquedad y comenzaba a rozarla con fuerza mientras todo su cuerpo la inmovilizaba y caía sobre ella. Su lengua invadió su boca y ella se rindió a las feroces embestidas, a esa inmensidad en su vagina recién estrenada y estrecha. Y sin embargo, a pesar del dolor le gustó, le gustó sentir ese roce, la presencia de su esposo en su cuerpo, esa unión tan íntima y

anhelada. Y lentamente comenzó a relajarse mientras lo abrazaba y apretaba contra sus pechos llenos y sentía que se hundía por completo en su sexo hasta llenarla con su simiente. Sintió cómo ese líquido golpeaba en su interior mientras él suspiraba aliviado. Pero sólo era el principio, descansó un momento y luego notó que estaba firme como roca.

—Tú querías ser mi mujer preciosa, no lo olvides y ahora no escaparás a que os haga mía durante horas—le dijo al oído antes de darle un beso salvaje y rozarla de nuevo.

Arabella sintió que era el paraíso, le gustaba tanto estar en

la cama con su esposo que no quería salir de allí.

Lo amaba, estaba loca por él y lo sabía. Ni siquiera sabía bien cómo había pasado pero en sus brazos se sintió como si flotara en una nube, una nube de felicidad en medio de tantos nubarrones de celos y dolor. Lawrence era su amor, su vida y pensaba que tenían un nuevo comienzo, una nueva oportunidad para estar juntos, amarse y ser felices.

La inminente llegada del invierno se hizo sentir en Wensthwood, los días se hicieron fríos, tanto, que en ocasiones sólo podía salir a media

mañana porque estaba helado y su esposo temía que fuera a resfriarse.

Pero a la mansión entraban y salían invitados, parientes y amigos y también cartas.

Y fue por ellas que se enteró que su hermana Beatrice acababa de comprometerse con un caballero viudo, amigo de su padre. Conocía a sir Edward Merton muy bien y Arabella pensó que ese hombre era muy viejo para su hermana y tampoco era muy guapo. ¿Por qué habría aceptado casarse con él?

Luego se dijo que ella también había aceptado casarse con su marido porque su familia la había obligado. Tan

sencillo como eso.

Estaba leyendo cuando su esposo apareció muy serio.

—¿Quién os dio las cartas, Arabella?—preguntó como si leer su correspondencia fuera un delito.

—Disculpa, sólo leí las que estaban dirigidas a mí—le respondió.

Él se quedó tieso al comienzo y miró las cartas con expresión fiera.

—Pues no debiste hacerlo. No hasta que yo las leyera primero. Arabella supo que había hecho algo mal y le entregó las cartas

de inmediato.

—Lo siento, sir Lawrence.

Notó que su marido tomaba las cartas y las leía sin decir palabra.

Ignoraba que hiciera eso.

Bueno, ahora entendía por qué las cartas siempre llegaban abiertas a sus manos, debió imaginarlo. Su padre hacía lo mismo. Él leía todas las cartas o su madre lo hacía y luego nos entregaban la correspondencia a mis hermanas y a mí. Solía recibir cartas de mis primas, amigas, pues estaba de moda cartearnos pero mis padres lo sabían, sin embargo, a pesar de que esas cartas eran intrascendentes en una

ocasión retaron a mi hermana mayor porque una de sus amigas del colegio le habló de que se había besado con su primo en secreto. Eso era inadecuado y desde ese día no hubo más cartas de esa joven.

No podía creer que su marido pensara que alguien iba a escribirle algo que fuera inapropiado, pero allí estaba, celoso y alerta con lo que pudiera descubrir.

Arabella lo miró asustada. No entendía por qué tenía esos celos. Sin embargo lo vio relajarse un poco y poner expresión de aburrimiento mientras leía la carta de su madre.

¡Qué suerte que no le había escrito nunca a su tía quejándose de su marido! Pensó, creyendo que era una ingenua al imaginar que él no leía sus cartas.

—Ten querida, puedes leer las cartas ahora pero recuerda lo que os dije. Cuando veas cartas en la bandeja de plata del comedor dirigidas a ti, espera a que las lea y luego estén en vuestra mesa de luz para ser leídas.

Arabella lo aceptó sin entender por qué lo hacía. ¿Acaso creía que recibiría cartas inapropiadas?

—Ahora ven preciosa, hace mucho frío aquí y te llevaré a nuestro dormitorio. Te ves

pálida.

Creo que deberías descansar—dijo.

Ella sonrió cuando tomó su mano y la condujo a su alcoba, aunque luego se preguntó si eso no sería un castigo por haber cometido una falta. Era un hombre tan estricto y no podía creer que actuara como su tutor otra vez.

Pero cuando la puerta se cerró, supo que él no quería castigarla, se había quitado el chaleco y la miraba con una sonrisa.

Arabella se sentó en la cama y lo miró inquieta y excitada por lo que pasaría luego. Sintió que su corazón latía acelerado cuando se acercó y la

tendió en la cama para besarla. Se moría por hacerle el amor, lo sintió cuando comenzó a besar sus labios y sus besos resbalaron por sus pechos. Sin embargo, no se detuvo como otras veces en demorar la cópula sino que poco después separó sus piernas despacio y sin más introdujo su miembro duro y erguido en su vientre tan rápido que ella gimió y murmuró. “Aguarda, ve despacio”.

Él la miró y atrapó sus labios y su boca llenándola con su lengua mientras se hundía por completo en su monte con la desesperación de un loco y comenzaba a rozarla. Sintió que no era delicado como siempre, que algo le

pasaba pero se quedó quieta y lo abrazó y se entregó a él porque era su marido y sabía que nunca podría negarse. Ni ella querría hacerlo.

Cuando sintió que la mojada notó que se calmaba y sus caricias se volvían tiernas. Pero no la dejó en paz. Quería hacerlo de nuevo y a pesar de que escucharon las campanadas anunciando el almuerzo, ella no pudo ir porque su marido la estaba poseyendo de nuevo. Sabía que una sola vez era poco para él, se había acostumbrado a ello y lo aceptaba y lo abrazó pero él quería hacer algo más y cuando quitó su miembro para tenderla de espalda lo miró espantada. No sabía lo que

planeaba pero...

—Quédate quieta preciosa, quiero que seas toda mía—le dijo.

Arabella tardó en comprender lo que planeaba hasta que lo supo. Quería introducir su miembro en sus nalgas y eso la asustó un poco.

—Tranquila, no temas, eres mi esposa ahora y tu deber es complacerme—le recordó él.

Pero ella se asustó y quiso correr, no estaba preparada para esos juegos y Lawrence rió al ver que se le escapaba.

—Cálmate preciosa, ven aquí, no te haré daño, no me mires así. Tienes

un cuerpo hermoso y un trasero que me tienta, ángel—dijo.

Arabella cayó rendida en la cama boca abajo mientras él la convencía con besos y caricias.

No podría escapar de complacerle pero él al notar que estaba tan asustada desistió de intentarlo y al ver su vagina blanca y rosada húmeda decidió introducirse en su monte y probar esa posición que lo excitaba como a un demonio.

Primero debía calmarla. Hacer que se tranquilizara y se rindiera a él. Notó que lo hacía, que lentamente disfrutaba esa cópula y él atrapó sus labios y besó su cuello y

apretó sus pechos hasta que lo hizo, la llenó con unas gotas de semen y luego retiró su miembro y lo introdujo en sus nalgas, húmedo y lubricado como estaba.

Ella no se resistió pero él lo hizo muy despacio, muy lentamente porque sabía que nunca lo había hecho.

—Preciosa, eres tan hermosa, no temas... es sólo otra forma de saber que eres mía, mía por completo—dijo y pudo introducirse en ese canal hasta el fondo y comenzó a rozarla una y otra vez al sentir que ella se rendía y suspiraba por la feroz invasión y por sus caricias son sus dedos.

Arabella gimió de placer al

sentir que su vagina se contraía de forma rítmica, no sabía qué era pero pensó que nunca había sentido algo tan maravilloso en su vida y comenzó a moverse de forma instintiva y él supo que no podría aguantar más su placer y llenó sus nalgas con su semen, lo hizo mientras la besaba y la apretaba contra la cama y suspiraba de alivio y placer.

—Ahora eres mía, mía por completo, cielo—le dijo al oído.

Ella se emocionó al sentir su abrazo apretado y pensó que nadie le había avisado de eso, todo era nuevo para la joven, nuevo y excitante. Pensó que algún día la amaría tanto como a Caprice, que si le complacía en todo y

era una esposa obediente, todo iría bien.

Y al principio todo estuvo muy bien en ese sentido.

Hasta que comenzaron los celos.

Una tarde, la señora Edelweiss los invitó a su fiesta.

El tiempo era benigno, había mucho sol y excepto por las nubes y el viento algo fresco, era un día maravilloso. Arabella deseaba poder dar fiestas en Wensthwood pero su marido frenó su entusiasmo porque dijo que no le agradaban y lo consideraba un gasto superfluo.

La joven no insistió pero ella quería salir un poco y hacer sociabilidad y nuevas amigas en el

condado.

La señora Elen Edelweiss era muy simpática y sociable, tenía muchas amigas y ella quería ser incluida en su círculo de amistades. Recibir esa invitación era una buena señal.

Sus parientes y primas, sus viejas amigas ya no la visitaban como antes. Suponía que por el mal tiempo y la distancia.

Y mientras se aprontaba para salir Dolly terminó de peinarla con un moño y le dijo que estaba hermosa.

—Será la envidia de la fiesta, señora Arabella—dijo.

Entonces, vio a su marido

mirándola por el espejo muy serio, casi disgustado.

La joven le sonrió pero él no respondió a su sonrisa.

Y cuando una hora después llegaron a la fiesta siguió con esa cara larga, alerta a todo y

pendiente de su ella.

Arabella se dio de lo que pasaba cuando la vio conversando con un caballero y su cara se transformó, sufría de celos, no podía soportar que otro hombre se acercara a ella a conversar. No era la primera vez que lo veía ponerse así. ¿Por qué? ¿Acaso la creía una coqueta?

La joven se alejó y se reunió con

su esposo pero él no la invitó a bailar ni le habló el resto de la velada. Y al final, se quedó sentada en un rincón conversando una anciana demasiado vieja para unirse al baile. Su esposo se había alejado para conversar con unos caballeros y la joven optó por quedarse allí, aburrida como un hongo a pesar de que se moría por bailar, no quería despertar sus celos.

Celos

Arabella deseaba hacer nuevas amistades en el condado, y por eso fue a visitar a Edelweiss con su esposo en varias ocasiones. Sin embargo él no parecía muy contento con la idea. Volvía a sufrir celos, o no le agradaba que saliera sola, en realidad Dolly era quien la acompañaba cuando su esposo no podía.

Eran cerca de las cuatro cuando asistió a un té en la casa de lady Anne Wellington, la amiga más cercana de Edelweiss. Para la ocasión llevaba un vestido no muy lujoso color beige junto a una pequeña carterita que en realidad servía de adorno pues dentro sólo tenía

un pañuelo, guantes blancos y una capa por si refrescaba.

Durante el viaje habló con Dolly sobre los celos de su esposo.

—Cada vez que me acompaña es como si... tengo la sensación de que me observa y cree que... No sé lo que piensa pero no parecer agradarle que haga nuevas amistades.

Dolly se puso seria.

—Es que su esposo es muy celoso, lady Arabella—le respondió.

—Es demasiado, no hay manera que... he tratado de hablarle pero él lo niega. Niega ser celoso.

Dolly sonrió.

—Señora, es que está loco por usted y no confía en nadie de ese condado. No todos son caballeros tan respetables. Es por eso. No le dé importancia. Al contrario, debería sentirse feliz porque sus celos significaban amor y devoción.

Arabella sonrió.

—¿Tú lo crees?

—Por supuesto. Él vive pendiente de usted y le aseguro que... jamás lo vi tan celoso. Sir Lawrence no era así antes.

Aquello la intrigó.

—¿Y cómo era mi esposo antes, Dolly?

—Era muy alegre, un hombre

confiado, tan bueno. Su padre tenía miedo por eso y lo envió a Londres una temporada para que se endureciera un poco. Sin embargo él no cambió, ni tampoco cuando estaba casado con Caprice...

De nuevo Caprice. Y con ella la prohibición de mencionarla.

—¿Entonces dices que fue su anterior esposa quien lo cambió?
Dolly asintió.

—No puedo decirle por qué, perdóneme lady Arabella. Sólo quise responder a su pregunta lo mejor que pude hacerlo. Sir Lawrence cambió, su carácter se resintió pero eso no es más que una coraza señora, creo que su

esposo tiene un corazón bueno y tierno. A pesar de sus celos y temperamento. Él está enamorado de usted y por eso sufre de celos. Tiene miedo. Eso es todo. No es su culpa. Él sabe que es toda una dama y que jamás cometería una indiscreción, no es por usted, es por él. Sea paciente, ya se le pasará.

Arabella sonrió feliz pensando que él la amaba y por eso sufría de celos, y pensó que su doncella era la persona que más conocía a su marido y también a Caprice. Sabía bien la historia de ese matrimonio pero no podía decírselo.

—Dolly, quiero darte las gracias, tus palabras me han dado alivio

sí pero ... no me siento tan segura de que sea así. En ocasiones mi esposo se aleja de mí, no me habla, cuando algo le molesta se va, se aleja y no hay manera de que se quede y me diga lo que le pasa.

—Es su forma de ser, no quiere reñir.

—Dolly, no me engañes... Sé que él no me ama como amó a Caprice. Y pienso que si al menos pudiera quedar encinta pero...

—Lady Arabella algunas damas tardan en quedar embarazadas la primera vez, usted es muy joven y además...

Arabella se puso colorada.

—Debería estar embarazada, Dolly.

—Tenga paciencia. Y quiero darle un consejo íntimo si me lo permite, lady Arabella. Ella la miró intrigada.

—¿De qué se trata, Dolly?— quiso saber.

—Bueno, es que oí algo una vez que recetó un doctor a una señora del condado que no lograba quedar embarazada y sufría ataques de nervios. Debe estar tranquila lady Arabella, no obsesionarse con eso y luego de la intimidad... no debe correr a darse un baño. Debe quedarse quieta en la cama.

Disculpe mi franqueza pero el aseo inmediato hace que la semilla salga de su cuerpo, y es allí donde debe estar para que pueda convertirse en un bebé.

Arabella pestañeó inquieta. ¿Cómo decirle a su doncella que su esposo le hacía el amor en los momentos más inoportunos, no sólo en las noches, sino que tenía la costumbre de hacerlo luego del almuerzo, cuando se retiraban a descansar, y ella no podía ir así a ver a sus amigas. Necesitaba asearse.

Como ese día por ejemplo, cuando estaba lista para ir al té Lawrence se acercó y la abrazó y le dijo que estaba hermosa.

—Ven aquí a la cama, es temprano—insistió.

—No puedo, nos espera lady Wellington. ¿Lo olvidas?

—Al diablo con esa fiesta, yo sólo quiero tenerte a ti—le dijo y le quitó el vestido. Sabía que no podría negarse a sus brazos ni querría hacerlo. Ella era demasiado tímida para tomar la iniciativa y además, él siempre la buscaba y Arabella extrañaba que no lo hiciera.

Hacer el amor con su marido era toda una aventura. Nunca era igual y esa tarde la desnudó y luego de acariciar sus pechos y besarla introdujo su miembro y no se detuvo hasta dejarla mojada.

Empapada y ella, avergonzada de tener que ir a una fiesta en ese estado, corrió a darse un baño.

Suspiró al recordar esa cópula rápida y habría deseado quedarse con él cuando supo que no iba a acompañarla, pero se moría por pasear, no podía pasarse encerrada en Wensthwood, necesitaba hacer amigas.

—Lo haré, Dolly—dijo y suspiró pensando en su esposo.

Cuando llegaron a la mansión de lady Wellington observó maravillada los espléndidos jardines y luego, al entrar en el salón se sintió levemente cohibida, a pesar de que su anfitriona fue corriendo a

recibirla y se esmeró por hacerla sentir bienvenida presentándose a sus amigas más cercanas.

Tras vencer su timidez fue capaz de sentarse y jugar una partida de cartas con un grupo de seis jóvenes damas de su edad, recién casadas como ella.

De pronto se preguntó por qué no había ninguna dama encinta en la reunión y le hizo esa pregunta a lady Anne.

Ella le sonrió.

—Las damas en estado avanzado de preñez no van a tertulias, Arabella. Se quedan en casa haciendo reposo hasta la llegada de su hijo. ¿No lo sabías?

Arabella se puso colorada al sentir la mirada azul de su anfitriona. Era una dama hermosa,

con un cabello rubio y unos bucles perfectos.

—Qué extraño, a casa de mi madre asistían damas en avanzado estado de preñez. Eran amigas tuyas y nunca las vi alejarse.

—Bueno, algunas lo hacen pero no es prudente, podría perder a su hijo por no hacer la debida quietud. ¿Pero por qué lo preguntas? ¿Acaso estáis esperando un bebé? Arabella se puso colorada al sentir muchos ojos puestos en ella.

—No... todavía no.

—¿Pero cuándo os casasteis, querida?—preguntó una joven de nariz larga y mirada astuta.

—Hace cuatro meses casi—respondió.

No era una fecha exacta, y su madre no dejaba de preguntarle si tenía noticias cada vez que la veía.

—Es muy pronto y tú eres muy joven, ¿verdad?—insistió la joven de nariz larga. Había algo de burla en su expresión o tal vez lo imaginó.

—Tengo dieciocho.

—¿Dieciocho y lleváis cuarto

meses casada? Mi padre jamás lo habría permitido. Sois casi una niña—le respondió nariz larga.

Arabella no replicó y fue su anfitriona quien la salvó de ese momento incómodo invitándola a dar un paseo por el salón.

—Ven querida, quiero presentarte a mis amigas.

Cuando se alejaban, tomadas de la mano, Anne le dijo:

—Disculpa a Cathy, ella es algo ácida porque... se ha vuelto una rebelde que está en contra del matrimonio y que las mujeres nos casemos tan jóvenes. Está organizando algo llamado liga de las mujeres y tienen pensado luchar por

el divorcio y el voto femenino. Ambas cosas son impensables y una completa locura. Es decir, el matrimonio es sagrado y sólo la muerte puede terminar con él y el sufragio... pues yo creo que a las mujeres no nos interesa para nada la política.

—Estoy de acuerdo contigo Anne, ¿quién cuidará de nosotras si perdemos a nuestros esposos? Creo que Cathy tiene ideas que van contra las buenas costumbres pero no me sorprende, mi tía Nell estaría encantada de formar parte de esa liga de mujeres, la pobre es una solterona que tiene muy mala opinión de los hombres.

Anne rió.

—Sí, no te preocupes, en todas las familias hay muchas tías como esa y también señoritas como Cathy. Yo la aprecio porque su padre es primo de mi madre y el parentesco es un lazo sagrado pero no comparto para nada sus ideas locas y progresistas. Creo que ella es como el salmón que nada contra la corriente. Y no me preocupa para nada que intenten promover la ley del divorcio porque nuestra reina defiende el matrimonio y las buenas costumbres y ha dicho que no la aprobará. Pero en Londres muchos caballeros liberales creen que pueden cambiar de esposa como de camisa, sin importarles más que sus deseos mezquinos. Pero la reina

no lo permitiré. Ella defiende el matrimonio y a las mujeres por supuesto.

Sin embargo su prima Cathy no fue lo único malo que le pasó en esa tertulia, pues mientras conversaba y le presentaban a las amigas de su anfitriona escuchó una conversación que la dejó muy alterada.

—No se parece en nada a Caprice—dijo un caballero.

—Oh, por supuesto que no. Caprice era un ángel. No hay una mujer que le llegue a los talones en todo el condado. Era una joven preciosa, tan buena. Además a esa jovencita le falta un buen hervor.

—Eso mismo digo yo... un buen hervor.

—Caprice era una mujer preciosa, qué triste que su vida terminara así—dijo otra voz.

—Lo triste fue que la casaran con ese hombre tan malo y desconsiderado.

No pudo seguir escuchando la conversación y se alejó.

De nuevo el fantasma de Caprice presente en su matrimonio, en su vida, a donde fuera ella

estaría allí. Y lo peor no era que dijeran que le faltaba un hervor, sino que comentaran que su esposo era malo y desconsiderado con Caprice.

De regreso a Wensthwood, le comentó a su doncella la extraña conversación que había escuchado. Se sentía abatida y se preguntó si lady Wellington también la consideraba tonta y aniñada.

Dolly sin reparos que eran poco educados al hacer esos comentarios.

—¿Es verdad, Dolly? ¿Caprice era un ángel y mi esposo no fue bueno con ella? ¿Por qué todos creen que es un ángel?

—Señora Arabella, la gente habla y dice tonterías. No debieron decir eso a sus espaldas, rebela muy poca educación y también maldad. Usted

es una dama casada, no una colegiala y me causa disgusto pensar que ha tenido que soportar que esa dama remilgada la llamara inmadura. Creo que ha sido demasiado atrevimiento y maldad, aunque yo diría que es envidia porque muchas damas que usted ha mencionado coqueteaban con su marido cuando él quedó viudo y venían aquí a invitarle a sus reuniones. Él jamás les prestó atención y por eso ahora están celosas que saber que se casó con usted.

—Dolly, no me has respondido sobre Caprice.

—Señora Arabella, usted es una joven preciosa y su esposo la adora, no necesita preocuparse por su esposa

anterior. La pobre está en el cielo, muy lejos de todo y usted parece obsesionada pensando que su esposo todavía la ama pero no es verdad. Él quiso olvidarla, lady Arabella, y a pesar de que luego de su muerte dijo que no tomaría esposa dos años después se casó con usted señora. Y usted es su esposa y su nueva familia, debe luchar por su matrimonio y por ser feliz en vez de tratar de saber qué pasó con Caprice.

Arabella guardó silencio hasta que vio por la ventanilla del carruaje Wensthwood, su hogar.

—Quisiera olvidarla, Dolly, dejar de pensar en ella pero siempre la nombran y es como un fantasma, ella

está allí como si quisiera decirme algo. Dolly, hay algo misterioso en todo esto no es así? Sus habitaciones cerradas, el que mi esposo prohibiera hablar de ella.

Dolly la miró con fijeza.

—Señora Arabella, sólo puedo decirle que no fue un matrimonio feliz y que su esposo carga con una dura cruz por ello. Porque Caprice se suicidó en la playa.

Ella lo sabía por supuesto, por Melania, la prima de su marido.

—¿Entonces es cierto eso? ¿Pero por qué lo hizo, Dolly? ¿Tan desdichada era?

Dolly asintió.

—Perdió un embarazo, lady

Arabella. Y no soportaba tener intimidad con su marido. No estaba hecha para el matrimonio, ¿comprende? Hay mujeres así. Y sir Lawrence se moría por estar con ella, la amaba y para los hombres... es muy importante la intimidad porque es una de las razones para que tienen una esposa, lady Arabella.

Sí, ella lo sabía. Su esposo era ardiente y sensual y le hacía el amor casi todos los días.

—¿Y por eso cometió la locura de lanzarse al mar ese día helado? No puedo creerlo, Dolly.

—Es verdad, lady Arabella.

Caprice no era feliz y me contaba cosas que no puedo revelar. Son confesiones íntimas, ¿comprende? No puedo decirle. Pero no hay dudas de que se suicidó y fue tan horrible que su esposo estuvo a punto de hacer una locura. No podía concebir su vida sin su esposa, se sentía culpable.

Dolly calló de repente, acaban de llegar a Wensthwood y allí estaba prohibido hablar de Caprice.

Su esposo aguardaba impaciente en el salón.

—Habéis tardado demasiado— dijo.

Arabella notó que Lawrence estaba nervioso y con cara de celoso.

No estaba solo, un grupo de amigos aguardaba para disfrutar de la cena.

Se disculpó y saludó a los presentes. Luego se alejó para cambiarse para la cena.

Sin embargo Lawrence apareció en la puerta y él preguntó cómo había estado la reunión.

Arabella le dijo todo con la mirada, no pudo aguantarse.

—¿Qué pasó, pequeña? Te ves triste—dijo él.

Arabella le habló de esa joven, Cathy Raveston pero no mencionó los comentarios que escuchó de Caprice.

—¿Cathy Raveston? Dios mío, esa mujer es una harpía. La conozco. No

quiero que hagas amistad con ella, está reuniendo jóvenes para quejarse por el sufragio y el divorcio. Una pequeña revoltosa.

Arabella sonrió cuando su esposo dijo eso y él la besó.

—Te eché de menos pequeña. ¿Por qué te fuiste hoy? Quería que te quedaras—le dijo rodeándola con sus brazos.

Arabella respondió a su abrazo con un beso tímido y él lo convirtió en ardiente. En un abrazo apretado, mientras la llevaba despacio a la cama.

Al adivinar sus intenciones Arabella le recordó que tenían invitados, pero él sonrió.

—Tendrán que esperar, preciosa.
Ven aquí.

Antes de que pudiera protestar ya le había quitado el vestido y la llenaba de besos y caricias. Ella no pudo resistirse y cuando sintió que llenaba su monte de besos húmedos supo que estaba perdida, no escaparía ni querría hacerlo...

—Arabella, eres tan hermosa— le dijo al oído mientras la llenaba con su semilla y la apretaba contra la cama con gesto posesivo.

Ella lo miró y sonrió. Lo amaba tanto y de pronto se lo dijo entre susurros y sus palabras se perdieron entre suspiros cuando su marido volvió

a besarla y la retuvo para hacerlo de nuevo. No podría escapar y no le importó, quería quedarse con él.

Entonces llegó la tormenta.

Una mañana amaneció tan oscuro que no parecía un amanecer sino por el contrario, no había

luz pues las nubes plomizas cubrían por completo el sol y los truenos no tardaron en sentirse.

Se avecinaba una gran tormenta de invierno y Arabella despertó asustada, sin saber qué

pasaba, inquieta por los truenos.

Estaba sola en su habitación y decidió salir a investigar.

¿Qué hora serían? ¿Acaso todavía era de noche?

Por un instante dio vueltas confundidas, preguntándose dónde estaría su marido.

Entonces vio a Dolly y a otras criadas que iban de un sitio a otro cerrando y asegurando ventanas.

—Dolly, ¿qué está pasando?

Su doncella la miró.

—No tema señora, es un tormenta. Necesitamos cerrar todo. Regrese a su habitación, le llevaré el desayuno en un momento.

Arabella obedeció pero no pudo evitar sentirse nerviosa por toda la situación, nunca había ocurrido eso. En

invierno hizo mucho frío y estuvieron aislados durante semanas por la nieve sin embargo nunca había presenciado una tormenta como esa.

Dolly apareció poco después con el desayuno.

—

¿Dónde
está
mi
esposo,
Dolly?

—

le
preguntó.
Su
doncella

la
miró.

—No lo sé... creo que fue a
ayudar hace un momento, pero
no salga de la habitación,
quédese

allí por favor lady Arabella.

Pero ella no pensaba obedecer.
Apenas pudo comer un trozo de pudding
y leche fresca. Temblaba de pensar que
algo podía ocurrirle a su marido.
¿Acaso había salido de la mansión?
¿Por qué su doncella parecía tan
asustada?

Y a pesar de que le dijo que
permaneciera en sus aposentos,
no le hizo caso. Tomó una

lámpara de aceite y salió a investigar porque la casa estaba tan oscura como si fuera de noche.

Avanzó por el corredor y escuchó los rayos y un trueno que hizo temblar la casa.

La furia se desató con la lluvia y al mirar por el ventanal del comedor vio que era una tormenta espantosa. ¿Dónde estaba su esposo? no se quedaría encerrada esperándole. Si algo le ocurría...

—Lady Arabella, regrese a su habitación—dijo el ama de llaves.

—¿Dónde está mi esposo, señora Stuart? ¿Por qué no está

aquí?

El ama de llaves hizo un gesto de apretar los labios y luego habló.

—Pronto vendrá lady Arabella, regrese a su habitación por favor. Puede romperse un vidrio

ni se le ocurra salir afuera.

—¿Mi esposo está afuera? ¿Por qué dejaron que saliera?—chilló la joven.

—Señora, sir Lawrence es quien manda aquí, ¿acaso cree que alguien podría impedir que

saliera? Pero no se preocupe, él no está solo, salió con los criados, lady Arabella. Regresará pronto, no se preocupe.

Pero ella no se quedaría quieta esperando, no lo haría.

Sin embargo, cuando quiso salir notó que la tormenta era peligrosa, había rayos por todas partes y lloró al pensar en su pobre marido a merced de los elementos. ¿Por qué tuvo que marcharse un día como ese?

—No se inquiete lady Arabella, él sabrá regresar.

Pero la joven comenzó a desesperarse y lloró, lloró temiendo lo peor y en vano su doncella

trató de consolarla.

Y cuando de repente lo vio aparecer empapado corrió a su

encuentro emocionada.

Su esposo la miró sorprendido.

—¿Qué tienes, preciosa? ¿Acaso estabas llorando?—dijo sin entender nada.

Sólo estaba mojado y embarrado y molesto pero satisfecho porque habían podido encerrar a todos los animales dentro del cerco.

—Es que vi esos rayos y me asusté mucho cuando supe que estabas allí.

—Estoy bien, mojado y nada más.

Sus ojos la miraron sonrientes y luego le dieron un beso.

—Tranquila pequeña, estoy bien.

Hace falta más que una tormenta para liquidarme—agregó.

Fue a sus aposentos a cambiarse la ropa húmeda pero cuando se desnudó pensó que no había prisa por vestirse de nuevo.

Arabella lo miró desde un rincón y de pronto dio un respingo al sentir un rayo atravesar la campiña. ¡Qué día tan endemoniado!

—Maldita tormenta—se quejó el caballero y luego se acercó a su esposa para abrazarla, se veía tan asustada.

—No temas preciosa, la casa resistirá, es fuerte y por lo demás, no hay nada más que podamos hacer. Ven

aquí...

Arabella suspiró al sentir sus besos. Tenía a su esposo medio desnudo y lo miraba con una mezcla de deseo y timidez. Pero cuando adivinó sus intenciones sonrió.

Y él nada perezoso la llevó a la cama para hacerle el amor. Al diablo con la tormenta.

—Tranquila, creo que lo peor ya ha pasado. Son tormentas de invierno de frío y lluvia—le explicó él mientras la ayudaba a quitarse el vestido.

Arabella secó sus lágrimas, pues todavía le duraba el susto.

—Tuve tanto miedo, Lawrence

—le confesó.

Él secó sus lágrimas y la abrazó con fuerza.

—Preciosa, ya pasó, tranquila, ven aquí...—le dijo al oído— volví y estoy bien.

Arabella sonrió y él la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente y apasionado. Y mientras hacían el amor ella lloró y le dijo que lo amaba.

—Te amo más que a mi vida, Lawrence.

Y esas palabras salieron de su corazón, de su alma. Amaba a su esposo, a pesar de que al comienzo su

matrimonio había sido tormentoso o tal vez por eso mismo.

Él se puso serio y la besó.

—Y si algo te hubiera pasado yo...

—Nada me ha pasado, preciosa. Ven aquí. Tranquila.

Cuando hacían el amor ella sentía que él la amaba pero necesitaba tanto saber que era así, oírlo de sus labios. No le alcanzaba con que fuera cariñoso y apasionado, quería tener la certeza. Que la amara como había amado a Caprice, que la amara tanto que sufriera la angustia que ella estaba sintiendo al pensar que podía perderla. Que se volviera loco de celos, que se

volviera loco de amor por ella.

Pero debía tener paciencia y dejar de obsesionarse con el amor, el amor era como una flor que crecía y florecía muy lentamente. No podía apresurarse ni... él debía amarla, era su esposa, su mujer ahora y en la intimidad era tan apasionado. A pesar de su inexperiencia era algo que sentía en su corazón, en su piel.

Y ese día se quedaron en su habitación, almorzaron y se durmieron una larga siesta. Arabella tenía mucho sueño y luego de hacer el amor de nuevo cayó rendida, sin poder moverse. En un sueño profundo, en sus brazos.

La sombra de Caprice

Pero la lluvia duró días y la propiedad quedó cubierta de agua y aislada. Fue entonces que Arabella comenzó a sentirse mal, mareada y su esposo no tardó en notarlo.

Una mañana mientras desayunaban en el gran comedor la notó muy pálida.

—Estoy bien, querido—
respondió ella evasiva.

Pero los malestares continuaron y esa tarde, cuando se levantaba de la siesta tuvo un mareo tan fuerte que de no haber estado su marido cerca habría caído al piso.

—Arabella, ¿qué tienes?

Su esposo se desesperó y envió

a buscar un médico de inmediato.

Pero este tardó en llegar un montón de horas pues los caminos estaban inundados.

Cuando llegó el pobre hombre tenía los zapatos y pantalones embarrados.

Sir Lawrence estaba muy alterado diciendo que su esposa sufría mareos y estaba muy pálida.

Tenía náuseas y...

Cuando supo los síntomas y la examinó y le hizo preguntas supo la verdad.

Su marido entró en la habitación

sin golpear, con la mirada encendida por la rabia y los celos.

—¿Qué tiene mi esposa, doctor?

—preguntó alarmado.

Arabella se puso muy colorada y luego sonrió.

Al menos ya no estaba tan pálida.

—Su esposa está esperando un bebé, sir Lawrence. Enhorabuena. Lo felicito.

El caballero se quedó tieso, no podía creerlo y luego, al comprender que era verdad se acercó y la abrazó.

Y cuando se quedaron a solos

para conversar él le preguntó por qué no se lo había dicho.

Ella dijo que no estaba segura.

—Fue Dolly quien lo sospechó porque hacía varias semanas que no tenía la regla—le respondió.

Su esposo la abrazó y le dio un beso ardiente y apasionado. Sus noches de amor habían dado su fruto y ahora tenía un bebé en su vientre.

Él acarició su cintura y se puso serio.

—Quédate aquí, no te muevas. Debes cuidarte y no quiero que des caminatas ni que salgas en carruaje.

Arabella sonrió emocionada.

Un hijo. Llevaba un hijo suyo en su vientre. Nadie más diría que era una esposa estéril como habían insinuado sus familiares.

Dolly fue la primera en felicitarla.

—La felicito, lady Arabella. Qué estupenda noticia—dijo.

La joven se sonrojó.

—Arabella, quédate acostada—insistió su esposo.

Él comenzó a cuidarla más que antes, la miraba distinto y ya no sufría esos celos ni malhumores. Al contrario, todos los días estaba de mejor humor, alegre, a pesar de que todavía persistían

los daños de la tormenta y era necesario reparar techos y demás.

Su vida cambió luego de decirle que estaba esperando un bebé.

Arabella se sentía en las nubes.

No le importaba tener que renunciar a las fiestas y paseos matinales.

Tenía que cuidar a su bebé y por eso, se quedó muy quieta las primeras semanas.

Lo único que extrañó fue que su marido dejara de tocarla y que durante días se durmiera abrazado a su lado pero sin intentar besarla ni muchos menos hacerle el amor.

Suponía que era por el bebé.

A pesar de que su madrina le había explicado que eso no impedía que tuvieran intimidad al

parecer él prefería esperar.

Pero tampoco podía quedarse todo el día acostada y un día, decidió dar un pequeño paseo por los jardines aprovechando el buen tiempo.

Dolly la acompañó y aprovechó que su marido había salido temprano al pueblo a hacer unas diligencias.

Acababa de escribirle a su madre para darle la noticia y también a sus primas.

Le sobraba el tiempo cuando

decidió dar un paseo por los jardines. Sólo saldría un momento

a tomar aire.

Pero cuando llegaba a las escaleras tuvo una visión inquietante y se detuvo.

No muy lejos de allí había una sombra deslizándose hacia el piso superior sin detenerse. Arabella se asió a la barandilla mientras luchaba por no gritar porque sabía lo que era: era el fantasma de Caprice acechándola.

Maldita sea. Esa fantasma debía sentir celos de ella ahora que iba a tener un bebé y por

eso...

Cerró los ojos al instante y respiró hondo para que la visión se fuera. ¿Acaso lo había imaginado todo?

Pero al abrir los ojos la sombra estaba allí, inmóvil en el piso superior y ese algo fantasmal la miraba desde la penumbra, la observaba.

Entonces escuchó la voz de su fiel doncella y dio un respingo.

—Lady Arabella, ¿qué ocurre? Señora, no debe usted abandonar su habitación.

La joven dama miró a Dolly con una mezcla de alivio y reserva.

—Sólo iba a dar un paseo, querida Dolly, aprovechando el buen tiempo. Por favor, llevo días encerrada.

Necesito tomar aire.

Los ojos oscuros de Dolly la miraron con creciente alarma.

—Pero el marqués se disgustará, lady Arabella. Por favor, regrese a su habitación. Está en

estado y no puede bajar las escaleras.

Arabella frunció el ceño desafiante.

—Ven conmigo, Dolly. Sólo será un paseo por los jardines. Mi esposo no regresará hasta la noche.

—Bueno, justamente iba a hacerle compañía. Traje una novela de la biblioteca para leerle, seguramente le gustará.

Arabella vaciló.

—El médico dijo que podía dar paseos si me sentía bien. Por favor, Dolly, acompáñame.

Su doncella no supo qué hacer. Se sintió acorralada.

Entonces su señora le habló del fantasma de Caprice al final de las escaleras, en el piso

superior.

—La vi recién, estaba allí.

Dolly se puso pálida.

—Pero no hay nada ahora, lady Arabella. Debió ser una sombra. Está muy oscuro aquí—le explicó—Mire, no hay nadie ahora, ¿lo ve?

La joven dama miró hacia el lugar en cuestión y lo encontró

vacío.

—Estaba allí recién, yo la vi Dolly. Era una sombra oscura que me miraba.

Cuando su doncella quiso convencerla, lady Arabella se alejó hacia las habitaciones de Caprice, hacia la sombra. Lo hizo porque sabía que su doncella correría tras ella.

—Lady Arabella, por favor— chilló esta—No vaya allí. El lugar es peligroso.

Dijo algo de la tormenta pero puesto que no podía ir a dar un simple paseo por los jardines iría a ver por qué ese maldito fantasma no la dejaba en paz. ¿Qué quería decirle? ¿O sólo

estaba celosa de que estuviera esperando un hijo de Lawrence?

A sus espaldas oyó la voz de Dolly.

—Lady Arabella, por favor.

La doncella estaba histérica y no vaciló en correr al ver que su señora se acercaba a un lugar peligroso.

—No se acerque allí por favor, luego de la tormenta hubo un derrumbe. Lay Arabella.

Al oír eso la joven se detuvo y la miró. Dolly corrió a su lado con desesperación. —No se acerque a ese lugar, por favor. Regrese conmigo,

lady Arabella.

Estaba al borde de las lágrimas.

Pero la dama no la escuchaba, sus ojos estaban fijos en el fantasma de Caprice, estaba allí, su imagen apenas visible, su cabello rubio estaba suelto y llevaba un vestido color esmeralda muy bonito pero lo que más atrajo su atención fueron sus ojos. Su mirada maligna estaba fija en ella como si la odiara. La miró así un instante y luego se alejó para que siguiera su fantasmal presencia, guiándola hacia el centro. Allí donde el piso había sufrido los reveses del temporal anterior y la madera se había roto al pudrirse de forma inexplicable. Todo era peligroso

y los sirvientes habían dejado todo cerrado con llave, Dolly no entendía cómo fue que su señora pudo entrar pero en su desesperación comenzó a gritar pidiendo ayuda al ver que su señora iba derecho al precipicio y no la escuchaba.

—Lady Arabella, no vaya allí, el piso está podrido y se caerá.

La joven se detuvo y la miró.

—Caprice dice que quiere mostrarme algo—respondió.

Su mirada era distinta, parecía en trance y entonces cayó, pero

Dolly la atajó a tiempo de que

se diera contra los muebles de la habitación porque los tablones del piso estaban levantados y rotos y Arabella no

los vio. No la escuchaba, era como si el fantasma de Caprice la hubiera embrujado porque tardó bastante en reaccionar, en comprender lo que ocurría.

—Dolly estoy bien, deja de gritar, me aturdes—dijo entonces y luego dijo que le dolía el pie.

—Creo que me he torcido el tobillo, me duele.

Un grupo de sirvientes llegó entonces y la ayudaron a regresar a su habitación.

—Estoy bien, Dolly. Qué exageración—se quejó Arabella mientras la llevaban en brazos

hasta su habitación.

Una de las parteras estaba preocupada por lo que pudiera pasarle al niño y preguntó varias veces cómo había sido la caída.

Arabella se asustó al comprender lo que pasaba, ese tropezón pudo costarle caro, pudo

perder a su bebé y entonces lloró y tuvo una crisis de nervios.

—Ella estaba allí, dijo que quería mostrarme algo. La vi en esa habitación—exclamó.

Dolly le dio un vaso de agua.

—Todo pasó lady Arabella, y está a salvo ahora pero no puede regresar a esas habitaciones, fueron

dañadas por la tormenta. Ahora beba esto, le hará bien. Llamaremos al doctor para que la revise. Ahora debe quedarse quieta aquí.

Cuando las criadas y la partera se marcharon de la habitación pudieron hablar a solas.

Arabella lloró, no pudo contenerse estaba muy nerviosa y por más que su doncella le dijera que debía aguantarse estaba temblando. Acababa de ver el fantasma de la esposa difunta de su marido, Caprice, la mujer que tanto la había obsesionado desde su llegada a Wensthwood y se preguntaba si no sería su imaginación o todo había sido real. ¿Acaso había sufrido

alucinaciones?

Entonces miró a su doncella y le dijo: —

Dolly, estaba allí, yo la vi. ¿Tú la has visto? Dime la verdad por favor. ¿Es que estoy volviéndome loca?

Dolly asintió.

—Lady Arabella, no se atormente así. Yo también la he visto pero ya sabe, su esposo nos prohibió mencionarlo, no quería que usted se asustara o... pero luego de su muerte, al poco tiempo. Pero era en ocasiones, no siempre.

—Siempre he sentido su presencia aquí, desde que llegué. Pero nunca la había visto como la vi hace un

momento. Dolly, ¿tú crees que está furiosa porque estoy esperando un hijo de mi esposo y siente celos? No me engañes, sospecho que quiso que perdiera a mi bebé, por eso me atrajo hacia ese lugar de la habitación, quería que tropezara y luego... —No piense eso, Lady Arabella.

—Es la verdad, Dolly. Deja de engañarme, de hacerme creer que tu antigua señora era una santa porque no es verdad.

Dolly se quedó callada. No tuvo el valor de desmentirlo. Al final la verdad siempre salía a la luz, o era lo que siempre decía su padre y tenía razón. La verdad no podía ocultarse, la

verdad era algo muy poderoso y sabía que durante mucho tiempo la historia de Caprice había estado llena de mentiras.

Sobre ella se había tejido una especie de leyenda trágica.

La esposa atormentada y triste, forzada a un matrimonio de conveniencia, soportando sus celos en silencio, como una mártir. Hasta que un día decidió poner fin a su calvario.

Sir Lawrence fue señalado como el culpable por la muerte de su esposa. Él la había empujado a cometer ese suicidio. Porque Caprice era un ángel y él un demonio. No soportó más sus celos y mal carácter y ella decidió

lanzarse al mar, esa helada mañana de invierno.

Pero Dolly sabía la verdad.

Era la única que conocía a Caprice en profundidad y a pesar de que los criados sospechaban

la verdad, sólo ella podía decir a ciencia cierta cómo habían ocurrido las cosas.

—Lady Arabella, tiene razón. Era Caprice. Yo la vi—dijo entonces Dolly sosteniendo su mirada.

—¿Entonces no lo imaginé? ¿Pero por qué quiere hacerme daño, Dolly? Ella odiaba a mi esposo.

Dolly pestañeó inquieta.

—Al principio sí, su familia la obligó a esa boda lady Arabella. Pero luego... él la amaba, es verdad. La adoraba y quería conquistar su corazón. Y quiero que sepa que su esposo no era tan celoso como dicen, y era mentira que la encerraba en su habitación. Era ella quien se encerraba para pintar y estar a solas. Caprice era una mujer que sufría problemas mentales, lady Arabella. Era muy cambiante. Y creo que es tiempo que sepa la verdad. Nadie la conoció como yo, ni estuvo tan cerca. Pero hizo cosas que lastimaron a sir Lawrence, que lo desilusionaron. Él se casó muy enamorado, adoraba a Caprice y la creía un ángel como los demás. Todos la

llamaban así. El ángel de Devon. Y una parte de ella lo era pero tenía secretos. Oscuridad. Yo no sabía por qué hacía esas cosas. Por qué parecía disfrutar haciendo pequeñas maldades, pensé que era una dama inmadura y caprichosa. Pero no era eso. Creo que ella sufría de los nervios y también... de repente su ánimo se volvía distinto y hablaba y era como si te hablara otra persona. No era la dama de quién todos decían era un ángel—hizo una pausa y suspiró—Quedó embarazada luego de la boda, casi enseguida y entonces... todo era felicidad. Caprice dijo que nunca había sido tan feliz. Pero luego, comenzó a dar paseos en la mañana porque entonces le

atacaban los nervios. Comenzaba a pensar cosas malas. Ella misma me lo decía. Sabía cuánto deseaba su marido un hijo, lo feliz que estaba y en vez de cuidarse... Daba largas caminatas y corría. Hasta que lo perdió. Hizo todo por perderlo. Luego se mostró desconsolada y deprimida. Estuvo meses así. Tal vez porque se sentía culpable. Luego volvió a quedar embarazada al tiempo y en vez de estar feliz, una noche me confesó que odiaba tener intimidad con su esposo, que era un tormento espantoso y que nadie la había preparado para eso. Lloró al confesarme que era muy desdichada y que por más que se esforzara en ser una

buena esposa, no podía soportar la intimidad porque él... era muy ardiente y siempre quería hacerlo—Dolly se sonrojó.

Arabella suspiró.

—Continúa Dolly, dime qué pasó luego por favor. Necesito saber la verdad—dijo.

—Pasaron los meses y Caprice volvió a quedar encinta y dijo que era feliz. No por el bebé sino porque significaba que su marido no volvería a tocarla. Me sentí horrorizada al escuchar eso porque hablaba con tanta frialdad. Pero ella era muy inquieta y nerviosa, no soportaba quedarse en cama todo el día ni hacer reposo. Y

cuando estaba por llegar al tercer mes de embarazo, lo perdió. Al parecer eran los nervios. Su esposo encontró una carta misteriosa dirigida a su esposa. Un primo de Caprice.

—¿Entonces ella tenía un amante? No puedo creerlo.

—Es que en el pasado ellos habían estado enamorados pero la familia no aprobó la boda porque el primo de Caprice era pobre. No tenía fortuna para poder casarse. Sin embargo al parecer ella lo amaba y luego de su casamiento con sir Lawrence comenzaron a escribirse en secreto. A verse. Pero no pasó algo más. Sin embargo cuando sir Lawrence leyó una

carta de Caprice a su primo Peter se sintió muy molesto y celoso. Porque por más que no pasara algo físico ella le decía que lo amaba. Fue una indiscreción, una tontería. Porque no era más que un amor de juventud, una fantasía romántica. Caprice fue imprudente y también cruel y se arrepintió porque él no le perdonó eso. La maldita carta le rompió el corazón y luego, su carácter cambió. Tuvieron una discusión fuerte, ella acababa de perder su segundo embarazo y estaba con esa otra personalidad oscura como le decía yo. Y la discusión de ese día fue espantosa. Yo estaba presente y quise alejarme, lo hice pero los gritos de

Caprice se oyeron a la distancia. Ella le dijo sin reparos que la habían obligado a esa boda, que nunca lo había amado y que estaba harta de sus celos. Dijo otras cosas muy hirientes para un hombre, lady Arabella, dijo que la intimidación era un tormento para ella y que quería separarse. En un momento lo dijo. Cuando se hartó de lastimarlo dijo que se iría—Dolly hizo una pausa y suspiró—Sir Lawrence tenía orgullo y dijo que no la retendría y que ella no era el ángel que todos decían sino un demonio. Le dijo la verdad en la cara. Y Caprice, acostumbrada a ser adorada, a tener siempre su afecto se sintió tocada, herida. Porque creo que algo lo amaba,

no como amaba a ese primo que había sido su primer amor, pero sí quería a su marido. Pero no pudo con sus demonios y se marchó. Tomó sus cosas, se llevó las joyas que él le había obsequiado, sus vestidos y abandonó la mansión. Quiso que la acompañara, me lo pidió... pero este es mi hogar, lady Arabella y no me agradó lo que oí ese día. Sir Lawrence no merecía eso. Él la adoraba, yo fui testigo de eso, de lo bueno y paciente que era con sus cambios de humor y su frialdad. Siempre esperando conquistar su corazón, tan ciego de amor pero luego de ese día algo cambió en él. Algo se rompió. Se sintió muy defraudado, insultado, despreciado. Se sintió como

un tonto enamorado con el que su esposa había jugado. Engaño, mentiras, traiciones... fue demasiado para él.

—¿Entonces Caprice se fue, lo abandonó?

—Sí, lo hizo. Y él dejó que se fuera, no hizo nada por retenerla ni se quejó de que se llevara las joyas y algunos muebles. Hasta dijo que le daría dinero para que no pasara necesidades a condición de que regresara con su familia, por supuesto. Pero Caprice dijo que su familia no la recibiría y que se iría a vivir con su tía Amanda en el campo, en Suffolk. Pero luego de su partida el señor se desesperó. A pesar de sentirse herido, todavía la amaba y

pensaba que era su esposa y no podía abandonarlo. Y haciendo a un lado su orgullo le escribió y le pidió que regresara, le rogó que volviera. Caprice no respondió a sus cartas pero un buen día regresó. Seis meses después volvió y le pidió perdón. Lloró y dijo que lo lamentaba. Parecía otra persona y me pregunté si en ese tiempo algo la había curado de su personalidad maligna. Si acaso algún doctor le había dado algún calmante, no lo sé. Eso creí entonces. Sir Lawrence estaba feliz de su regreso sí, pero noté que estaba más frío con ella y luego, ella decidió instalarse en los aposentos del segundo piso porque dijo que quería pintar y tener soledad

para sentirse mejor. Eran dos extraños, lady Arabella, tan alejados el uno del otro.

Noté que el cambio de Caprice era sólo una fachada y que debía oporto y un tónico que le había recetado su doctor para los nervios. Con ese tónico ella dormía la noche entera y despertaba cerca del mediodía y luego durante el día parecía como atontada. Me pidió que fuera su doncella y acepté. Como una tonta creí que podía hacer que ambos se reconciliaran, que dejaran de estar tan alejados porque sabía cuánto la amaba sir Lawrence y... creo que entonces me engañaba como los demás. Ninguna mujer sensata abandona a su

marido por seis meses. Pero pensamos que su arrepentimiento era sincero y que con el tiempo las cosas cambiarían. Sin embargo un día la encontré llorando con una carta en sus manos y le pregunté qué le pasaba. La señora me miró y no dijo nada, guardó la carta y me la dio. Durante mucho tiempo fui su confidente y ella confió en mí su nueva angustia. Estaba embarazada, lady Arabella. Porque luego de abandonar a su esposo su primo fue a verla y quiso convencerla de que dejara a su marido y se fueran a otro país. Pero ella no quería ser la esposa de un hombre pobre, lo amaba sí pero no lo suficiente. Entonces no lo vi lady Arabella, no entendía por qué

Caprice estaba tan angustiada. Debía estar feliz, pues había regresado con su marido y ahora tendrían un hijo.

—¿Entonces el hijo no era de mi esposo sino de su primo?

Dolly asintió.

—Yo no lo adiviné entonces, y traté de consolarla, pero ella se rió de mí. Dijo que era una completa tonta. Claro que el hijo no era de su marido porque él no la había tocado en más de ocho meses luego de esa pelea y ahora tenía más de tres meses de preñez. Había dormido con su primo algunas veces porque se fue a vivir con él y luego lo abandonó porque estaba harta de pasar estrecheces, primero en casa

de su tía solterona y luego con Peter, su primo. Y su lugar estaba al lado de su marido dijo. Por eso regresó, porque todavía era la señora de Wensthwood y siempre lo sería —Dolly hizo una pausa y miró a Arabella.

—Ella nunca fue un ángel, lady Arabella, usted sí lo es. Es tan buena que siento rabia de que ese fantasma haya querido hacerle daño—dijo.

—¿Entonces crees que Caprice me odia?

Su doncella asintió.

—Ella perdió el amor de su esposo, señora, porque luego de ese día, cuando supo que estaba esperando un hijo quiso acercarse a él pero su esposo

no le había perdonado su abandono, su maldad. Nada volvió a ser como antes y era como si intuyera que tenía un secreto. Caprice me lo dijo. Estaba perdida. Él no quería tener intimidad, por primera vez la rechazó cuando ella quiso besarlo. Sus intentos por recuperar su cariño fracasaron y su estado comenzó a notarse. Le aconsejé que le dijera la verdad a su marido, que él entendería.

Pero pasó el tiempo y las cosas no mejoraron y ella no quiso decirle. “Sólo hay una salida ahora, Dolly, debo regresar con mi tía y tener a este bebé y darlo en adopción. Demonios. No puedo creerlo, hice de todo para perderlo y

sigue allí prendido. No puede nacer, es el hijo del pecado” dijo en una ocasión. Le confieso que me sentí enferma cuando oí eso, señora. Quedé horrorizada de que confesara que intentó perderlo y que no quería que su hijo naciera. Pensé que debía hacer algo para ayudar a esa criatura—los ojos de la doncella se llenaron de lágrimas—lo intenté y en mi desesperación hablé con la señora Mel, el ama de llaves. Le conté lo que pasaba pero ella no se sorprendió, ya lo sabía. “No puedes decirle a sir Lawrence, muchacha, no es asunto de nuestra incumbencia”. Así que no dije nada. Quise decirle al señor, pedirle que la perdonara, interceder por

ese bebé que era una criatura inocente pero la señora Stuart me prohibió que dijera algo, dijo que eran cosas de marido y mujer y que si llegaba a contar esto a alguien me despedirían. Entonces hablé con Caprice, desesperada le dije que hablara con su marido, que le dijera la verdad. Que él la perdonaría. No quiso escucharme. Entonces su marido la vio en su habitación mientras tomaba un baño, ella no podía seguir ocultando su embarazo. Sufrió una fuerte impresión al comprender lo que pasaba. Creo que supo de inmediato que ese hijo no podía ser suyo. Pienso que él quiso acercarse a su esposa, tratar de hacer las paces, no sé, algo fue lo que lo

impulsó a ir a su habitación. Pero cuando la vio vistiéndose ella se asustó. Mi señora se puso pálida y quiso hablar pero entonces, fue muy raro todo. Ella no dijo palabra y él sólo la miró sin decir nada. Pero también lo vi palidecer y sus ojos, sus ojos lo decían todo. Sin embargo él no la acusó ni le preguntó de quién era el niño, ni cuánto tiempo llevaba de embarazo. Sólo que adivinó que no era de él, no podía ser de él, hacía meses que no tocaba a su esposa. Caprice se desesperó y dijo que no podía quedarse en Wensthwood ahora que su marido sabía la verdad. Le dije que hablara con su marido que le pidiera perdón. Que él comprendería

porque era un hombre muy bueno y la amaba. No quiso escucharme. Estaba furiosa y también asustada. No quería tener ese hijo ni tampoco marcharse de la mansión porque no quería pasar privaciones. Así que se quedó y su embarazo siguió su curso. Sir Lawrence decidió aceptarlo, y pidió que viniera un doctor para examinar a su esposa. Estaba preocupado por ella y nos pidió que la vigiláramos pues no quería que escapara ni que hiciera una locura. Creo que él entendió que su situación era difícil y por eso, hizo a un lado su orgullo herido y su honor mancillado y habló con Caprice. Le dijo que ese niño sería suyo y debía cuidarlo. Mi señora

sonrió, lloró y le pidió perdón. Creo que entonces comprendió que él la amaba de verdad y que ella le había fallado otra vez y sin embargo, la perdonaba—Dolly se emocionó al recordar—Sir Lawrence le pidió que regresara a su dormitorio pero Caprice le pidió un tiempo más porque esos días no se sentía muy bien. Cuando el médico vino dijo que el embarazo iba bien y que el niño nacería en cinco meses. Creo que entonces Caprice comenzó a entender lo afortunada que era y trató de cambiar, de ser una buena esposa. Debía estar agradecida en vez de quejarse tanto...

—¿Y qué pasó con ese niño, Dolly?

¿Por qué no está
aquí en
Wensthwood? Dolly
demoró en
responderle.

Miró a su alrededor.

—Murió lady Arabella... nació antes de
tiempo, porque ella había perdido otros
embarazos y
eso... el doctor dijo que el niño estaba
débil pero no es bueno mencionar
detalles. Sólo le diré que su esposo
quedó devastado y ella también, se
sintió muy culpable. Y eso los separó,
creó un abismo entre los dos y agobiado
por el dolor sir Lawrence se fue a
Londres, dijo que por negocios, estaba

muy mal y no tenía consuelo. Su matrimonio no era más que una fachada y entonces ocurrió la tragedia. Fue tan inesperado, tan triste... días antes Caprice me dijo que quería irse de aquí, que ya no soportaba Wensthwood pero no creí que hablara en serio. Entonces ocurrió la tragedia y desde entonces su fantasma no tiene descanso, lady Arabella y su esposo nos prohibió hablar de Caprice. Quitó su retrato y guardó todas sus pertenencias y pidió a sus familiares que se las llevaran, pero ellos no quisieron así que todo quedó cerrado en el ala sur, donde ella vivía encerrada.

Arabella quedó impresionada

con la trágica historia de Caprice, tanto que lloró pero sus lágrimas no eran por ella en realidad sino por su esposo y porque ahora comprendía su forma de actuar. Su anterior esposa lo había lastimado, traicionado y al final, su muerte había sido el último dolor, su abandono, una forma muy cruel de despedirse.

Ahora entendía por qué nadie podía nombrarla.

No había sido el amor sino todo lo que sufrió por su causa. Podía entender que ya no confiara en nadie y que fuera tan reacio a casarse, a enamorarse. A entregarse por completo a ella como tanto deseaba.

—Entonces, ¿tú crees que él nunca me amará, Dolly?

Su doncella la miró espantada.

—No diga eso, lady Arabella, por favor, no es así. Él la ama sí, pero debe entender lo que sufrió para poder comprenderle mejor. Y también para que sepa que Caprice no era la esposa perfecta ni una santa. Muchas veces quise decirle, señora, pero el señor me lo prohibió, él no soportaba que hablaran de ella, quería olvidar y recomenzar, borrar su recuerdo y también su dolor. Pocos saben del suicidio, dijeron que había muerto de fiebres y por supuesto que lo del bebé fue un secreto.

Arabella se quedó pensando en toda esa historia tan trágica y triste, y sintió pena, no pudo evitarlo. Le costaba entender la personalidad de Caprice, su forma de proceder. ¿Por qué no fue feliz al lado de un hombre que la adoraba? ¿Por qué perdía los embarazos? ¿Odiaba a Lawrence al punto de que prefirió abandonarlo por seis meses y luego terminó su vida de forma tan trágica? Pero Dolly le había revelado que Caprice sufría de los nervios y perdía los embarazos por no cuidarse. Lo hacía a propósito y cuando realmente quiso tener a su último hijo, cuando se cuidó para no perderlo, había ocurrido la desgracia.

—Lady Arabella, no se atormente con esa historia, olvide lo que pasó. Caprice está muerta y su fantasma no puede hacer daño, sólo está allí, nadie sabe por qué. Usted no se parece en nada a ella y sé que ama a su esposo y quiere ser feliz. Eso es lo más importante. Caprice es un fantasma del pasado, una historia que debe olvidar. Y le ruego que no regrese a sus aposentos, ni aunque vea diez fantasmas de Caprice.

—No lo haré, Dolly. Gracias, tú... me has ayudado tanto, no sé cómo agradecerle.

Dolly sonrió.

—Es mi deber cuidarla lady

Arabella y ha sido un placer hacerlo.

Un sonido en la puerta puso fin a la conversación.

El doctor Evans entró con expresión muy seria, alarmado preguntó qué había pasado. Cómo

había sido la caída.

Arabella le dijo la verdad y él examinó su tobillo izquierdo.

—¿Puede girarlo y moverlo Lady Arabella?—quiso saber.

Ella asintió.

—Me duele un poco.

—Le pondré una venda y se quedará unos días a quietud para que

baje la hinchazón. Creo que es más por la herida porque no veo luxaciones. Me preocupa más el bebé. Voy a examinarla.

Dolly la ayudó con el vestido y el médico observó que su vientre comenzaba a crecer.

—¿Ha sentido dolor o sangrado?

—preguntó.

—No doctor, estoy bien. Sólo tengo sueño y estaba un poco cansada de estar encerrada y quise dar un paseo.

—Bueno, todo parece estar bien. Los latidos son normales. No hay sangrado ni dolor. Pero deberá quedarse unos días hasta que baje la hinchazón. Debe estar alerta ante cualquier dolor o sangrado, lady Arabella—le advirtió el

doctor.

El médico le recomendó quietud nuevamente y la joven dama suspiró aliviada.

—Mi bebé está bien Dolly, tuve tanto miedo.

Su doncella sonrió y el doctor estaba listo a marcharse cuando ella lo detuvo.

—Doctor, aguarde... necesito hacerle una pregunta delicada.

Él la miró intrigado y la joven se puso colorada como un tomate mientras le preguntaba si podía tener intimidad con su esposo.

—Por supuesto que sí, lady Arabella. Siempre y cuando no tenga

dolor o molestia, por supuesto.

Ella sonrió y asintió. Tuvo que vencer la vergüenza que sentí pero pensó que valía la pena.

—Lo que me preocupa es que tenga dolores en el vientre y si nota que su vientre se endurece con frecuencia, pues debe tener cuidado—le advirtió el doctor—de todas formas deberá quedarse unos días más en cama lady Arabella, por su tobillo. Y luego deberá cuidarse de las escaleras. No es conveniente que suba y baje escaleras y los paseos deberán ser cortos. Es decir, puede quedarse en el jardín sentada una hora si desea pero no caminar durante más de veinte minutos.

Las instrucciones fueron muy precisas pero a ella no le importó. Su bebé estaba bien y podría decirle a su esposo que ya podían tener intimidad. Se moría por estar entre sus brazos... Lawrence entró en su habitación poco después. Se veía tan angustiado, nervioso.

—Arabella, ¿estáis bien? Dios mío. El doctor Evans dijo que no era algo de cuidado pero... ¿Qué pasó? Dime la verdad.

La joven miró a su doncella y vaciló. No estaba segura de que querer hablar de Caprice pero su esposo estaba nervioso.

—Lo siento mucho Lawrence, es

que quería dar un paseo por los jardines y en un momento, cuando salía de la habitación vi el fantasma de Caprice en el segundo piso y fui a ver.

Cuando el caballero escuchó el resto de la historia sintió que se le helaba la sangre y casi maldijo en silencio. No podía creerlo, pero Dolly era testigo, vio como el fantasma de su esposa muerta arrastraba a Arabella hacia el piso que estaba roto.

—Pero esas habitaciones estaban cerradas, ¿quién las abrió? Ordené que fueran cerradas con llave—se quejó.

Dolly no supo qué decir.

Lawrence tomó las manos de su esposa y las besó.

—Dolly, ve por favor, necesito hablar a solas con lady Arabella ahora.

La doncella obedeció y se alejó con rapidez.

Ella pensó que su marido iba a retarla y tembló. Sabía que no debía ir allí.

—Arabella, escucha, yo no creo en fantasmas ¿sabes? sin embargo he oído que allí hay uno,

en sus habitaciones. Pero antes de que esto continúe debes saber algo.

Arabella contuvo el aliento.

—Hace tiempo os dije que mi boda fue concertada, pero eso no fue del todo cierto... estuve muy enamorado de Caprice, pensaba que ella era un ángel pero luego descubrí su verdadera esencia. Ella no fue una buena esposa, tenía mal carácter y luego... las cosas en nuestro matrimonio empeoraron al punto de que descubrí que estaba esperando un hijo de su primo. Su gran amor de soltera. Creo que esta será la última vez que hable de Caprice y no me agrada hacerlo. Habría deseado que no te enteraras, pero tampoco deseo que te hagas una imagen falsa de algo que no fue.

Y su esposo le contó la verdad,

le habló del dolor que sintió cuando descubrió que su esposa estaba esperando un hijo de otro hombre y luego, él, lo aceptó porque el niño era inocente. Quería darle su nombre y criarlo, pensó que luego las cosas mejorarían con su esposa, que con el tiempo podría perdonarla. Estaba dispuesto a hacerlo pero ella... se suicidó.

—No soy culpable de su muerte, preciosa. No lo soy. Pero durante años la sombra de la tragedia de ese día me ha perseguido. Todos pensaron que la pobre Caprice que era un ángel y que no pudo sobreponerse a la pérdida del bebé y que yo no fui un buen esposo. Lo

cierto es que lo que causó su muerte fue una carta que recibió de su prima Betsy. Hermana de Peter, su amante diciéndole que su hermano se había casado en secreto con una rica heredera de Londres. Eso la destrozó. Porque al parecer Caprice deseaba retomar su romance y fugarse con él y le escribió una carta pidiéndole ayuda, inventó cosas sobre nosotros que no eran ciertas, y cuando leí esa misiva me sentí indignado, herido... fui un maldito juguete para Caprice, un tonto que cayó en su hechizo y hasta el último momento jugó conmigo y se burló de mis sentimientos. Cuando decía que trataría de ser una buena esposa, que lo

intentaríamos y me daría hijos, ella le escribía a su amante pidiéndole ayuda. Pero él no contestó ni una de sus cartas. El gran amor que decía sentir por ella se esfumó luego de tener lo que deseaba, luego de arruinar nuestro matrimonio aunque ella también es culpable de eso. Lo cierto es que Peter fue más vivo y decidió seducir a una rica heredera soltera de Londres y forzar una boda que su familia no aprobaba. La abandonó. Y entonces Caprice no pudo soportarlo y se suicidó. Su vida había terminado, así lo dijo en una nota de ese día. Tuve que decirle la verdad a la policía y les pedí que fueran discretos porque no quería que ensuciaran la memoria de mi

esposa. A pesar de todo, fue muy desdichada sí, pero ya bastante me había hecho sufrir, no quería que luego hablaran. Preferí que pensarán que fue por la pérdida del bebé. Pero durante mucho tiempo tuve que luchar con esto y quise enterrar toda esta historia. No lo hice bien. Debí hacer algo con las habitaciones que ocupó antes de morir, debí quitar los muebles, deshacerme de sus pinturas y sus cosas pero no tuve valor, preferí dejar todo cerrado con llave y hacer de cuenta que no existía. Arabella, preciosa, no estoy enojado porque quisieras dar un paseo hoy, el médico dijo que podías, tampoco por sentir curiosidad pero creo que debí

decirte la verdad mucho antes para que dejaras de imaginar que todavía amaba a Caprice. Debí hacerlo, pero es que todo esto fue muy doloroso para mí, tardé mucho en superar mi dolor y decidirme a buscar una esposa. Me sentía solo, con el corazón destrozado y tu mirada tan dulce, tu sonrisa me hechizaron, Arabella. Y tú eras tan distinta a Caprice, tan buena e inocente, con el corazón puro. Por eso te escogí. Ni Beatrice, ni las damas que me habían presentado ese verano te llegaban a los tobillos. Y al tiempo de conocerte decidí que quería hacerte mi esposa y hablé con tu padre pero... no quería que me odieras por forzarte a consumir

nuestro matrimonio, tú no estabas listas para la intimidad. Lo supe en nuestra noche de bodas y por eso, decidí darte tiempo a conocernos un poco más, a que tú estuvieras más madura. No me importaba esperar. Esperaría el tiempo necesario.

Arabella se emocionó al oír sus palabras.

—Me sentí tan rechazada entonces, pensé que era por Caprice—le confesó.

Él se acercó y la rodeó con sus brazos y la miró con intensidad.

—Caprice es parte de un pasado doloroso, preciosa, la dejé de amar mucho antes de su muerte y lamento que

tú pensaras que todavía la amaba. Fue por orgullo que lo hice, no quería que supieras lo que me había hecho. Pero tú Arabella, eres la esposa maravillosa que siempre quise tener, tan dulce y compañera, tan hermosa, y quiero decirte que por primera vez me siento enamorado y correspondido, plenamente feliz porque tú eres un ángel Arabella, un verdadero ángel para mí que me rescató de la soledad y el dolor y jamás, jamás habrá otra mujer en mi corazón, sólo tú. Perdóname por haber sentido celos, por haber dudado de ti... tenía miedo, miedo a entregar mi corazón y fui injusto contigo. No debí dejarte encerrada aquella vez, lo lamento. —

Está bien, no importa... Lawrence se puso serio.

—Yo te amo preciosa y quiero que nunca dudes de eso, por favor. Porque creo que me enamoré de ti el primer día que te vi y por eso quise hacerte mi esposa, casi te rapté pero luego, temí que no estuvieras preparada para ser mi esposa.

Arabella se emocionó al oír esas palabras, había esperado tanto ese momento, y poder tener la certeza de que la amaba, de que era la única en su corazón.

Y cuando la besó sintió ese beso tan dulce y apasionado mezclarse con sus lágrimas y el deseo de que le hiciera

el amor.

—No llores preciosa, yo te amo —le dijo él—te amo tanto que daría mi vida por ti y quiero que... Sueño con pasar mi vida a tu lado y llenar Wensthwood de amor y risas, de niños corriendo por todas partes.

Ella secó sus lágrimas y sonrió.

—Y yo te amo Lawrence, tú eres todo para mí y saber que me amas... es que fui tan tonta al pensar que tú no habías podido olvidar a tu esposa y yo me muero por hacer el amor contigo, por favor. El doctor dijo que podíamos.

Su esposo sonrió.

—¿De veras te dijo que podíamos hacerlo?

—Sí.

Lawrence la besó y fue a cerrar la puerta con llave, luego se acercó a su esposa y sonrió.

—Arabella, mi amor, yo también me moría por hacerte el amor pero temía que... fue por el bebé, no quiero que nada malo le pase por favor.

—Lo sé, pero sólo una vez, extraño tanto estar en tus brazos, mi amor—le respondió dulce y apasionada.

Gimió al sentir que la desnudaba y la llenaba de besos y luego, en un instante la hacía suya muy lentamente. Luego supo que ese tiempo sin intimidad había sido un tormento para su esposo, él se lo dijo entre susurros mientras la

hacía suya. Pero fue muy delicado, lo hizo casi con miedo, pero Arabella se estremeció al sentir que la llenaba con su virilidad por completo. Era suya, su mujer y la amaba, no podía creerlo. Era tan feliz. Le había dicho que la amaba y que Caprice sólo era un triste recuerdo del pasado y sabía que era verdad. Podía sentirlo mientras le hacía el amor. La amaba y volvió a llorar de la emoción. Nunca más volvería a dudar de su amor.

Pero el accidente que sufrió su esposa debía ser investigado y sir Lawrence habló con su mayordomo al día siguiente para investigar cómo fue

que su esposa pudo ir al segundo piso siguiendo un fantasma.

Él se mostró sorprendido y horrorizado.

—Sir Lawrence, hemos visto al fantasma en otras ocasiones. No es la primera vez—replicó turbado.

—¿Y por qué nadie me avisó?

El mayordomo se mostró algo avergonzado.

—No queríamos preocuparle sir, además... al comienzo yo tampoco lo creía, pero las mucamas que aseaban esas habitaciones se quejaron de haber oído voces. Cantos. Caprice cantaba una canción a veces, una canción de cuando era niña y eso era lo que escuchaban.

Pero sólo una doncella vio su fantasma recorriendo la habitación en una oportunidad. Pensé que se lo había inventado, no le creí una palabra.

—¿Y el día que mi esposa tuvo un accidente ese día también la vieron?

—Al parecer sí pero... quisieron avisarle a lady Arabella pero ella parecía como embrujada,

si me permite la expresión. No oía y se acercaba al lugar donde el piso estaba roto.

—Señor Robert, no puedo entender cómo no se reparó ese piso, di órdenes al respecto. Además las

habitaciones debían estar cerradas siempre, todos los días. ¿Quién cometió el descuido de dejarlas abiertas ese día? —replicó el caballero cada vez más alterado y furioso con todo ese asunto.

—No lo sé, sir Lawrence pero déjeme averiguar eso. Fue realmente penoso y...lo lamento mucho, sir. De veras que sí.

—Demonios, mi esposa pudo quebrarse una pierna o perder al bebé. Fue atraída por ese fantasma y sospecho que hay algo más detrás de todo esto.

El mayordomo se marchó listo a investigar ese asunto.

En los días siguientes, un grupo de obreros subió al segundo piso para

vaciar los aposentos de Caprice. Quitaron muebles, ropa, retratos y luego de hacerlo repararon el piso y pintaron las paredes. Lo dejaron como nuevo.

Las pertenencias de Caprice fueron llevadas a un orfanato del pueblo y sus ropas donadas a caridad al igual que sus joyas pues Arabella no quiso saber nada de usar algún anillo o collar de la dama fantasma. Demasiado daño le había hecho y no quería que quedara nada en Wensthwood.

Lawrence se preguntó por qué no lo había hecho antes, fue tan tonto. Prefirió dejar las habitaciones cerradas con llaves y mantener ese misterio absurdo. Nadie le advirtió que su

esposa estaba tan obsesionada por Caprice, debió sospecharlo, debió decirle la verdad mucho antes. Casi ocurría una tragedia por culpa de la negligencia de sus mucamas. Pero no habían sido ellas... Y nadie la avisó del fantasma. Él no creía en fantasmas ni pensaba que uno de ellos pudiera hacer daño pero si era de Caprice... tenía sus dudas.

El mayordomo pidió hablar con él ese día, a media tarde.

Traía cara de disgusto y se veía viejo.

—Sir Lawrence, creo que sé quién dejó las puertas abiertas ese día, milord. Confieso que sospechaba de esa

persona y ahora tengo las pruebas pero... me siento indignado y horrorizado pues se trata de una criada de su total confianza.

El caballero quiso que dijera su nombre.

—Alice Stuart, el ama de llaves, señor. Ella ha mantenido el fantasma de su antigua señora aquí, en Wensthwood...—dijo inquieto y le mostró una peluca rubia y un vestido color pastel— encontré estas cosas en su habitación. Ella se hizo pasar por el fantasma y además, tenía las cartas que usted le había escrito a Caprice.

—¿Qué?—sir Lawrence estaba muy sorprendido—¿Y por qué

las tenía?

—No lo dijo, pero si confesó haber sido el fantasma que ha estado atormentado a todos en la mansión.. Ella lo confesó y creo que debe hacer algo con esa mujer. Está loca sir Lawrence. El caballero no salía de sí del asombro.

—¿La señora Stuart lo hizo todo?

El mayordomo asintió con aire grave.

—Es que ella adoraba a Caprice, y creo que no tomó bien que el señor volviera a casarse y a pesar de que siempre fue amable con su señora esposa, creo que en el fondo la odiaba por ocupar el lugar de señora Caprice.

Ella vino con su difunta esposa a Wensthwood, ¿lo recuerda, verdad? Y entonces nuestra ama de llaves falleció del corazón y ella ocupó su lugar. Era muy eficiente, lo es y me horroriza pensar que no me di cuenta ni sospeché nada... es que yo no creo en fantasmas sir Lawrence. Pero luego de interrogar a las mucamas una de ellas se quebró y confesó la verdad. Ellas están aquí para contarle todo sir Lawrence, aguardan afuera para decirles lo que pasó.

Ambas jovencitas se acercaron a la biblioteca y miraron al señor con los ojos enrojecidos por el llanto.

Rosie, la más regordeta y

risueña estaba pálida y no hacía más que disculparse.

—Queríamos advertirle sir Lawrence pero el ama de llaves nos amenazó. Yo la vi con la peluca ese día atrayendo a lady Arabella pero entonces dijo que me despediría si decía algo. Además, en una ocasión la vi poner una carta que usted le escribió a Caprice en la salita de música para que la señora la leyera y se angustiara. Y luego la quitó para que nadie lo supiera. —¿Ella hizo eso? ¿Y por qué no me lo dijeron?

La joven lloró del susto.

—Lo siento mucho, sir Lawrence pero ella dijo que nos despediría y además... teníamos miedo.

Esa mujer es muy mala y pensamos que nos haría brujerías.

La verdad salió a la luz y sir Lawrence se sintió furioso.

Había pensado que ese fantasma no era más que una alucinación, no creía que fuera real pero ahora con las pruebas comprendió la maldad de una criada a la que había dado demasiado poder en la mansión. Era tan eficiente y jamás había tenido queja alguna... sin embargo ella dominaba todo en su pequeño mundo doméstico y no había hecho más que mantener vivo el fantasma de Caprice para asustar primero a las criadas y luego a su esposa. Pudo hacer que perdiera al bebé

la desgraciada.

—Señor Roberts, le ruego que busque de inmediato a esa mujer. Debe pagar por esto, debe

hacerse justicia.

—Lo haré señor—respondió el mayordomo.

Todos la buscaron por Wensthwood pero la señora Stuart había desaparecido. Su habitación estaba intacta, sin embargo, luego de revisar notaron que faltaba ropa y también un dinero que ella guardaba bajo el colchón. Sir Lawrence se sintió furioso y esa noche durante la cena, le contó la verdad a su esposa porque ella no dejaba de preguntarle por el ama de

llaves. Además debía sospechar que algo pasaba.

—Fue ella Arabella, el ama de llaves. Debí suponerlo... vino aquí con mi anterior esposa y luego...

Cuando la joven dama supo la verdad se quedó espantada. No podía creerlo.

—Ella se hizo pasar por Caprice, tenía ropa, joyas de mi difunta esposa en su habitación y

quiso... no sé lo que tramaba pero no era algo bueno y he pedido que la detengan cuanto antes. Esa mujer es peligrosa.

—Es terrible... ¿por qué hacía esto? Jamás fui mala con ella ni

tampoco...

—Era la criada que trajo Caprice a Wensthwood, al comienzo todos la apreciaban. La señora

Stuart fue muy hábil y durante años se ganó nuestra confianza hasta que tuvo el mando de la casa. Cometí la tontería de convertirla en nuestra ama de llaves porque ella fue muy servicial y no vi que esa mujer era tan malvada como su antigua ama. Debí imaginarlo. Estuve ciego. Y os puse en riesgo porque esa bruja malnacida pudo haceros mucho daño ese día, estaba loca por supuesto, como lo estaba Caprice.

Se hizo un silencio y Arabella se

asustó mucho.

—¿Y si regresa e intenta matarme? Si lo que quería era...

—No, no pienses en eso, por favor. La encontraré, te lo aseguro y haré cambios en la mansión. Quedan dos sirvientas y dos mozos que llegaron con Caprice, tal vez sean cómplices de la señora Stuart, lo han negado pero todos deberán marcharse. No me fío de ninguno. Cometí la debilidad de permitir que se quedaran, confié en ellos pero ya no confío en ninguno. Y lo lamento si soy injusto pero se irán todos mañana, les daré dinero a cada uno y les prohibiré regresar. No correré más riesgos. Pero todos están alertados de la

señora Stuart.

Arabella no salía de su asombro y habló con su doncella sobre el ama de llaves al día

siguiente mientras daban un paseo matinal por los jardines.

—Debí sospechar, ella me miraba de una forma cuando llegué aquí... luego es incidente del

plato con picante, lo recuerdas?

—Sí, pero ella culpó a la cocinera, dijo que había sido un descuido.

Dolly se puso seria.

—Luego de ese incidente fue mucho más cauta—dijo la doncella—A

la señora Stuart le gustaba dirigir la mansión y se daba muchos aires. Pero no lo hacía por usted lady Arabella, sino por Caprice y confieso que yo lo sospechaba, sospechaba que estaba algo resentida con usted por ocupar el lugar de su venerada Caprice pero jamás imaginé que fuera capaz de tanta maldad. Creo que la señora Stuart enloqueció. Y parecía tan sensata. Era algo estricta sí, pero no era mala con las mucamas, al contrario, tapaba sus faltas a veces...ahora entiendo por qué, tenía mucho que ocultar.

—Bueno, creo que nadie podía imaginar algo tan horrendo, Dolly. Pero luego de lo que pasó ese día mi esposo

sospechó que alguien dejó abierta las habitaciones a propósito cuando él ordenó que permanecieran cerrados.

—Es verdad, pensamos que fue un descuido pero el ama de llaves jamás habría olvidado una orden como esa y al parecer luego de la tormenta las dejó abiertas con un propósito. Pero no piense en eso. Creo que la mansión ha cambiado mucho estos días, lady Arabella y nada debe temer. Dicen que el ama de llaves se ha ido muy lejos para no ser interrogada y tener que confesar sus pecados.

—¿Tú lo crees? Es que temo su regreso y que intente...

—No se preocupe por eso, su

esposo no lo permitirá, ha dado órdenes de que la busquen y si osa acercarse a Wensthwood la atraparán.

—Sí, lo sé...—Arabella miró a su alrededor algo inquieta.

Dolly tenía razón. La joven dama sonrió. Ahora que sabía que su esposo la amaba se sentía flotar en una nube. El mundo se le antojaba un lugar maravilloso y esa casa ya no se veía tan oscura y silenciosa.

—Es extraño—dijo de repente lady Arabella mirando hacia la casa—pero Wensthwood se ve tan distinta como más luminosa y menos sombría, ¿no lo crees?

Su fiel criada asintió.

—Sí, es verdad lady Arabella, todos lo han notado. Se respira un aire distinto ahora, lleno de paz y felicidad.

—Dolly, no sé cómo agradecerle lo que habéis hecho por mí. Tú has sido más que mi doncella y quisiera compensarte.

Cuando lady Arabella le entregó una caja con un collar de perlas y un anillo de oro su doncella no quiso aceptarlo.

—Es demasiado costoso, señora. No puedo...

—Por favor Dolly, he hablado con mi esposo y él ha dicho que está bien, que tú mereces mucho más por

haberme salvado la vida ese día. Tú estabas allí Dolly y de no ser por ti esa malvada mujer me habría matado. Por favor, acepta este obsequio como muestra de gratitud y no pienses que es excesivo. Guárdalo como lo haces con tus ahorros. Sé que algún día podrías necesitarlos, querida Dolly.

La joven se emocionó cuando recibió el regalo y finalmente lo aceptó.

Una semana después encontraron el cuerpo del ama de llaves en la costa de Lands- Ends. Habían creído que había abandonado el condado pero al parecer, algo la hizo cambiar de idea y decidió emular a su antigua ama de

Wensthwood, muriendo en el mismo lugar, llevando puesto el vestido color pastel de Caprice.

Arabella no deseaba que tuviera ese fin pero al parecer estaba mucho más loca de lo que habían pensado.

Pero el fantasma de Caprice había desaparecido mucho antes, se esfumó en el instante en que su esposo le dijo que la amaba y que nunca había amado así a otra mujer. Pensó que había sido una tonta al obsesionarse tanto por un fantasma, que fue su propia inseguridad y los artilugios de una mujer loca lo que hicieron el resto.

Ahora todo eso había terminado y la paz y la felicidad reinaban

en Wensthwood, la mansión del acantilado.

La primavera llegó a su fin y su vientre creció y aunque recibía visitas todas las semanas, Arabella se recluyó en Wensthwood para disfrutar de la compañía de su marido. Tanto tiempo habían estado alejados, separados por malentendidos y por el maligno fantasma de Caprice, que ahora quería disfrutar cada momento junto a su esposo. Y sufría cada vez que Lawrence debía ausentarse y no estaba tranquila hasta que regresaba a su lado. Eran días de ensueño, sin sombras, sin dudas, sin fantasmas.

Cinco meses después dio a luz una niña su felicidad fue completa. Una hermosa criatura regordeta de cachetes redondos que llenó la casa de llanto y alegría, la pequeña Sophia fue la alegría de sus padres. Lawrence se emocionó al tener a la niña en brazos pues nunca había visto una bebita tan hermosa.

—Dios bendito, es igual a ti mi amor, tan pequeñita y es idéntica a su madre—dijo su esposo emocionado— Gracias por este bebé tan hermoso mi amor y por hacerme tan feliz.

Arabella sonrió débilmente y también lloró de la emoción. Sabía que nunca olvidaría ese momento ni ese día.

—Te amo, Lawrence—murmuró
—y temo que todo esto sea un
sueño.

—Si es un sueño, preciosa, no
quiero despertar jamás. Pero no es un
sueño, es real, mira a nuestro ángel... es
tan hermosa, cielo.

La niña empezó a llorar en señal
de protesta y no se calmó hasta que
regresó a los brazos de su madre.

Y un año después el retrato de
lady Arabella estaba en el centro
del salón principal de
Wensthwood y quienes entraban a la
mansión no dejaba de admirar su
belleza cálida y angelical El retrato

había tardado meses en terminarse y hubo una celebración familiar ese día, pues la pequeña Sophia cumplía su primer año y daba sus primeros pasos por el salón con su vestidito blanco armado de la mano de su madre que la seguía paciente.

Fue una celebración íntima donde estuvo la familia de Arabella y familiares de Lawrence y algunos amigos entre ellos, sus vecinos los Arundell.

Todos se detuvieron para ver el retrato y admirarlo, pero el primero había sido sir Lawrence sonriendo, sintiéndose feliz de que estuviera allí y sin dudarlo felicitó al pintor, un joven

muy delgado que había llegado de Londres a vivir en una casita de Saint Ives y poder tener allí su taller y pintar retratos del mar.

—Es maravilloso—le dijo.

El pintor sonrió, complacido.

—Su esposa lo es, sir Lawrence. Yo sólo he retratado lo que estaba allí —respondió. Sir

Lawrence no se sintió celoso sino orgulloso.

—Tienes razón, pintor.

Arabella se acercó y él la abrazó. Lucía un vestido color rosa como el retrato y llevaba el cabello enrulado sujeto con cintas a ambos

lados.

—Estáis preciosa, mi amor—
dijo.

Ella se acercó con timidez.

Esa noche le reservaba una noticia y mientras hacían el amor ella le dijo que estaba esperando un bebé.

Su esposo sonrió y le dio un beso ardiente.

—Gracias, Arabella, qué estupenda noticia... gracias mi amor, por hacerme el hombre más feliz—
Lawrence se puso serio— Te amo preciosa, eres un ángel y quiero que sepas que nunca amé tanto a una mujer como a ti.

Ella se emocionó al oír sus

palabras.

—Te amo Lawrence y gracias a ti por hacerme tan feliz.

Table of Contents

[Arabella](#)

[Camila Winter](#)

[Penzance- Cornwallles](#)

[Año 1846](#)

[El pretendiente](#)

[La noche de bodas](#)

[Wensthwood house](#)

[La carta](#)

[El escondite](#)

Celos

La sombra de Caprice